

La Promesa
DE CANE

CLUB DE MOTOCICLISTAS POR SIEMPRE MEDIANOCHE

VICTORIA GALE

La Promesa de Cane

Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche

Libro Uno

Victoria Gale

Publicado en 2024 por
Deryn Publishing
Reino Unido

Primera Edición

© 2024 Deryn Publishing

Todos los personajes, lugares y eventos son ficticios. Cualquier parecido con personas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, copiada, almacenada o distribuida en cualquier forma, sin el permiso previo por escrito del editor

Prólogo

Me dirigí a la cocina para tomar un bocadillo nocturno. Me había saltado la cena y necesitaba algo en el estómago, de lo contrario nunca podría dormir.

Se escuchaban voces abajo. Me quedé inmóvil y escuché por un segundo antes de soltar un suspiro de alivio: mamá y Tony, mi padrastro. Debían estar viendo una película tardía o algo así. Bajé las escaleras de puntillas y crucé el pasillo, luego abrí la puerta de la cocina, teniendo cuidado de cerrarla lo más silenciosamente posible. Aun así, hice una mueca cuando sonó el inevitable clic.

Sin luz artificial proveniente del interior o exterior de la casa, usé solo la luz de la luna que entraba por la ventana y las puertas del patio para guiarme. Bordeé la isla central y me apresuré hacia el refrigerador, pero cuando abrí la puerta, algo hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Mi corazón latía con fuerza. Alguien estaba en la habitación conmigo.

No podría decir cómo lo sabía. No había ruido ni sensación de movimiento. Solo años de experiencia.

—Te eché de menos en la cena, Thea.

Escuchar la voz de Daniel hizo que mi respiración se volviera superficial y jadeante por el pánico. Había sido estúpida al venir, pero mamá había dicho que él tenía negocios en la ciudad esta noche. Quería huir, esconderme, pero mis pies se sentían como si hubieran sido clavados al suelo y moverlos me causaría un daño y dolor inimaginables.

Me tomó cada onza de fuerza que tenía, pero después de un momento, alcancé el refrigerador y saqué una manzana antes de cerrarlo y voltearme para enfrentar la dirección de donde había venido su voz.

Emergió de las sombras que rodeaban las puertas del patio. La luz plateada de la luna se reflejaba en su cabello oscuro peinado hacia atrás y resaltaba su rostro afilado y angular. Como de costumbre, llevaba un traje caro, también oscuro. Se había aflojado la corbata del cuello y desabotonado el cuello de la camisa. Un vaso de whisky medio vacío descansaba en su mano. Con una mueca de desprecio en su rostro, parecía en todos los aspectos el bastardo psicópata que era.

Miré de él hacia la entrada que llevaba al pasillo. Si corría a toda velocidad, ¿lograría llegar a mi habitación donde podría cerrar la puerta con llave, o mejor aún, a mi coche?

—Dije que te eché de menos en la cena —repitió antes de tomar un sorbo de su vaso—. Muestra buenos modales responder cuando alguien entabla una conversación contigo. ¿Necesitas una sesión para enseñarte buenos modales?

—No, Daniel —dije demasiado rápido. Levanté la barbilla y apreté la manzana lo más fuerte que pude en un intento de evitar que mis manos temblaran—. Perdona mi rudeza. Solo me sorprendió tu presencia. Si me disculpas, es tarde y estoy muy cansada.

Me acerqué a la puerta. Daniel también lo hizo. Él llegó antes que yo.

—Hace tiempo que no te veo —apartó un mechón de cabello de mi rostro y lo colocó detrás de mi oreja. Me puse rígida—. Cualquiera pensaría que me estás evitando. Faltando a las cenas, asegurándote de estar fuera cuando estoy cerca. —Miró hacia abajo, recorriendo mi cuerpo con la mirada—. Cubriéndote.

A pesar del calor del verano, me había puesto un conjunto de pijama de franela gruesa y lo había cubierto con una bata de largo completo bien ajustada. Apenas podía respirar, pero valía la pena para mantener sus ojos lejos de mí.

Daniel sonrió ante mi evidente incomodidad.

—Me perdí tu cumpleaños. ¿Recibiste mi regalo?

—Sí. —El conjunto de lencería roja fue directo a la basura.

—¿Sí, qué?

—Sí, Daniel.

—¿Y qué más tienes que decir?

Por primera vez, giré la cabeza hacia él, pero mantuve la mirada no más arriba de su nariz. —Gracias, Daniel.

—Es una lástima que solo muestres modales cuando se te indica. Culparía a tu educación, pero... —Se encogió de hombros y estaba a punto de decir más cuando la puerta se abrió de golpe. Daniel se apartó de la vista detrás de ella, pero yo me encontré cara a cara con mamá.

Ella miró mi ropa de dormir y la manzana en mi mano y chasqueó la lengua. —Debí imaginar que te encontraría buscando comida. Si hubieras comido la cena que me llevó más de una hora preparar, no tendrías que hacerlo.

—No tenía hambre —dije y miré mis pies. Consciente de que Daniel estaba detrás de mí, añadí—: Lo siento.

—Hmm. Deberías estarlo. Hay sobras en el refrigerador. Calientalas para que todo mi arduo trabajo no se desperdicie por completo. —Arrastraba las palabras, y pude ver por las manchas blancas que bordeaban sus fosas nasales que había estado haciendo algo más que beber. Colocó sus manos en mis caderas—. Además —dijo—, no querrás adelgazar demasiado y perder todas tus hermosas curvas. No es que alguien pueda verlas debajo de ese atuendo. No podrías verte menos femenina ni aunque lo intentaras.

Con eso, me hizo a un lado y se tambaleó hacia el refrigerador, murmurando algo sobre cómo yo estaba desperdiciando la figura que sus buenos genes me habían bendecido.

—Debería irme. Buenas noches, mamá.

Ella se giró. —No, no, no, jovencita. Dije que deberías comer y lo vas a hacer.

Daniel salió de detrás de la puerta. Me estremecí cuando puso una mano en mi hombro.

—Tu madre tiene razón —dijo—. No queríamos que perdieras esas encantadoras curvas.

—Ah, Dan. No me di cuenta de que seguías aquí. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Ya tengo, gracias —Levantó su copa y la agitó hacia mamá.

—Ah, ya veo. Entonces déjame ofrecerte rellenar tu copa, y de paso tomaré otra para tu padre y para mí.

Él rechazó su oferta con un gesto. —No debería. Es tarde y tengo que madrugar.

—Por supuesto —Inclinó la cabeza hacia mí y continuó—: Una conversación con esta es suficiente para dormir a cualquiera.

—En absoluto. Thea ha sido una excelente compañía. Justo estábamos hablando de su falta de modales, pero no hay de qué preocuparse; estoy seguro de que la próxima vez que nos veamos, me mostrará el nivel adecuado de gratitud por el esfuerzo que puse en su regalo de cumpleaños.

Mamá me miró fijamente por un momento. No pude descifrar bien la expresión de su rostro. Sabía cuál había sido el regalo de Daniel, pero en lugar de estar furiosa porque mi hermanastro hubiera elegido un regalo tan inapropiado, se maravillaba de la calidad de la seda y el gasto que debía haber hecho.

Sus ojos se desviaron hacia la mano de Daniel que seguía apoyada en mi hombro. Quería

apartarla de un manotazo y gritarle en la cara, exigirle que nunca más se acercara a mí, pero el instinto de supervivencia me paralizó la mano.

Algún día... algún día lo pagaría. Se encontraría con alguien a quien no pudiera manipular, y lo destruiría. Mi alma gritaba, deseando ser yo esa persona.

Mamá se dio la vuelta y sacó una botella de vino tinto del armario. La puso en el mostrador y reunió las copas.

Daniel deslizó su mano por mi espalda. Las náuseas me revolvieron el estómago y contuve la bilis que me subía por la garganta. Acercó su boca a mi oído. —Recuperé tu regalo y lo puse en tu cajón superior. La próxima vez que te vea, espero que lo lleves puesto —Se apartó y vació su copa antes de entregármela—. Y hablaba en serio. Esperaré que muestres un nivel apropiado de gratitud, así como que compenses tu cruel desprecio por las molestias que me tomé. Quizás sea necesaria una sesión después de todo.

Se dirigió a las puertas del patio, se despidió de mamá y se fue. Me quedé paralizada por un momento, demasiado asustada para moverme o hablar, rezando para que se hubiera ido y nunca más lo volviera a ver. Pero eso no era más que un deseo inútil que había hecho incontables veces.

Mis músculos temblaban y traté de liberar la tensión de mi cuerpo. Miré fijamente a mamá mientras abría la botella y servía dos copas. Cuando se encendió una luz en la casa de la piscina convertida donde vivía Daniel, solté el aliento que había estado conteniendo.

—¿Cómo pudiste quedarte ahí sin hacer nada? —Mi pulso retumbaba en mis oídos mientras mi ira y frustración reprimidas crecían. Me apresuré hacia la isla central y estrellé su copa contra la encimera, deseando a medias que se rompiera—. ¿Cómo pudiste traerme a este infierno?

Sus labios se adelgazaron y se curvaron en una esquina. —Tony y Dan trabajan duro todos los días para mantener un techo sobre nuestras cabezas y poner comida en la mesa...

—Tony es un miserable traficante de drogas que deja que sus hombres hagan todo el trabajo sucio por él, y Dan es un enfermo que debería ser eliminado para que no pueda hacerle daño a nadie —No necesitaba añadir que ella era el cerebro detrás de toda su operación. Ella lo sabía.

Su mano tembló mientras alcanzaba su copa de vino y daba un trago. Algo del líquido rojo oscuro goteó por el costado de la copa. Lo lamió antes de volver a colocar la copa en la encimera.

—Pequeña zorra desagradecida —Una sonrisa jugaba en sus labios mientras me miraba—. Tienes veintiún años y ya no eres una niña. Ya es hora de que aprendas tu deber con esta familia. Dan es un poco inusual en sus deseos —Se rio—. Diablos, te ha deseado durante años. Si eso no demuestra lo retorcido que está, entonces nada lo hará.

—Daniel es más que retorcido, es... es... un sádico y un perverso.

—Mira, ahí es donde necesitas madurar. Todos los hombres son perversos. Ya es hora de que le des lo que quiere, te ganes tu sustento. La única razón por la que Tony le ordenó que se mantuviera alejado durante tanto tiempo fue por tu edad. Ahora eres una mujer adulta. No hay necesidad de que siga esperando.

—Aparte del hecho de que odio la idea de estar en la misma habitación que él, y, oh, resulta que es mi hermano.

—Hermanastro. No es como si tuvieran la misma sangre y se hubieran criado juntos. Él tenía dieciocho años cuando me casé con su padre. Nueve años es suficiente —Extendió la mano y puso su mano manicurada en mi mejilla—. Deja de ser una provocadora.

—¿Provocadora? —Aparté su mano de un manotazo—. ¿Qué te pasó? ¿Cuándo te convertiste en esta persona? Antes de que papá muriera...

—No sabes nada de mi vida antes de que tu padre muriera. Eras solo una niña en ese momento.

—Sé que éramos felices. Tú eras feliz. No una vaca vengativa que trata a las personas como mercancías.

—Me he esforzado por darte la mejor vida posible, pero siempre, siempre esta ingratitud y falta de respeto. Dan tenía razón sobre tu falta de modales. Deberíamos haberle permitido más sesiones contigo a lo largo de los años. Quizás así entenderías mejor cómo funcionan las cosas.

Mi interior se revolvió ante la idea de bajar al sótano con Daniel. Yo sabía cómo funcionaban las cosas. Había visto el cambio en sus ojos cuando su deseo de lastimarme y controlarme se había convertido en algo sexual.

Ajena a mi incomodidad o ignorándola, mamá hizo un gesto con la mano abarcando toda nuestra cocina de mansión. Esta habitación era el doble de grande que el apartamento donde vivíamos con papá, y más del doble de cara de mantener. —Ya es hora de que te des cuenta de que sin Tony y Dan, probablemente seríamos prostitutas drogadictas en algún lugar haciendo lo que fuera para llegar a fin de mes.

Me burlé y negué con la cabeza. —Es gracioso que pienses que no eres una prostituta drogadicta.

Apenas las palabras salieron de mi boca cuando mamá levantó la mano y me abofeteó. Tan pronto como se apartó, levantó la botella de vino con su mano temblorosa y la presionó contra sus labios, apenas tomando aliento mientras bebía casi todo el contenido.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y mi mejilla ardía como si estuviera en llamas. Normalmente me pondría hielo, pero en ese momento, no deseaba nada más que salir de la cocina... salir de la casa. Para siempre.

Me aparté del mostrador. —Me voy a la cama. Buenas noches. Madre.

—Es muy atractivo, ¿sabes? —me gritó—. Su cuerpo podría haber sido esculpido por los dioses, y esos abdominales... Si yo fuera veinte años más joven, intentaría algo con él.

La bilis subió por mi garganta, pero me giré para mirarla. —Puedes quedártelo —dije.

Levantó la botella como si brindara conmigo. —Oh, cariño, no eres tan especial como crees. Recuérdalo. Solo abre esas piernas tan apretadas y danos a todos algo de paz. Quién sabe, incluso podrías aprender a disfrutar de las pequeñas... excentricidades de Dan.

Sin decir una palabra más, salí de la cocina y subí las escaleras corriendo. Mamá me siguió. —No sirve de nada huir —dijo—. Sabes cómo termina eso. Es mejor que aceptes tu destino.

Me apresuré a entrar en el dormitorio, pero incluso en mi estado agitado y con Daniel en la casa de la piscina, sabía que era mejor no cerrar de golpe la puerta. En su lugar, la cerré suavemente y deslicé los cerrojos que había atornillado antes de desplomarme en el suelo.

Cerré los ojos con más fuerza de la que había cerrado la puerta, deseando con toda mi alma estar en otro lugar, en cualquier otro lugar. Las lágrimas silenciosas corrían por mi rostro. Mamá tenía razón. Yo sabía cómo habían terminado mis intentos de fuga antes. Ambas lo sabíamos, pero esta vez sería diferente. Esta vez, había hecho un plan adecuado.

Capítulo Uno

(Dos meses después)

Cane

—Vaya, sois una visión para la vista cansada —dijo Cherrie mientras colocaba las manos en sus caderas.

Me pasé la mano por la barba y me pregunté si debería recortarla unos centímetros. Demonios, la hermandad había estado tanto tiempo en la carretera que mi pelo se había descontrolado un poco y necesitaba atarlo para evitar que me azotara la cara en la moto.

—Tu trasero sigue tan fino como siempre —dijo Lucky antes de que Cherrie le diera un latigazo con el trapo que siempre llevaba para limpiar superficies.

—Lo dices como si no fuera lo suficientemente mayor para ser tu madre.

Lucky se rio.

—Me aseguraré de decirle a mi madre que la consideras vieja la próxima vez que la vea.

Sonreí ante su intercambio antes de extender los brazos para abrazar a Cherrie. Cada uno de mis hermanos repitió la acción, y Lucky se aseguró de darle una palmada rápida en el trasero poco después.

—Y querrás que le cuente a Greg cómo estás manoseando a su mujer —dijo Cherrie con una sonrisa maliciosa en su rostro.

Lucky sacó una silla de la mesa y se sentó.

—Hagamos un trato —dijo—. Tú no le dices nada a Greg y yo no le digo nada a mi madre.

—Y Lucky se sale con la suya una vez más —dijo Bono. Era afortunado, sin duda, afortunado de que Cherrie tuviera debilidad por él y le permitiera salirse con la suya.

Todos se rieron mientras yo tomaba mi asiento en la cabecera de la mesa.

—¿Qué está pasando, Cherrie? —pregunté tan pronto como se calmaron—. Caleb dijo que tenías un problema.

Habíamos estado recorriendo el territorio, revisando los negocios que los hermanos poseían de pueblo en pueblo, tomando el pulso del ambiente local, lidiando con cualquier problema con las pandillas locales y follando con las mujeres del lugar. Un viaje que mis hermanos y yo sin duda encontrábamos muy divertido. Habíamos dejado nuestra base y Ancla de Medianoche hace apenas dos meses y no esperábamos regresar hasta dentro de otras tres semanas.

Cuando mi hermano Caleb, presidente del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche, llamó diciendo que tenía las manos llenas con los Hijos Salvajes, no esperábamos ser enviados en un desvío a Ancla de Medianoche, pero aquí estábamos.

—Bueno, es difícil de explicar realmente —dijo ella—. Y probablemente no sea nada.

Lucky se recostó en su silla y negó con la cabeza.

—No vas a llamar a Caleb por nada —dijo—. Ahora, ¿cuál es el problema? ¿Tú y Greg tienen algún problema?

Podría jugar con Cherrie de vez en cuando, pero cuando se trataba de algo serio, la quería como si fuera su propia madre. Todos lo hacíamos.

—Ni en sueños. Nadie por aquí se va a meter con nosotros. Los hermanos pueden estar ocupados con esos malditos Hijos Salvajes, pero estarían aquí en un instante si hubiera algún problema real.

Tenía toda la razón en eso. Greg era miembro de nuestra familia. Cherrie también. Incluso si envejecías, te establecías y no salías a cabalgar con nosotros tan a menudo, una vez que eres un hermano de Por Siempre Medianoche, siempre eres un hermano, y cuidamos de los nuestros. No es que ellos dos necesitaran nuestra ayuda.

Cherrie suspiró antes de sacar la única silla libre que quedaba en la mesa y sentarse.

—Bueno —dijo—. Justo una semana después de que os fuerais, tuvimos una visitante aquí en el bar.

Lucky se inclinó hacia adelante y apretó los puños.

—¿Esta visitante es la fuente de tus problemas?

—Tranquilízate. Es una cosita de nada y no es una molestia para ti. —Cherrie levantó una mano y miró hacia la puerta detrás de ella.

—¿Está aquí ahora? —pregunté.

—Sí. Tony y yo la instalamos en la habitación de arriba. Ha estado trabajando y ganándose el sustento.

Me incliné hacia adelante y coloqué los brazos sobre la mesa. Nadie dijo nada por un momento, pero Cherrie se mantuvo firme bajo mi mirada.

—¿Ahora tienes la costumbre de acoger a malditos desamparados? —pregunté, preguntándome qué demonios estábamos haciendo. No era de extrañar que Caleb no hubiera venido a ver esto él mismo. Teníamos suficiente mierda propia con la que lidiar sin necesidad de hacernos cargo del ex abusivo o el chulo de alguna puta—. ¿Qué clase de problemas está arrastrando esta chica?

Cherrie se arregló el pelo y me miró fijamente. Ella y Greg pueden estar en sus sesenta y felices de dirigir el bar ahora, pero en sus días, Greg era el segundo al mando de mi padre. Era un cabrón duro cuando necesitaba serlo, y Cherrie, como su antigua mujer, tenía cierta posición. Incluso podrías decir que era la Reina Perra después de que mi madre se fuera. Demonios, la había visto dispararle a un idiota en las pelotas por agarrarle el coño. Se habían suavizado con la edad, pero eso no significaba que se pudiera jugar con ellos. Por eso era tan extraño que acogiera a alguna estúpida puta.

—Jess no es tu típica desamparada —dijo—. Es una buena chica, bien hablada.

—Alguien que no pertenece aquí —dije, tratando de leer entre líneas.

Cherrie sonrió y miró a Jameson.

Le hizo un gesto con la cabeza y se aclaró la garganta. Era un hombre de pocas palabras, pero cuando hablaba, todos escuchaban. —Todas las personas pertenecen al lugar que eligen como hogar —dijo.

—Joder que sí —añadió Lucky.

Jameson no había tenido la misma crianza que el resto de mis hermanos. Había recibido educación privada, incluso fue a la universidad, pero pertenecía a nuestra familia. Aunque, al verlo entrar en el bar hace todos esos años con su traje elegante y sus zapatos relucientes, te costaría creer que alguna vez sería así.

—Entonces, ¿cuál es la historia de la chica? —preguntó Rex, hablando por primera vez.

—Ni idea. Es una fugitiva, eso lo sé. Pero es tan callada como una monja que ha hecho voto de silencio, e igual de inocente, así que ninguno de vosotros vaya a tratarla como una muñequita. Tú especialmente, ni un dedo encima, ¿me oyes? —dijo señalando a Lucky—. Veo cómo reacciona cada vez que uno de esos degenerados que llamamos clientes le da una palmada en el trasero. Está más nerviosa que un gato sobre un tejado caliente. Tampoco le levantéis la voz.

Era mucho pedir. Si había algo que a mis hermanos les gustaba tanto como montar sus motos y una buena pelea, era follarse a las mujeres, y todas eran presa fácil hasta que dijeran lo contrario. Joder, se tirarían a cualquier zorra siempre que tuviera un coño funcional y no estuviera ya reclamada por un hermano. Aunque por lo poco que había dicho Cherrie, esta Jess no parecía el tipo de mujer que estábamos acostumbrados a conocer.

Lucky se puso la mano en el corazón. —Ni un dedo no deseado. Ni una palabra en voz alta. Por mi honor —dijo seriamente antes de añadir una sonrisa pícar—. Pero si ella se me lanza encima, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Con eso me basta —dijo Cherrie, mientras cada hermano decía lo mismo.

—¿Exactamente cómo crees que podemos ayudarla? —pregunté. Si la chica había estado aquí durante más de un mes y Cherrie no había logrado sacarle su historia, entonces yo no tenía ni puta idea de cómo lo lograríamos.

—No tengo ni idea —dijo ella—. Joder, cada día me sorprende que siga por aquí y no haya huido ya. He estado deseando que llegarais vosotros antes de que eso ocurriera. Ya que habéis logrado ese pequeño milagro, seguro que podéis averiguar qué hacer a continuación.

—Bien —dije, decidido a hacer todo lo posible. Por mucha pérdida de tiempo que me pareciera. Puede que no conociera a esta chica de nada, pero no era ella quien lo pedía, era Cherrie, y por ella, daría mi vida—. Será mejor que la conozcamos primero.

Cherrie sonrió y se levantó de la mesa. —La enviaré para que tome vuestro pedido y así podáis haceros una idea. Id con calma y no la presionéis. Lo iremos viendo sobre la marcha.

—Sí, mamá —dijo Lucky y saludó, ganándose otro golpe con el trapo.

Capítulo Dos

Thea

—Eh, preciosa. Otro whisky para el camino.

Me tensé por un segundo antes de apartar la mano de mi trasero. Resistiendo el impulso de gruñir y gritarle que nunca volviera a tocarme, recogí el vaso vacío de la mesa.

Era lo mismo todos los días: clientes habituales cachondos y borrachos que pensaban que, por trabajar en el bar, yo era propiedad pública. En su mayoría, los había encontrado inofensivos, pero un pozo de temor siempre se hundía en la boca de mi estómago al más mínimo toque masculino o voz alzada.

—No más para ti, Frank —dije, sabiendo que Frank era un cliente que simplemente se ponía un poco manilargo cuando se había tomado un par de copas—. Dame tus llaves y le diré a Greg que te pida un taxi a casa.

Frank, a regañadientes, hurgó en su bolsillo y colocó las llaves en mi mano, mientras yo tenía cuidado de no rehuir el gesto.

A menudo consideraba buscar un lugar mejor para trabajar, uno donde la clientela no fuera tan ruda, pero sabía que las apariencias engañaban. El hecho de que alguien estuviera bien vestido por fuera no significaba que tuviera un corazón cálido y cariñoso.

No, el Ancla de Medianoche era el mejor lugar para mí. Un sitio donde Daniel nunca pensaría buscar. Era fácil manejar los ocasionales manoseos cuando sabía lo que estaba en juego si mi familia me encontraba.

Al menos por ahora.

Aunque una parte de mí sabía que ya había corrido un riesgo demasiado grande y me había quedado en un solo lugar durante demasiado tiempo.

Suspiré y miré al otro lado de la sala hacia la barra. Greg pulía un vaso de cerveza con su paño y lo colocaba en el estante. Podría parecer intimidante con sus músculos del tamaño de neumáticos y los tatuajes cubriendo sus brazos, pero si no lo hubiera conocido a él y a su esposa, Cherrie, no sabría qué habría hecho. Me habían acogido como a un cachorro perdido y me habían dado trabajo. Sin hacer preguntas. Como dije, las apariencias engañan. Aunque durante el último mes más o menos, le había confiado a Cherrie que me había escapado de casa, no había tenido la fuerza para contarle la razón, pero pensé que entendería el día que no me presentara a trabajar y todas mis cosas hubieran desaparecido de la habitación que me dejaban usar arriba.

—Jess, necesito un favor —dijo Cherrie mientras yo caminaba de vuelta hacia la barra. Se esponjó el pelo rosa algodón de azúcar y me guiñó un ojo—. Necesito ir al baño. Los dueños están en la sala de atrás. Mira si necesitan algo, ¿quieres?

Un destello de confusión cruzó por mi mente, ya que creía que Greg y Cherrie eran los dueños del bar y no había conocido a nadie más que pareciera ocupar ese papel en todo el tiempo que llevaba trabajando allí.

Cherrie estaba a punto de irse corriendo, pero se volvió rápidamente.

—Pueden parecer un poco... intimidantes —dijo—. Pero no te dejes engañar, son un montón de blandengues en el fondo. Al menos con la familia. Estaré allí para ayudarte en un momento.

Con eso, y sin darme la oportunidad de responder, Cherrie salió disparada en dirección al baño.

—Supongo que iré a atender a los dueños en la sala de atrás —le dije al aire mientras un

peso se asentaba sobre mis hombros. Si los dueños no estaban contentos con mi empleo, estaría de vuelta en la carretera antes de lo previsto.

Me metí las llaves de Frank en el bolsillo y me abrí paso entre la multitud hacia la puerta trasera marcada como privada, y dudé mientras intentaba calmar la sensación de temor que crecía dentro de mí. Me imaginé a un grupo de hombres vestidos con trajes de negocios, todos bebiendo whisky. Miré una vez más a Greg detrás de la barra. Él captó mi mirada, sonrió y asintió antes de proceder a atender al cliente que tenía delante.

Respiré hondo y calmé mis nervios irracionales. Si Cherrie pensaba que los jefes tenían corazones de oro, entonces debían tenerlos. No me habría enviado allí sola de otro modo.

Llamé a la puerta y esperé un rato a que respondieran antes de atreverme a entrar. Como no hubo respuesta, giré el pomo de la puerta y entré.

Cuatro hombres estaban sentados alrededor de la mesa, otro de pie en la cabecera. Cinco pares de ojos muy intensos y aterradores se volvieron en mi dirección. Mis ojos se fijaron en el hombre que estaba de pie y mi respiración se detuvo. Si los músculos de Greg eran del tamaño de neumáticos, los de este tipo eran del tamaño de neumáticos de monster truck. Los tatuajes no solo cubrían sus brazos, sino que se extendían desde la parte superior de su camiseta negra y subían por su cuello hacia su barba. Su pelo era oscuro con mechas rubias, y estaba recogido, haciéndome pensar que debía ser largo. Todo en él era aterrador, pero cautivador.

Preocupada por estar mirando fijamente, aparté la mirada de su rostro, pero la ajustada camiseta visible bajo su chaqueta de cuero negra abrazaba cada músculo como una segunda piel y atrajo mi atención hacia el cuerpo increíblemente atractivo que había debajo. Me encontré mirando de nuevo.

Parecía que estaba a punto de decir algo cuando las palabras "Cherrie me envió" escaparon de mis labios.

—¿Puedo traerles algo?

—Tomaré una cerveza —dijo uno de los hombres sentados a la mesa.

Por primera vez, dirigí mi atención hacia ellos. Eran enormes, aunque no tan grandes o imponentes como el hombre que estaba de pie. Cada uno llevaba la misma chaqueta de cuero, y noté que tenía una especie de logo de calavera en la espalda. Greg tenía la misma chaqueta, al igual que muchos de los otros moteros que frecuentaban el bar, pero nunca había visto a estos hombres en particular antes.

—Cerveza para mí también —dijo otro.

—Hagámoselo fácil a la chica y pidamos cerveza todos, ¿de acuerdo, hermanos? —dijo el hombre de pie con una voz grave que me erizó la piel.

Mis ojos se dirigieron hacia él, y me lanzó una leve mirada de desaprobación. Aun así, no pude evitar imaginar mis manos acariciando su pecho y los abdominales que estaba segura se escondían bajo su ropa.

Avergonzada por mi reacción hacia él, murmuré una afirmación y salí corriendo de la habitación tan rápido como pude, dirigiéndome hacia la barra.

—¿Cinco cervezas, por favor? —le dije a Greg tan pronto como estuvo al alcance de mi voz. Aunque no podía entender por qué tenía tanta prisa por volver.

—¿De algún tipo en particular? —preguntó.

Bajé la mirada hacia mis pies mientras el rubor se extendía por mis mejillas. —Lo siento —dije—. No pregunté.

—Bah, no te preocupes. Les daremos algo genérico. Si se quejan, les diremos que sean más específicos la próxima vez.

—Gracias. De verdad lo siento.

Se quedó quieto por un momento y negó con la cabeza mientras me lanzaba una mirada extraña. —De verdad que no es para tanto. —Greg alcanzó un vaso y estaba a punto de servir una cerveza cuando me miró de nuevo—. En realidad, ibas a la sala de atrás, si no me falla la memoria.

—Así es —dije.

—Entonces sé exactamente qué cerveza quieren —dijo, guiñándome un ojo.

Una ola de alivio me invadió al recordar que Cherrie había dicho que los hombres de dentro eran los dueños. Greg conocía sus preferencias. Realmente no me apetecía volver con ellos y decirles que se conformaran con la cerveza que les llevara.

Dejó el vaso y sacó cinco botellas de la nevera antes de abrirlas y colocarlas en la barra. —¿Puedes con todo eso sin bandeja? —preguntó mientras miraba alrededor para ver si podía encontrar una.

—Estaré bien, gracias —dije y sonreí. Cherrie me había enseñado cómo llevar tres botellas entre los dedos de cada mano.

Greg volvió a negar con la cabeza. —Siempre con los «por favor» y «gracias». Sin duda te han educado con buenos modales.

Me tensé al oír sus palabras y casi dejé caer la botella que acababa de coger. Greg lo notó y extendió una mano hacia mí. Me eché hacia atrás y Greg la retiró, mirándome con el ceño fruncido como si le hubiera dado una bofetada.

—S-será mejor que lleve estas a la sala. —Agarré las botellas y prácticamente corrí por el suelo del bar.

¡Qué estúpida! Greg solo había hecho una observación casual, pero mi mente volvió a la última vez que vi a Daniel. Si alguna vez me atrapaba, esa prometida sesión sobre modales sería un millón de veces peor que cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Suspiré y eché un vistazo rápido hacia atrás. Por tercera vez en ese turno, pensé en irme. Quizás había llegado el momento de seguir adelante.

Me recompuse frente a la puerta, pero al mirar hacia abajo, me di cuenta de que con todas las botellas en las manos no podía abrirla. Reacomodé las cervezas, logrando llevar cuatro en una mano y dos bajo el codo, y giré el pomo, usando mi pie para empujar la puerta. Con un rápido movimiento, volví a colocar las botellas en su posición original y entré en la sala.

Una vez más, todas las miradas se volvieron hacia mí, pero esta vez provenían de personas sentadas. Evité sus ojos y miré al suelo, moviéndome alrededor de la mesa y dejando una cerveza frente a cada persona.

Dudé frente al tipo grande. Su dulce aroma a miel, mezclado con tierra y aceite de motor, se imponía sobre el hedor a cerveza y humo que impregnaba el club. Mientras colocaba su botella en la mesa, el tipo a su izquierda extendió la mano y me agarró la muñeca.

Antes de que pudiera reaccionar, el tipo grande se levantó de su silla y gruñó: —Quítale las putas manos de encima, Rex.

Nunca había oído una voz tan enfadada y no deseaba otra cosa que salir corriendo. Rex debió de sentir lo mismo, ya que me soltó sin dudarle un instante y levantó las manos en señal de súplica. Aferrando las dos botellas restantes contra mi pecho, retrocedí hacia la esquina y clavé la mirada en el suelo, sin saber qué más hacer.

—Cane —dijo Rex—. Tienes que revisar su collar. —Una tensión se cernía sobre la sala, pero Rex continuó—. He visto uno parecido antes. Es un puto rastreador.

Dejé caer las botellas, apenas registrando la voz de Cane exigiendo saber para quién

trabajaba. Se hicieron añicos y salpicaron vidrio y líquido sobre mis piernas. Mi mano voló hacia el colgante en forma de corazón negro en mi cuello.

¿Un rastreador? No. No puede ser. No puede ser.

Todo mi cuerpo temblaba. Iba a vomitar. Mamá me había dado este regalo por mi decimosexto cumpleaños. Solo me lo quitaba para ducharme y dormir.

Cada vez... cada vez que me escapaba, sabían dónde encontrarme. Pero... ¿por qué ahora era diferente?

Me desplomé en el suelo.

Esta vez no era diferente. Daniel lo sabía. Daniel lo sabía y estaba jugando conmigo. Esta era una lección que debía aprender. No importaba cuán lejos huyera, no importaba cuánto tiempo estuviera libre, él vendría por mí.

Mis manos temblaban incontrolablemente, pero tenía que quitarme el collar del cuello. Tiraba y tiraba de la cadena. Era fuerte. Siempre había pensado que era más gruesa de lo necesario para el colgante que sostenía, pero ahora me daba cuenta de que era para que fuera difícil de romper. Se me clavaba en el cuello, pero tenía que quitármelo y no podía manejar el broche. No ahora.

Alguien agarró mis manos y las detuvo para que dejaran de tirar de la cadena. Una voz profunda y tranquilizadora llegó a mis oídos, pero mis pensamientos ahogaban sus palabras. Levanté la mirada y vi los ojos marrones oscuros de Cane llenos de preocupación. Su boca se movía, pero seguía sin poder oír su voz.

—Quítamelo —murmuré.

Hubo una ligera conmoción a mi derecha. Desvié la mirada y vi a Cherrie entrar en la habitación. Con su presencia, todo el sonido volvió a mis oídos.

—¿Qué coño está pasando? —exigió y se abalanzó, apartando a Cane de un empujón. Todos miraron de ella a Cane. Me di cuenta de que no era habitual que alguien le hablara así, pero en ese momento, no me importaba lo que eso significara. Registré una breve pérdida cuando sus manos dejaron las mías, pero el rostro de Cherrie llenó mi visión.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó y me tocó el cuello con un dedo. Lo retiró con sangre en la punta.

—Quítamelo —dije de nuevo antes de gritar las palabras. Volví a arañar la cadena, pero por mucho que tirara, no se desprendía.

Esta vez, fue Cherrie quien agarró mis manos. —Yo te lo quitaré. Quédate quieta, te estás haciendo daño. —Asentí brevemente para mostrar que había entendido, y Cherrie me rodeó el cuello y desabrochó el cierre. Se lo lanzó a Cane y se volvió hacia mí, limpiando las lágrimas que corrían por mis mejillas—. Ya está, se ha ido, ¿vale? Se ha ido.

Miré sus ojos preocupados y negué con la cabeza. —No importa —dije después de un momento—. Él sabe dónde estoy. Siempre lo ha sabido. Vendrá a por mí.

—No si yo tengo algo que decir al respecto. —La voz de Cane resonó con una determinación que nunca antes había escuchado. Resonó por todo mi cuerpo y me hizo sentir que tal vez, solo por un segundo, todo estaría bien.

Golpeó el colgante contra la mesa y lo aplastó con la base de su botella de cerveza. Después de que se rompiera en pedazos, levantó lo que parecía una tarjeta SIM del interior de los restos. Toda esperanza me abandonó.

Daniel sabía dónde estaba. Daniel vendría a buscarme.

Levanté las rodillas y las apreté contra mi pecho, enterrando la cabeza tan fuerte como pude contra ellas. Cherrie me acariciaba el pelo. Por su respiración, me pregunté si estaría

hablando, pero una vez más, mi capacidad de oír las palabras y comprender lo que decía me había abandonado.

Capítulo Tres

Cane

—Mierda, olemos peor que un cadáver en descomposición —dijo Jameson, lamentando nuestra falta de higiene personal.

Lucky se olió la axila.

—Habla por ti —dijo—. Yo huelo como un lecho de rosas.

Le di un coscorrón en la cabeza.

—Tú apestas más que todos nosotros, joder.

Todos olíamos a aceite de motor, sudor y carretera, pero ninguno quería hacer esperar a Cherrie más de lo necesario. Habíamos venido al bar tan pronto como llegamos a la ciudad. Estaba a punto de darle otro coscorrón a Lucky por ser un sabelotodo cuando se escuchó un golpe en la puerta.

El silencio se apoderó de la habitación y esperamos a que algo sucediera. Jameson me miró y arqueó una ceja. No estábamos acostumbrados a que alguien llamara antes de entrar a una habitación. Cuando nadie apareció, estaba a punto de gritar que entraran de una vez, pero recordé nuestro juramento a Cherrie: "ni una palabra en voz alta". Negué con la cabeza y me puse de pie para abrir la puerta.

Se abrió antes de que tuviera la oportunidad de dar un solo paso.

¡Joder!

La mujer frente a mí no era lo que esperaba. Cherrie la llamó chica, por eso, y por ser una fugitiva, me había imaginado a una menor, pero esta mujer... mierda... Esta mujer era toda una mujer. Era hermosa. Recorrí con la mirada su cuerpo alto y esbelto. El largo cabello castaño colgaba en una trenza sobre un hombro. A pesar de su altura, parecía frágil y pequeña. La camiseta holgada que llevaba sobre unos vaqueros sueltos parecía una mierda cara de alguna boutique de lujo y hacía poco para ocultar las curvas debajo. Lo más notable de todo eran los grandes ojos verdes que sobresalían de su cabeza, haciéndola parecer un maldito ciervo deslumbrado por los faros.

Toda la gente puede pertenecer al lugar que elija para hacer su hogar, pero esta mujer gritaba inocencia y pureza. También gritaba dinero, como una jodida debutante en camino a un baile. Incluso si estaba tratando de ocultar el hecho. Seguro que no pertenecía a un bar como Ancla de Medianoche, y ciertamente no pertenecía a una habitación con tipos como nosotros.

Pero ¡joder! Cada vez que sus ojos se posaban en mí, la idea de lamer desde sus malditos pezones hasta su coño surgía en mi mente.

Abrí la boca para decir algo, aunque maldita sea si sabía qué, cuando ella chilló algunas palabras apenas audibles.

Solo cuando Jameson pidió una cerveza me di cuenta de que ella había preguntado si podía traernos algo. Hizo falta que Bono pidiera otra para que yo recuperara el sentido y sugiriera que todos tomáramos lo mismo.

No podía sacar de mi mente los pensamientos sobre ella y lo que me gustaría hacerle. Habíamos jurado no ponerle un dedo encima. Un breve momento de debilidad me dijo que mi polla seguro que no era mi dedo. Nadie dijo nada sobre eso, pero descarté el pensamiento. Era el espíritu de la promesa lo que contaba, no las palabras. Aunque, si ella se me lanzaba encima, eso sería otra cuestión. Maldita sea, esperaba que la mirada que me dio cuando entró significara que haría precisamente eso.

Pareció una eternidad antes de que regresara. Esta vez no hubo golpe, pero forcejeó con la puerta, y se abrió solo una rendija durante unos segundos antes de que entrara. No pude apartar los ojos de su delicado rostro mientras caminaba alrededor de la mesa, colocando una cerveza frente a cada uno de mis hermanos. Su mirada nunca dejó el suelo, pero dudó por un momento cuando puso la mía. Joder, estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y prácticamente saborear su aroma a leche y sol en el aire.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Rex extendió la mano y la agarró por la muñeca. Una rabia ardiente se acumuló dentro de mí. No solo había roto su promesa a Cherrie, sino que también había puesto su mano sobre una mujer que yo ya había decidido que era mía.

Los eventos que sucedieron en los siguientes minutos fueron un cúmulo de confusión. Quería arrancarle la maldita cabeza a Rex de los hombros y metérsela por el culo. Pero tan pronto como me dijo que la chica llevaba un rastreador, esa rabia se desplazó hacia ella. El pensamiento racional abandonó mi cabeza y la preocupación por la hermandad se apoderó de mí. La habían enviado para espiarnos y seguir nuestros movimientos. No era de extrañar que estuviera nerviosa. Estaba muerta de miedo de que la atraparan.

Un rugido de acusaciones salió de mis labios, pero cuando me volví para enfrentarla, supe que estaba equivocado. Esta mujer estaba más que nerviosa. Era un desastre destrozado, al igual que las botellas de cerveza que dejó caer a sus pies.

Todo el color abandonó su rostro y el sudor empapó su piel. Nunca habría pensado que fuera posible, pero sus ojos se abrieron aún más. Se deslizó por la pared hasta el suelo y arañó la cadena del rastreador. Nos quedamos congelados en el lugar, pero la visión de cómo se le clavaba en el cuello y le sacaba sangre me hizo entrar en acción.

—Jameson, trae a Cherrie —dije mientras me apresuraba hacia la chica y, a pesar de mi promesa de no ponerle un dedo encima, le agarré las manos para evitar que se hiciera más daño.

—Está bien, cariño —dije—. No vamos a hacerte daño. Necesito que dejes de hacer eso, ¿de acuerdo? Cherrie viene en camino.

Mis manos envolvían por completo las suyas, tan pequeñas. Aunque las mantenía quietas, temblaban dentro de mi agarre.

¡Mierda! Cherrie nos había pedido que fuéramos suaves con la chica, y la habíamos jodido por completo.

Y prácticamente me había convertido en un maldito marica. Todo protector y esas mierdas por una puta destrozada. Pero cuando levantó esos ojos para mirarme y vi la inocencia y el dolor detrás de ellos, ese instinto protector se afianzó para siempre. Supe que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo y hacer que las cosas malas desaparecieran. No podía tener más de... ¿veinte, veintiún años? Pero esos ojos cargaban con más de una vida de sufrimiento.

—Quítamelo —murmuró, y yo quería arrancarle el maldito rastreador del cuello con mis propias manos.

Podría haber besado a Cherrie cuando irrumpió en la habitación y tomó el control. Aunque cuando el grito angustiado de la chica para que se lo quitaran resonó, la necesidad de envolverla en mis brazos y mantenerla a salvo para siempre fue abrumadora. Solo Cherrie lanzándome el maldito rastreador me impidió hacer precisamente eso.

Lo aplasté con mi botella hasta que se desarmó, y vi la tarjeta SIM en su interior. Había esperado a medias que Rex se hubiera equivocado y que la cosa no fuera un rastreador. Al menos eso podría haberle dado un poco de alivio a la chica.

Levanté la tarjeta SIM para asegurarme e instantáneamente me arrepentí de haberlo hecho.

—Él sabe dónde estoy. Siempre lo ha sabido. Vendrá por mí —dijo la chica con voz hueca.

—No si yo tengo algo que decir al respecto.

Incluso antes de que las palabras salieran de mis labios, supe que iba a encontrar a ese cabrón y arrancarle la puta cabeza. Una promesa que se grabó en mi alma mientras la chica se acurrucaba en una posición fetal y enterraba la cabeza entre sus rodillas.

Cherrie la consolaba. No había sonido, pero no cabía duda de que estaba llorando.

—Ojalá no hubieras hecho eso —dijo Rex mientras rebuscaba entre los restos del rastreador—. Ah, aquí está. Puede que tenga algo en casa para comprobar la carga de esto. —Se apresuró hacia la puerta, pero lo jalé de vuelta—. Es como tu teléfono —explicó, sosteniendo una batería diminuta—. Tiene una carga de uno o dos días como máximo.

Miré a la chica acurrucada en la esquina, envuelta en los brazos de Cherrie. No había forma de que ella lo hubiera estado cargando. Si la duración de la batería era inexistente, podría tener un destello de buenas noticias para compartir con ella después de todo.

Solté a Rex y le dije que llamara tan pronto como supiera algo y le pedí a Jameson que pusiera al día a Greg sobre lo que estaba pasando. Probablemente se estaría preguntando dónde estaban Cherrie y la chica a estas alturas.

—Iré con él —dijo Lucky—. A ver si ha visto a algún extraño por aquí últimamente. —Miró a la chica y luego a mí—. Además, creo que cuanto menos gente la rodee, mejor.

Le di una palmada en el hombro para mostrarle mi aprecio por su consideración, y ambos salieron de la habitación, dejándome a solas con Cherrie y la chica.

Me acerqué y me agaché en el suelo junto a ellas. Cherrie me dirigió una mirada que era mitad reproche y mitad súplica.

—Oye, cariño. Ahora solo estamos tú, Cherrie y yo aquí, ¿vale? Nadie va a hacerte daño. Cherrie le frotó la espalda.

—Jess. Este es Cane. Vamos a ayudarte si podemos, pero necesitamos saber qué está pasando. —Cuando ella no respondió ni movió un músculo aparte del temblor involuntario de su cuerpo, Cherrie se volvió hacia mí y dijo—: Ni siquiera estoy segura de que pueda oírnos. ¿Qué demonios pasó?

—Que me condenen si lo sé. Rex reconoció que ese colgante de corazón era un maldito rastreador. Tan pronto como lo dijo, ella tuvo una especie de crisis mental o algo así. Rex ha ido a comprobar la duración de la batería. Puede que la maldita cosa ni siquiera esté cargada.

Un ligero movimiento atrajo nuestras miradas de vuelta a la chica, y ella levantó la cabeza de nuevo.

—Hola —dije, contento de ver que un poco de color volvía a sus mejillas—. Jess, ¿ese es tu verdadero nombre?

Negó con la cabeza y miró a Cherrie como si se avergonzara de haber mentido.

—Oh, cariño —dijo Cherrie, limpiándole las lágrimas de la cara—. Está bien. No tienes que decirnos tu verdadero nombre si no quieres, pero queremos ayudarte, así que si puedes contarnos qué pasó y de quién tienes miedo, estaremos en mejor posición para hacerlo.

Los ojos de la chica se movieron de Cherrie a mí y de vuelta. Cuando habló, su voz salió como un graznido.

—Thea —dijo—. Mi verdadero nombre es Thea.

Capítulo Cuatro

Thea

Daniel sabía dónde estaba. Venía a por mí.

Cherrie se sentó a mi lado, diciéndome que todo estaría bien, pero ¿qué sabía ella? Greg era un buen hombre. Ella nunca había conocido a Daniel, nunca había pasado una sesión en el sótano atada a una silla, con la boca llena de trapos sucios y cubierta con cinta adhesiva, al igual que su nariz. Nunca había tenido lágrimas corriendo por su rostro, tratando desesperadamente de moverse, de liberarse. Sin saber si esta vez la dejaría morir.

Entonces llegó Cane. Su voz intentó penetrar en mis pensamientos. Se sentía extraño, pero saber que estaba cerca hacía que las cosas fueran un poco mejores. No sabía nada sobre él, pero sí sabía que era todo lo que Daniel no era, y su presencia me hacía sentir algo que no había sentido en mucho tiempo... segura.

—... la maldita cosa puede que ni siquiera esté cargada —dijo, y quise burlarme.

Estaba cargada.

Pensé que había hecho un plan sólido. Había tirado mi teléfono, cambiado de coche, viajado en autobuses y trenes, ido a lugares donde nunca pensarían buscar. Usado un nombre falso. Había viajado miles de kilómetros, pero regresado a unos trescientos kilómetros de casa, solo para despistarlos.

Daniel planeó mejor.

Un estúpido regalo de cumpleaños de mi madre por mis dieciséis años. Me dijo que era un medallón, sellado herméticamente. Dijo que había encontrado un cepillo viejo que papá había usado y una pequeña muestra de su cabello junto a él. Nunca debía intentar abrirlo por si el cabello se volaba y se perdía para siempre. Le creí, atesoré el regalo. La única cosa que siempre llevaba conmigo.

Debería haberlo sabido mejor. Ella nunca me amó. Todo lo que le importaba era mantener su casa lujosa. Eso significaba mantener a Tony feliz y, por extensión, a Daniel. Sin importar el costo para mí.

Cuando Cane preguntó si Jess era mi verdadero nombre, una ola de culpa me invadió. Cherrie y Greg me habían acogido sin tener razón para hacerlo. Habían hecho todo lo posible para ayudarme, ¿y cómo les había pagado? Mintiendo. No importaba que ella dijera que estaba bien. Después de todos los problemas que había causado, les debía al menos eso.

—Thea —dije—. Mi verdadero nombre es Thea.

Hablar se me hacía difícil, como si tuviera que atravesar una barrera invisible para ser escuchada, y mis pensamientos parecían lentos. Todo lo que podía pensar era que Daniel venía y tenía que salir de aquí lo antes posible, pero Cassie intentaría detenerme.

Cane se agachó tan cerca que sentí su aliento caliente como fuego en mi piel cuando habló. Pero no tenía miedo. No de él. Extendió su mano, pero dudó. Esto hizo que deseara aún más que me tocara.

—Lo siento —dije—. Nunca quise causarte problemas.

La mirada en sus ojos cuando dijo: —No es ningún problema —casi me rompió el corazón. Nadie me había mirado con tanto amor y bondad antes.

De repente, me di cuenta de la cerveza empapando mis vaqueros y mi piel, y los fragmentos de vidrio entre los que estábamos sentados. —Necesitamos ponernos de pie —dije antes de levantarme. Los demás me siguieron.

Cane era una cabeza más alto que yo y fácilmente el doble de mi peso. Su sólida presencia me impactó en lo más profundo de mi ser, y no podía apartar mis ojos de él. Daniel nunca podría pasar por encima de un hombre así.

¿A quién quiero engañar? Daniel podría hacer cualquier cosa.

—Vamos a tener que limpiarte —dijo Cherrie, mirando hacia la puerta—. ¿Crees que puedes caminar por el bar?

Enderecé la espalda, levanté la barbilla y caminé hacia la puerta. —Estoy bien —dije antes de abrirla. Lo único que importaba era alejarme de aquí lo más rápido posible.

Cherrie y Cane me escoltaron a través del área del bar y hacia las escaleras traseras. Cada vez que uno de los clientes se acercaba a menos de tres metros de nosotros, Cane los miraba amenazadoramente o les decía que se quitaran de en medio.

Con el corazón latiendo fuertemente, me detuve en la puerta de las escaleras y me volví para enfrentarlos. —Estaré bien por mi cuenta. —Señalé el bar abarrotado—. Greg podría necesitar un par de manos extra y bueno... —mis ojos se elevaron hacia Cane—. Preferiría que no estuvieras conmigo cuando me cambie —dije a pesar de que la idea de estar lejos de él me hacía sentir como si mis entrañas se fueran a marchitar.

—Si estás segura —dijo Cherrie.

—Estaré justo aquí —añadió Cane. Los músculos de su cuello se tensaron como si se preparara para una pelea. Sus ojos me taladraban, y temí que, incluso después de cerrar la puerta, vería mis acciones.

Su teléfono sonó, y traté de no suspirar de alivio ante la distracción. Con una rápida sonrisa en su dirección que esperaba fuera tranquilizadora, abrí la puerta y la cerré suavemente detrás de mí.

Subí los primeros cuatro escalones a paso de tortuga, preocupada de que alguien pudiera intentar seguirme, pero cuando se hizo evidente que no lo harían, corrí por los escalones restantes hasta mi habitación. Recogiendo solo el dinero escondido en mi cajón, salí de la habitación y me dirigí al final del pasillo donde una escalera de incendios ofrecía una salida hacia el estacionamiento en la parte trasera del bar. No me había molestado en recoger las llaves de mi coche, ya que las de Frank aún estaban en mi bolsillo.

Abrí la ventana de un tirón y salí al aire nocturno. Una brisa fresca soltó mechones de mi trenza y los azotó alrededor de mi rostro. Me estremecí y lamenté no haber cogido ni siquiera una chaqueta. Pero ya no había vuelta atrás.

Bajé corriendo por la escalera de incendios hasta el estacionamiento. Había pocas luces en los edificios circundantes y en los callejones, y ninguna ventana daba al aparcamiento. Sombras amenazantes llenaban cada espacio entre los coches silenciosos. El ruido se filtraba desde el bar, pero no se veía a nadie. La parte trasera del club me dejaba aislada, vulnerable. Calmé mi respiración. Un gran grupo de motocicletas descansaba inactivo junto a la pared del fondo, y supuse que algunas debían pertenecer a Cane y los otros chicos. El pensamiento de Cane trajo su imagen a mi mente, y me quedé paralizada por un segundo, preguntándome si estaba tomando la decisión correcta; si realmente podría mantenerme a salvo. Preguntándome si me importaba o si solo quería estar cerca de él otra vez.

Respiré hondo y cerré los ojos, permitiendo que la suave caricia del aire nocturno ordenara mis pensamientos. Nadie podía protegerme. Lo único que podía hacer era alejarme de Ancla de Medianoche y de este pueblo lo más rápido posible. Tenía que seguir adelante, seguir moviéndome y no detenerme nunca. Si Daniel no había notado que el rastreador no funcionaba hasta ahora, pronto lo haría.

Abriendo los ojos, metí la mano en mi bolsillo y saqué la llave de Frank. Me escabullí entre los coches aparcados, pulsando el botón y buscando alguna luz intermitente. Finalmente, un Jeep Wrangler respondió a mi llamada.

Corrí hacia él cuando una figura salió de detrás de una furgoneta oscura cuatro vehículos más adelante, bloqueando mi camino hacia el coche.

No necesitaba ver un rostro para saber que era Daniel.

Todo mi mundo se vino abajo. No podía moverme... no podía respirar. Había cometido un estúpido, estúpido error.

—Hola, Thea. Me alegro de verte —dijo mientras caminaba hacia mí—. Aunque no es exactamente la reunión que imaginaba —sus labios se curvaron en una sonrisa que hizo que puntos negros nadaran en mi visión.

Sacó algo de su bolsillo que, incluso con la escasa luz, vi que era una jeringa.

Aún así, no podía moverme. Mi corazón latía aceleradamente, y mi respiración era tan rápida que temía hiperventilar y desmayarme antes de que llegara a mí. No es que mi destino fuera a ser mejor cuando lo hiciera.

—¿Qué, no hay un saludo para tu querido hermano? —preguntó.

—Hola, Daniel —dije, las palabras sonaron huecas en mis oídos, abrumados por mi propio pulso.

Inclinó la cabeza hacia un lado. —¿No te alegras de verme?

—Me alegro de verte, Daniel. ¿Puedo preguntar qué tienes en la mano? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

Se detuvo frente a mí y levantó la jeringa ante mis ojos. —Esto es ketamina. La misma que la última vez. Me sorprende que seas tan olvidadiza.

—Por favor, no. No quiero. Iré contigo, pero por favor...

—Oh, querida, querida Thea. Si no querías tomar la droga, nunca deberías haberte ido. Además, te hará feliz. ¿No quieres ser feliz?

Negué con la cabeza, pero Daniel extendió la mano y agarró mi barbilla, clavando sus dedos con fuerza. —No te preocupes —dijo—. Puedo asegurarte que cualquier felicidad será de corta duración —agarró mi brazo y subió la manga de mi camiseta hasta el hombro—. Ha sido divertido jugar a este pequeño juego. Verte dormir y correr por tu propio mundito. Pero es hora de que volvamos al mundo real, ¿no crees?

Mi mente ya estaba demasiado entumecida para estremecerse cuando empujó la aguja en mi bíceps y presionó el émbolo.

—Deberíamos movernos mientras aún tengas pleno control de tus extremidades —dijo mientras la sacaba—. No creo que te guste lo que pasaría si me viera obligado a arrastrarte.

Mi cuerpo zumbaba como si tuviera hormigueo por todas partes, y las náuseas se acumulaban en mi estómago. Daniel agarró mi mano, pero sentía como si su toque no estuviera realmente allí, como si mi mano tuviera una capa exterior a cinco centímetros de la piel y fuera eso lo que él agarraba. Di un paso adelante, un pie tras otro, pero el suelo se movía, y no sabía dónde terminaba mi pie y dónde empezaba el suelo.

—Thea —sonó una voz detrás de mí mientras la palabra flotaba en burbujas alrededor de mi cabeza—. QUÍTALE TUS PUTAS MANOS DE ENCIMA.

Solté una risita e intenté atrapar las burbujas del aire antes de mirar el rostro de Daniel. Se retorció y giraba mientras sus rasgos se distorsionaban, pero una cosa estaba clara. Por primera vez en mi vida, vi algo más que ira, lujuria y alegría por mi dolor en sus ojos. Vi miedo.

Me reí un poco más y levanté mi dedo para señalar su cara. —Estás en problemas —dije.

Las palabras resonaron de vuelta hacia mí, cada vez más fuertes, llenando mi cabeza. Flotaban en burbujas enojadas que intentaban derribarme.

—Estás en problemas. Estás en problemas —ya no me llegaban con mi propia voz, sino con la de Daniel. Su rostro aparecía enojado y enrojecido en una burbuja, luego en otra y otra—. Estás en problemas —gruñía cada cabeza.

Caí de rodillas e intenté taparme los oídos con las manos, pero no podía alcanzarlos debido a mi capa exterior. Me hundí en el suelo mientras el pavimento se convertía en una masa esponjosa debajo de mí.

—No estás teniendo un buen día —dijo mi voz interior en un tono exasperado, y estallé en una carcajada profunda, incapaz de contenerme. Ni siquiera cuando me elevé del suelo y me alejé flotando en una burbuja llena de alfileres.

Capítulo Cinco

Cane

—¡QUITA TUS MALDITAS MANOS DE ELLA! —Las palabras salieron como un rugido gutural.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y sentí que podría atravesar una puta pared para llegar a Thea.

En cuanto colgué el teléfono con Rex, subí corriendo las escaleras para buscarla, solo para descubrir que su habitación estaba vacía, con la puerta completamente abierta. Debería haberla revisado antes de que ella subiera. Si algo le hubiera pasado...

Rex confirmó que la batería aún tenía carga y, con toda probabilidad, había sido cargada en las últimas doce horas. Estimó que su duración máxima era de dos a tres días. Eso significaba que no solo el cabrón sabía dónde estaba ella, sino que también tuvo que haber estado en la misma habitación que ella con regularidad.

Necesitaba sacarla del Ancla de Medianoche, ahora mismo.

Al salir de su habitación, noté que la ventana que daba a la escalera de incendios estaba abierta. Tan pronto como llegué a ella, vi a un hijo de puta extender la mano y tomar la de ella. Grité su nombre y prácticamente salté toda la escalera de incendios para alcanzarla.

El cabrón asqueroso me echó un vistazo y salió corriendo. Quería perseguirlo y arrancarle la piel del maldito cuerpo antes de hacérsela comer, pero Thea se estaba comportando de manera extraña. Lloraba y reía al mismo tiempo, y agitaba las manos en el aire. Cayó al suelo, agarrándose las orejas, y supe que nunca podría dejarla de nuevo. Tres minutos lejos de ella y casi la había perdido.

La levanté en mis brazos y la llevé de vuelta al bar.

Ella alzó la mano y me hizo cosquillas en la barba, aún llorando. Tenía una sonrisa en la cara, aunque la risa había disminuido. —Tan suave y esponjosa —dijo, con las palabras arrastradas—. Como Papá Noel. ¿Vas a darme un regalo?

Con la última palabra, su sonrisa desapareció y una expresión de horror invadió sus facciones. —No, por favor. No quiero un regalo. No me des un regalo. —Sus ojos se movían de izquierda a derecha como si estuviera viendo algo que solo ella podía ver—. No me des un mal regalo —repitió—. ¿Me prometes que no me darás un mal regalo?

Miré su precioso rostro y mi corazón se derretió. Ese cabrón le había hecho un daño terrible y yo iba a hacérselo pagar. —Te lo prometo —dije.

Apoyó la cabeza en mi pecho y aferró su mano con fuerza a mi barba. —Gracias, Papá Noel Cane —murmuró, antes de reír de nuevo.

Tan pronto como derribé la puerta del bar de una patada, Cherrie me vio y vino corriendo. —¿Qué demonios ha pasado ahora? —gritó por encima de la música y las voces. Bono y Lucky estuvieron allí un instante después.

—Saca a todos —dije—. Está cerrado.

Lucky no dudó. Fue hasta la rocola, desenchufó el cable y soltó un fuerte silbido. Mientras él echaba a todos, ignoré el chirrido de las sillas, los gritos de enojo y las botellas rompiéndose —Lucky y Jameson podían encargarse de esa mierda— y me dirigí al sofá más cercano con Cherrie y Bono pisándome los talones.

—No me dejes —dijo Thea cuando la dejé en el sofá.

—Cariño, no voy a ir a ninguna parte. —Sonreí y aparté el cabello de su rostro. Resistí el

impulso de secar sus lágrimas, sabiendo que eran interminables—. ¿Crees que puedes soltar mi barba? —pregunté—. Creo que podrías arrancármela de la cara.

Me invadió una punzada de culpa cuando su rostro se llenó de pánico. Intentó retirar la mano frenéticamente, pero sus dedos no parecían funcionar como deberían. Estaba atascada, su agarre era como el hierro.

—Déjame ayudar —dijo Cherrie y se arrodilló junto a nosotros, liberando cada dedo.

—Lo siento —dijo Thea—. Lo siento mucho.

—Eh. —Le tomé la otra mano—. No tienes nada de qué disculparte, ¿de acuerdo? —Se veía tan asustada y perdida que quería envolverla en mis brazos y no soltarla nunca. En cambio, me volví hacia Bono—. ¿Puedes hacer algo con lo que ese enfermo le dio?

Bono había sido médico en los Marines en su vida pasada, algo que resultaba útil con demasiada frecuencia. Cherrie terminó de desenredar su mano y se puso de pie para darle espacio. Él revisó el pulso de Thea. —Es rápido —dijo—. Su respiración es demasiado superficial. Y por la forma en que sus ojos se mueven, diría que está alucinando. —Se inclinó cerca y con su voz más calmada preguntó: Oye, cariño. ¿Puedes decirme qué has tomado?

—No, no me obligues. No quiero hacerlo. —Thea apretó mi mano con fuerza, y traté de devolver el apretón de manera tranquilizadora.

Bono maldijo y me dirigió una mirada que mostraba que estaba tan cabreado con este tipo como yo. —No, cariño —dijo—. Nunca te obligaremos a hacerlo. Solo necesitamos saber qué era para poder ayudarte. —Elijiendo sus palabras con más cuidado, preguntó: ¿Puedes decirme qué te dieron?

Ella lo miró con una expresión distante en los ojos. —No pareces un cirujano veterinario —dijo y se rio—. ¿Me veo como un caballo? ¿Soy un caballo?

Sus ojos recorrieron el bar y todo su cuerpo se puso rígido. Intenté llevar su mano a mi pecho para asegurarle que todo estaría bien. Solo tenía que aguantar el viaje. Pero su brazo estaba inmóvil y temí que si tiraba demasiado fuerte, se rompería.

Bono se levantó y comenzó a caminar detrás de mí. —Maldito hijo de puta —dijo, su voz llena de rabia y preocupación que reflejaban las mías—. Le ha dado ketamina. Por cómo está actuando, creo que debe haber sido una dosis grande, inyectada.

Thea dejó escapar un grito de angustia y luego se quedó abruptamente en silencio.

No era la primera vez que veía a alguien en un mal viaje. Demonios, la mayoría de nosotros lo habíamos experimentado una o dos veces, pero ver la angustia de Thea y saber que no había una maldita cosa que pudiera hacer al respecto estaba haciendo que mi sangre hirviera. Más aún sabiendo que el cabrón todavía estaba ahí fuera esperando para hacer algo peor. —¿Cuánto tiempo antes de que se le pase? —pregunté.

—Una hora. Quizás más.

—¿Hay algo que podamos hacer?

Bono negó con la cabeza. —Quédate con ella. Háblale. Dile dónde está. Quién es. —Más fácil decirlo que hacerlo cuando no teníamos ni idea—. Definitivamente experimentará alucinaciones, pánico y confusión. Cuanto peor sea su estado mental al entrar en el viaje, peor serán las cosas, y creo que es seguro decir que no estaba en un buen lugar, joder.

No me digas, Sherlock, me resistí a decir y en su lugar pregunté si había algo más.

—Disociación. Puede sentirse desconectada de su cuerpo y de las cosas que están sucediendo. Esto significa que no sentirá dolor, así que tendremos que asegurarnos de que no se haga daño.

—¿Qué clase de bastardo enfermo le hace esto a una persona? —preguntó Cherrie.

Ojalá tuviera una respuesta. No éramos santos ni mucho menos, pero jamás se nos pasaría por la cabeza hacer pasar a alguien por este infierno. Mi mente daba vueltas. No era de extrañar que Thea estuviera aterrorizada del cabrón. Si le había hecho esto sin dudarlo un momento, ¿de qué más sería capaz?

La siguiente hora pareció arrastrarse más que un día entero. ¡Maldita sea! Por la gama de emociones que todos experimentamos junto con los gritos angustiados de Thea y sus ataques de risa frenética, bien podría haber sido un maldito año.

Rex regresó y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Creo que deberíamos echar a la estúpida perra a la calle para que su chulo la reclame —dijo Lucky.

Gruñendo, apreté mi puño libre.

Rex se detuvo en seco y me miró antes de volverse hacia Lucky. —Y yo creo que deberías cerrar tu estúpida boca antes de que se te acabe la suerte.

Lucky contuvo la respiración. —Ah, mierda. No quise decir nada con eso. Solo siento que me están torturando escuchando esta mierda.

—Solo cuida tu boca —dije.

—Todos estamos al límite. —Rex volvió a caminar—. Necesito estar fuera de aquí, haciendo algo. Arrancándole los miembros al cabrón.

Demonios, me uniría a él y cazaría al cabrón, pero mi promesa a Thea me mantenía firmemente a su lado.

Después de unos minutos más caminando, Rex dijo que iba a revisar cada maldito negocio en un radio de un kilómetro para ver si tenían imágenes de CCTV del tipo. Le di una descripción y se fue, junto con Lucky, quien estaba más que ansioso por ir con él.

—Rex —grité a través del club antes de que se fuera—. Si encuentras al cabrón, tráelo vivo. ¿Me oyes?

Rex asintió que entendía. Iba a matar a este maldito pedazo de mierda yo mismo.

Thea nunca se movió del sofá. Durante los últimos veinte minutos, se había quedado en silencio, y en muchos sentidos eso era peor que la risa y el llanto. Al menos cuando hacía eso, sabíamos que seguía viva. Solo cuando apreté mi mano dejé escapar un suspiro de alivio.

—Mi Santa Cane —dijo y soltó una breve risa, más melancólica que maníaca. Se calmó rápidamente y extendió la mano para tocar mi rostro. Era el primer movimiento que había hecho desde que se puso rígida—. Te quedaste —dijo.

—Prometí que lo haría.

Una sonrisa triste se dibujó en su rostro. —Lo siento.

—Nunca más tienes que decirme esas palabras —dije—. No tienes absolutamente nada de qué disculparte.

—Nunca debí haber intentado huir de ti. Solo tenía que alejarme del bar lo más rápido posible.

Incliné la cabeza hacia un lado. —Eso sí que no deberías haberlo hecho, pero entiendo por qué lo hiciste. Solo prométeme que no lo volverás a hacer.

—Lo prometo —dijo antes de hacer una mueca de dolor—. Todo me duele.

—¿Dónde?

Su sonrisa se iluminó y casi alumbró toda la maldita habitación.

—Por todos lados —dijo, y me pregunté qué demonios tenía que la hacía sonreír así, aunque no pude evitar devolverle la sonrisa.

Capítulo Seis

Thea

Sentía como si me hubieran arrastrado al infierno, pero siempre en el fondo de mi mente, sabía que Cane estaba cerca de mí. No podía ver su rostro, oír su voz o sentir su tacto, pero en algún plano distante, sostenía mi mano. Sin esa única cosa a la que aferrarme, no creo que mi mente hubiera logrado regresar a mi cuerpo.

No es que se sintiera genial cuando lo hizo. Un dolor punzante me atravesó como si mi cabeza hubiera sido aplastada con un mazo y mi cuerpo estrujado en un tornillo. Casi podría desear liberarme de él nuevamente, pero eso significaría perder de vista al hombre a mi lado. Aquel que nunca había soltado mi mano. No podía racionalizar por qué me había apegado tanto a un hombre del que no sabía nada. Simplemente lo había hecho.

Una imagen de él vestido solo con un gorro de Santa y pantalones cortos destelló en mi mente, dibujando una sonrisa en mi rostro. No podía recordar mucho después de encontrarme con Daniel, pero recordaba a Cane salvándome y que yo lo había llamado Santa Cane. Debe pensar que soy una idiota. Lo cual era por creer que alguna vez estaría libre de Daniel.

Uno de los hermanos de Cane, el del pelo rapado y un tatuaje de marine con las palabras 'Semper Fidelis' en el antebrazo, se presentó como Bono y me dio un par de Advil para lidiar con mis dolores y molestias. Me quedé dormida mientras él y Cane discutían sobre llevarme lejos del bar. Cherrie no estaba contenta de que me fuera a ningún lado sin ella, pero admitió que sería mejor que me quedara con Cane, al menos por un tiempo.

—¿Te has pillado fuerte por esta chica? —le dijo Bono a Cane, y me pregunté qué quería decir. Aunque la idea de que a Cane pudiera gustarle llenó mis últimos pensamientos de felicidad y calentó mi cuerpo antes de que el sueño me reclamara.

~

Cuando desperté, estaba en una camioneta con Cane al volante.

Me miró de reojo mientras me movía en el asiento y me dio una cálida sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Mejor —Lo cual era cierto. Mi cuerpo ya no se sentía como si hubiera sido estrujado en un tornillo, sino más bien adolorido como después de una sesión de yoga particularmente dura llena de nuevas posturas.

El rugido de los motores atrajo mi mirada hacia la ventana trasera. Cuatro motos nos seguían. La noche rápidamente se convertía en día, y un baño de luz desde el este me hizo enfocar mi atención en nuestro entorno. El sol del nuevo día se reflejaba en los edificios, lavando la escala de grises e inundándolos de color. Pronto, nos alejamos de la zona edificada del pueblo y nos dirigimos hacia las montañas y el bosque circundante.

—¿Vamos a tu casa? —Cane hizo un gesto con la cabeza hacia las motos que nos seguían—. Ellos se asegurarán de que nadie nos siga.

—¿Por qué? —Nos desviamos de la carretera principal a un camino rural bordeado de árboles. Dos de las motos nos dieron un toque de claxon y dieron la vuelta en la carretera. Cane respondió con otro toque—. Quiero decir, ¿por qué me estás ayudando? No he sido más que un desastre loco desde que me conociste.

Me dio una sonrisa irónica.

—Tal vez sea por eso.

Miré al suelo y tragué el nudo que se formaba en mi garganta. Dios, debo parecer tan

débil y patética. Todo lo que quería era quitarle la ropa, ver hasta dónde cubrían esos tatuajes su cuerpo y trazar cada línea de ellos con mis dedos. Con mi lengua. Se veía rudo, listo y sucio, y yo quería hacer cosas sucias con él, pero él solo me veía como un caso de caridad que necesitaba ser salvado, o peor aún, mimado.

Involuntariamente, mi mano fue a mi garganta para agarrar el corazón que hasta anoche siempre me había dado consuelo. Mi pecho se apretó cuando una punzada de decepción al descubrir que se había ido fue rápidamente reemplazada por alivio.

¿A quién quería engañar? Era patética y sí necesitaba ser salvada.

Miré hacia atrás a las dos motos restantes.

—Rex y Jameson viven en el pueblo —explicó al notar mi mirada—. Podrán ver si alguien nos seguía en el viaje de regreso.

Asentí. Rex había sido quien identificó el rastreador, pero no tenía idea de cuál de los chicos era Jameson.

—Lucky vive cerca del bar —continuó Cane—. Dice que extraña el bullicio aquí en el campo, pero en realidad le gusta quedarse con su madre cuando está en el pueblo y asegurarse de que esté bien. Se quedó atrás para vigilar la salida del pueblo. Bono vive más adelante en el bosque, no muy lejos de mí.

Las luces de una cabaña pasaron rápidamente en el bosque. Miré hacia atrás y noté que las dos motos aún nos seguían y conté los nombres en mi cabeza. Si Lucky se había quedado atrás, ¿quién conducía la cuarta moto? Entonces me di cuenta. Estábamos en la camioneta de Greg, aunque la moto que seguía no era la que normalmente lo veía montar.

—¿Greg está en tu moto? —pregunté mientras Cane se detenía junto a una pequeña cabaña. Una de las motos restantes dio un toque de claxon y siguió adelante, la otra se detuvo detrás de nosotros.

—Así es —Apagó el motor y se giró para mirarme—. ¿Puedes caminar? —preguntó.

Asentí y me moví para abrir la puerta, rezando por tener razón. Un suspiro de alivio escapó de mis labios cuando puse mi primer pie en el suelo y encontré no solo el suelo sólido, sino mi pierna capaz de soportar mi peso.

El sol bañaba el claro con un cálido resplandor mientras el fresco aroma de las agujas de pino envolvía mis sentidos. El bosque parecía cobrar vida con el canto de los pájaros dando la bienvenida al nuevo día. Una densa vegetación nos rodeaba, haciéndome preguntarme hasta dónde podría ver de noche. Las hojas susurraban con una suave brisa y traté de no temblar, insegura sobre qué o más bien quién podría estar observando en las oscuras profundidades.

Greg se acercó y le dio un asentimiento a Cane.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, dirigiendo su atención hacia mí.

—Thea —dije—. Lo siento por haber mentido.

Greg me guiñó un ojo. —Diablos, hiciste lo que tenías que hacer. Solo desearía que hubiéramos conocido tus problemas antes, para poder haberte ayudado mejor.

—Ya me han ayudado demasiado.

—No te hemos ayudado lo suficiente. —Asintió hacia Cane y le dio una palmada en el hombro—. Aunque creo que los hermanos van a rectificar eso. En fin —le entregó a Cane las llaves de su moto y tomó las de su camioneta a cambio—, será mejor que vuelva y ayude a Cherrie a limpiar y descansar un poco antes de que el bar abra esta noche. Si necesitas lo más mínimo, solo llama y pide, ¿me oyes?

—Sí, señor, y gracias.

Me guiñó el ojo de nuevo y saltó a la camioneta antes de alejarse, dejándome de pie en el

claro con Cane.

—¿Todos son tus hermanos? —pregunté solo por decir algo cuando un sentimiento de nerviosismo se instaló en mi estómago.

—Lo son.

Me aclaré la garganta. —No se parecen mucho a ti. ¿Son hermanos de sangre o por matrimonio?

Cane soltó una carcajada y me dedicó una sonrisa que de alguna manera suavizó todo su exterior rudo. —Ni lo uno ni lo otro, son hermanos de corazón y alma —dijo—. Todos somos miembros del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche, pero el club es más que eso. Nos queremos, nos apoyamos. Demonios, cada uno de los hermanos daría su vida por los demás. Somos una verdadera familia.

Mi corazón se hundió en mi estómago al oír sus palabras. Mi familia nunca había sido sobre amor, compasión o apoyo. No desde que papá había muerto. Aunque, mamá tenía razón en un aspecto. Solo tenía ocho años cuando eso sucedió. Tal vez veía mi tiempo con él a través de lentes color de rosa. Más aún después de la familia que vino después.

Percibiendo mi incomodidad, Cane miró de mí a la cabaña y sugirió que entráramos. —Estoy jodidamente hambriento —dijo—. No tengo mucho. Hemos estado en la carretera los últimos dos meses, y probablemente el lugar necesite ventilarse. Pero habrá una lata de sopa o alguna mierda para comer en uno de los armarios.

Sonreí y me mordí el labio. Solo mamá maldecía cerca de mí, y eso era poco frecuente. Tony odiaba las malas palabras. Pero cada otra palabra que salía de la boca de Cane era jodido esto o jodido aquello. Parecía vulgar pero adorable al mismo tiempo. Cada vez que decía "joder", quería hacer precisamente eso.

Sentí que mi cara se sonrojaba cuando subí al porche y él abrió la puerta, haciéndome pasar. Miré alrededor. Había dos sillas a cada lado de una chimenea. Había una mesa con sillas junto a una cocina de planta abierta, y una escalera de caracol que llevaba a un entresuelo, donde apenas podía ver lo que parecía ser una cama.

—El baño está por esa puerta al fondo —dijo, señalando más allá de la cocina hacia la pared del fondo—. Solo hay una cama. Te traeré algo de ropa de cama y...

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Dónde dormirás? —Señaló las sillas junto a la chimenea.

Solté un suspiro, sorprendida por la decepción que me invadió. Por costumbre, me quité las botas y los calcetines (no se me permitía usarlos en casa), los dejé junto a la puerta y me dirigí al área de la cocina, temerosa de decir en voz alta el pensamiento que me vino a la cabeza. Él se unió a mí y abrió un armario, sacando un par de latas.

—Parece que hay frijoles, maíz y atún —dijo—. ¿Están bien los frijoles?

—¿Qué? ¿No hay mierda? —pregunté y arqueé una ceja.

Torció los labios y me miró de arriba a abajo, haciéndome sentir cálida y hormigueante. —No juzgues tan pronto la calidad de los frijoles o mis habilidades culinarias —dijo.

Me reí. —No estoy segura de que calentar frijoles cuente como cocinar.

Cruzó los brazos, me lanzó una mirada severa y apretó los labios. Podía imaginar lo intimidante que sería si hubiera dirigido la misma mirada a otra persona, pero solo me hizo reír aún más fuerte. —Tengo que abrir la lata y calentar el contenido —dijo con seriedad.

—Oh, es cierto. Me retracto. Solo ten cuidado de no quemarlos. Estoy muerta de hambre y podría comerme un caballo.

Se puso rígido y colocó las latas con demasiado cuidado sobre la encimera. Los músculos de su cuello se tensaron como lo habían hecho la noche anterior. Cuando pareció que podría

golpear la puerta del armario como había visto hacer a algunos hombres en la televisión, me pregunté si me había pasado de la raya y había dicho algo incorrecto. Pero algo me decía que su ira no estaba dirigida hacia mí. Después de un momento, logró controlar las emociones que luchaban dentro de él y abrió un cajón antes de sacar un abrelatas.

—Hay algunos tazones por allá —dijo, señalando otro armario.

Suspiré, lamentando que mis palabras descuidadas hubieran cambiado la atmósfera entre nosotros, agarré los tazones y los coloqué junto a la estufa, mientras Cane vaciaba los frijoles en una sartén y los calentaba.

—Lo siento. No quise sonar desagradecida. Los frijoles están perfectos y son más que suficiente.

Tomó una respiración profunda antes de soltarla. —No son los frijoles. Anoche, te preguntaste si Bono era un cirujano veterinario y tú eras un caballo.

Oh, y acababa de decir que podría comerme un caballo.

Me esforcé por recordar qué más había hecho o dicho anoche, pero no me vino nada. Solo la imagen de Daniel de pie frente a mí, y nunca quería volver a pensar en eso. Aparté su rostro y me concentré en el de Cane. —Lo sien...

—Realmente tienes que dejar de jodidamente disculparte.

Me mordí la lengua para no disculparme por disculparme y en su lugar pregunté dónde estaban las cucharas. Cane señaló un cajón y luego vertió los frijoles calientes en los dos tazones antes de llevarlos a la mesa.

Comimos en silencio. Aunque intenté no mirar fijamente, no pude apartar los ojos de Cane. Todo en él parecía intenso. Su barba y sus tatuajes. Sus anchos hombros y pecho. Sin mencionar sus brazos tan grandes como troncos de árbol. Me imaginé corriendo hacia él con todas mis fuerzas y cayendo de espaldas sin hacerle exhalar ni un suspiro. Era enorme y, sin duda, el hombre más sexy del mundo. Con solo una mirada podía decir que sabía exactamente cómo usar su poderoso cuerpo y que tenía la resistencia para durar toda la noche. La idea de mi piel desnuda tocando la suya hizo que mi corazón saltara un latido. Todos mis sentidos hormigueaban con una mezcla de anticipación y miedo. Pero no tenía miedo. No de él.

Después de terminar de comer, colocó su cuchara en el tazón y se recostó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho nuevamente. Por la mirada que me dio, supe que no me gustaría lo que vendría a continuación.

—En algún momento, vamos a tener que hablar sobre lo que pasó —dijo—. Sobre quién era ese cabrón.

—Lo sé —Aunque había estado hambrienta y aún me quedaban algunos frijoles en el tazón, mi apetito desapareció y también dejé la cuchara—. El hombre que... que...

—¿El de anoche? ¿Es tu proxeneta o algo así?

Le di una sonrisa irónica.

—El de anoche. Su nombre es Daniel. Daniel King. Es mi hermanastro.

Me sentía bien hablando de él en ese momento; todavía estaba ligeramente desconectada de la realidad; el único beneficio de la ketamina que me había dado. Lo único que parecía real y me hacía sentir viva era la forma en que Cane me miraba.

Tensó los puños hasta que sus nudillos se blanquearon, y los músculos de sus brazos se crisparon.

—¿Él te puso el rastreador? —preguntó.

A pesar de mi entumecimiento, contuve las lágrimas que amenazaban con brotar y negué con la cabeza.

—Eso fue un regalo de mi madre. El último regalo que me hizo —Me levanté y llevé mi tazón al área de la cocina.

Cane apareció a mi lado. Mi mano voló a mi boca, y solté un sollozo. Era tan estúpida, tan patética. Nada pudo detener las lágrimas que caían ahora, y sin pensar, me incliné hacia Cane, deseando más que nada que me rodeara con sus brazos y lo arreglara todo. Lo hizo, y nos quedamos así durante incontables minutos, sin movernos ni decir una palabra. Solo cuando sentí el movimiento de su miembro, mis lágrimas cesaron. Levanté la cabeza y miré sus profundos ojos marrones, deseando que hiciera un movimiento.

—Debes estar cansada —dijo, retrocediendo—. Deberíamos descansar un poco.

Capítulo Siete

Cane

¡Joder!

Necesitaba una ducha fría o algo así. Thea estaba angustiada, y lo único en lo que podía pensar era en lo perfecta que se sentía en mis brazos. En lo apretada que estaría alrededor de mi verga.

Cuando sentí que mi gruesa polla se ponía dura, me aparté y sugerí que descansáramos, pero maldita sea si no me imaginé tirándola sobre la cama y enterrando mi cabeza en su delicioso coño.

En cualquier otra situación, haría exactamente eso.

Cuando me miró, sus ojos estaban rebosantes de deseo. Dio un paso atrás, se mordió el labio y se quitó los vaqueros antes de patearlos por el suelo.

Mi mirada se centró en su boca recatada. Estaba seguro de dónde quería que fuera.

Ay, jódeme, mujer. ¿Qué demonios me estás haciendo?

Gruñí, deseando explorar cada centímetro de ella, y por la forma en que actuaba, sabía con certeza que mi toque no era indeseado. Aun así, le había prometido a Cherrie, "Ni un dedo no deseado". El pensamiento me hizo querer hundir mis dedos profundamente en ella, pero aún así, tenía que estar seguro.

—¿Qué quieres? —pregunté.

Se apoyó contra la pared y me atrajo hacia ella. Con solo esa estúpida camiseta oversized, parecía la cosa más follable del planeta.

Acercó su cabeza y rozó sus labios contra los míos. —Te quiero a ti.

¡Jódeme!

Todo rastro de inocencia desapareció, y una diosa del sexo la reemplazó.

Capítulo Ocho

Thea

Cuando Cane sugirió que descansáramos, lo único que quería era tenerlo en esa cama conmigo. Aunque no creía poder esperar a subir las escaleras. Había sentido el bulto en sus pantalones. El tamaño de su erección al rozar mi vientre. Necesitaba saber cómo se sentía.

Pateé mis vaqueros por el suelo mientras él se quedaba mirando mi boca. Dios, necesitaba saber a qué sabía.

Cuando gruñó, una sonrisa depredadora jugó en sus labios, y una emoción recorrió mi cuerpo, haciéndome querer gritar y exigir que hiciera lo que quisiera conmigo.

—¿Qué quieres? —preguntó como si no fuera obvio.

El roce de mis labios contra los suyos de alguna manera hizo que mi centro hormigueara. —Te quiero a ti —respondí.

Pareció una eternidad antes de que pasara suavemente sus dedos por mi barbilla y rozara mis labios. El calor pulsó entre mis piernas. Abrí la boca, deseando que los empujara dentro, pero en su lugar, la llenó con su lengua. Me perdí en su dulce sabor a miel y frijoles. Su aroma terroso me hizo pensar que su hogar salvaje reflejaba su naturaleza salvaje.

Me estremecí, y Cane me empujó contra la pared, apretándome fuerte. Sentí el latido de su corazón a través del contacto. La suavidad sedosa de sus labios y el cosquilleo de su barba contrastaban fuertemente con la sensación de su pecho cincelado bajo mis manos. Quería sentir el tacto de su carne desnuda.

Intenté hablar, pero perdí toda capacidad cuando empujó su rodilla entre mis piernas.

Su lengua sondeó mi boca. Los músculos de mi centro se tensaron de necesidad. No era pura. Mi virginidad era lo único que me aseguré de que Daniel nunca pudiera quitarme. Pero esa única vez fue aterradora. Había sido un manojo de nervios tímida y nerviosa. Ahora, mi cuerpo anhelaba intensamente el toque de Cane. Lo deseaba demasiado como para sentirme nerviosa por lo que estaba haciendo.

Agarró mi pelo y lo echó hacia atrás, antes de inclinarse hacia mi cuello y respirarme. El fuego inundó mis venas, y la sangre rugió en mis oídos. —Eres mía —dijo como si me estuviera reclamando.

¡Sí, lo soy!

Sus labios recorrieron mi cuello, y mi temperatura se disparó. Antes tenía calor, pero ahora me sentía como un volcán a punto de erupcionar. Sentí su poder cuando un gruñido bajo se formó en su pecho y la necesidad entre mis piernas se hizo más pesada.

Manos firmes agarraron mis brazos y los sujetaron por encima de mi cabeza. Cane besó mi boca, mi cuello; mordisqueó mi lóbulo. Su aliento cálido acarició mi piel mientras su barba la hacía cosquillas. Empujó la dureza de su polla contra mí.

Anhelaba liberarla de la carga de sus pantalones de cuero, pero con mis manos sobre mi cabeza todo lo que pude hacer fue soltar un gruñido bajo y frustrado. Su mano envolvió ambas mías, manteniéndolas en su lugar. La otra alcanzó debajo de mi camiseta y bajo mi sujetador.

—Eres tan jodidamente perfecta —dijo, haciéndome sonrojar.

Temblando, me mordí el labio para no gritar, mientras Cane rozaba su pulgar en un lento círculo sobre mi pezón. Ambos se endurecieron en anticipación.

Me imaginé chupándolos en su boca mientras su polla se deslizaba entre mis pliegues. Mi centro se contrajo, deseando que hubiera algo contra lo que contraerse. Su polla, sus dedos,

cualquier cosa. Ya no podía soportarlo más; necesitaba sentirlo dentro de mí, no más provocaciones. Intenté alejarme de la pared y alcanzarlo, pero me empujó de vuelta, acercó su boca a mi oído y susurró: —No te muevas.

Con eso, se echó hacia atrás, jadeando, y me di cuenta de que su necesidad era tan grande como la mía. Sus largas pestañas oscuras aletearon contra sus mejillas, avivando mi deseo mientras sus ojos devoraban mis labios. Mi cuerpo temblaba con una necesidad tan grande que pensé que mis piernas se doblarían debajo de mí. Resistí el impulso de bajar los brazos o cerrar los ojos, temiendo que el más mínimo movimiento hiciera que Cane desapareciera, y descubriera que su presencia no era más que un sueño.

Centímetro a centímetro agonizante, me subió la camiseta y el sujetador por encima de la cabeza, los envolvió alrededor de mis muñecas, atando mis brazos antes de, una vez más, sujetarlos por encima de mi cabeza. Cerré los ojos cuando su otra mano se movió hacia la banda de mis bragas.

Gemí, instándolo a ir más abajo. —He querido hacer esto desde que entraste por primera vez en la habitación del bar —dijo, antes de tocarme donde más lo necesitaba. Rodeó mi clítoris, haciéndome retorcerme y estremecer de necesidad—. Todo lo que quiero hacer es meter mi jodida verga dura en tu coño y embestir hasta que grites de placer.

Una ola de energía nerviosa me recorrió, y temblé ante sus palabras. Retiró su mano, dejándome desolada, y empujó mis bragas al suelo. Me quedé de pie contra la pared, desnuda ante él, mientras él permanecía completamente vestido frente a mí. Apenas justo, dadas las circunstancias. No cuando quería mirar su forma perfecta.

Me sentí expuesta de una manera que nunca antes había experimentado. La piel se me puso de gallina y mis pezones se endurecieron. Al notarlo, acarició los tensos capullos con su lengua, moviéndose de un pecho al otro. Me arqueé hacia él.

—Te necesito —dije.

Me miró por un segundo antes de tomar mi pezón en su boca y chupar fuerte, causando que un tsunami de sensaciones explotara dentro de mí.

—Oh, Dios —gemí e intenté recuperar el aliento. Cane respondió mordisqueando y chupando mi capullo hasta que no pude soportarlo más y se lo dije entre respiraciones jadeantes.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras me miraba y deslizaba su mano sobre mi monte de Venus. Jugueteó con mi clítoris. Mi pulso latía entre mis piernas como un tambor de guerra. Quería extender la mano y agarrarme a su cuerpo duro, pero no moví las manos mientras él me provocaba en la entrada.

—Estás tan jodidamente mojada para mí —dijo sin asomo de sorpresa en su voz. Jadeé cuando introdujo dos dedos dentro de mí.

Mi núcleo se apretó alrededor de sus dedos mientras se deslizaban profundamente dentro de mí, moviéndose más y más rápido, creando la fricción que necesitaba para alcanzar el clímax.

—Dime qué quieres —preguntó mientras bombeaba mi núcleo empapado y circulaba mi clítoris con su pulgar. El placer se acumulaba. Me arqueé contra sus dedos—. Dime qué quieres —repitió, casi gruñendo las palabras.

Nunca hubiera imaginado que un hombre pudiera dar sin tomar. No había puesto una mano sobre Cane. Había pasado todo este tiempo jugando conmigo, y ahora me preguntaba qué quería. No podía ser real.

—Más —gemí.

Cane se detuvo, retiró sus dedos y besó mi boca profundamente—. ¿Qué quieres? —preguntó de nuevo.

—Te quiero a ti —mis ojos se posaron en el enorme bulto de sus pantalones de cuero—. Por favor.

Cane desabrochó sus pantalones y su miembro saltó libre, enviando una oleada adicional de placer a mi núcleo.

—Fóllame —dije y siseé al ver su tamaño—. Eso nunca va a caber —su miembro medía al menos veinticinco centímetros, duro como el acero, y a mis ojos en ese momento parecía tan grueso como sus brazos. No podía apartar la mirada.

Cane sonrió—. Ese es el plan, y sí, cabrá. Eres mía, ¿recuerdas? Lo que significa que estás jodidamente hecha para mí y yo para ti —se alineó y provocó mi entrada con su cabeza bulbosa.

Mi núcleo se contrajo. Me levantó ligeramente. Temblando, acerqué mis caderas a las suyas, suplicando que me empalara. Mi corazón parecía golpear contra mi caja torácica, pero aun así, él seguía provocando, avanzando poco a poco con una lentitud agonizante, antes de retirarse.

Quería aullar de frustración, pero solo salió—: Necesito... necesito...

Con cada movimiento, me estiraba para acomodarlo. Una y otra vez, empujó hacia adentro. Hasta que, por fin, una oleada de placer estalló a través de mí cuando me empaló con una embestida completa.

—Oh, Dios —gemí mientras mi núcleo finalmente se apretaba alrededor de toda su dureza. Cane levantó una de mis piernas y luego la otra, envolviéndolas alrededor de su cintura. Deslizó sus manos alrededor de mis nalgas.

Trazó besos ardientes por mi cuello mientras me embestía duro y rápido, empujando mi trasero contra la pared. Mi respiración se entrecortó y mi corazón latía tan rápido que pensé que podría saltar fuera de mi cuerpo. Aun así, seguía bombeando dentro de mí, acorralándome contra la pared.

—¡Joder, mujer! Eres la mujer más perfecta que he visto en mi vida —dijo—. Quiero follarte todo el día y toda la noche.

—¿Qué te lo impide? —Nunca quería que esto terminara.

Gruñó y, aunque no creía que fuera posible, se hundió más profundo. Grité y dejé caer mis manos atadas sobre su cabeza. Me estaba deshaciendo y nada podía detenerme. Levanté mis caderas pidiendo más, y él me lo dio.

Temblé. Mis ojos se pusieron en blanco y mis músculos se apretaron alrededor de su miembro. Me convulsioné de placer.

—Oh, joder —jadeé.

—Me encanta cuando maldices —dijo y reclamó mis labios, duro y rápido, de la misma manera que su miembro reclamaba mi núcleo.

Se enterró profundamente dentro de mí, y mis sentidos se dispararon, encendiendo todo mi cuerpo con un deleite ardiente. Las chispas de placer que se acumulaban dentro de mi núcleo explotaron, y puntos negros bailaron frente a mis ojos, pero Cane no se detuvo. Sosteniéndome en su lugar, me embestía. Me aferré a su cabeza, atrayéndola hacia mi pecho y temblé de placer. Mi núcleo se estremecía y pulsaba, ordeñando su miembro hasta que gemidos animales escaparon de sus labios.

Se retiró, derramando su semilla en mi vientre, luego apoyó su cabeza en mi pecho y jadeó. Después de un momento, la levantó y me miró—. Eres jodidamente increíble —dijo y me besó de nuevo—. Nunca te voy a dejar ir.

Capítulo Nueve

Cane

Esta mujer lo era todo. Su cálido coño recibió mi verga y la abrazó con fuerza. Se la di bien duro, pero incluso después de bañarla con mi semilla, necesitaba más. Necesitaba probarla.

Con sus manos aún atadas detrás de mi cabeza, agarré su trasero para mantener sus piernas envueltas alrededor de mi cintura y la hice girar.

Ella chilló, y una expresión de deleite inundó su rostro. Sus tetas redondas y perfectas se presionaron contra mi pecho, y deseé con toda mi alma haberme quitado la ropa para poder sentir las contra mi piel desnuda. Pero había estado demasiado necesitado para esperar.

La llevé hasta la alfombra junto al fuego, la recosté y desaté sus manos después de desengancharlas de mi cabeza. Quería que sus dedos recorrieran cada parte de mi cuerpo. Me puse de pie, me quité la chaqueta y la camiseta antes de usar la camiseta para limpiar el resto de mi semen de su estómago. Sus ojos seguían desviándose hacia mi verga, y la idea de hundirla en ella nuevamente me puso duro al instante.

Dejándola tumbada en el suelo, me paré sobre ella y me quité el resto de la ropa, sacándome las botas y los pantalones. Ella se mordió el labio inferior de la manera más adorable mientras me observaba con los ojos muy abiertos.

Un gruñido escapó de mis labios.

—Te voy a hacer correr tanto que me vas a suplicar que pare.

—Promesas, promesas —dijo como si me desafiara.

Una enorme sonrisa de hijo de puta partió mi rostro. Estaba más que preparado para el desafío.

Ella gimió cuando le separé las piernas y revelé su coño en todo su perfecto esplendor.

—Joder. Apuesto a que sabes tan bien como te ves —dije y me arrodillé entre sus piernas.

Ella arqueó una ceja y alcanzó mi gruesa verga.

—He estado pensando lo mismo sobre ti.

Mi verga se estremeció solo de pensar en tener esos labios carnosos envueltos alrededor, pero aparté su mano.

—Yo primero.

Ella se rio y pareció como si mi lúgubre cabaña se llenara de luz. Le separé las piernas aún más y bajé la cabeza. Su respiración se entrecortó, haciéndome sonreír de nuevo, y se le puso la piel de gallina donde mi barba la tocó. No podía esperar a ver cómo reaccionaría su cuerpo a mi lengua.

—Te voy a comer hasta que te corras a chorros.

—Más promesas —dijo, fingiendo aburrimiento.

Le di un mordisco en la parte interior del muslo, y ella gritó, pero sus piernas se separaron más.

—Te gusta eso —dije y la mordí de nuevo antes de separar sus pliegues y recorrer su hendidura con mi lengua.

Estaba tan mojada y lista para mí otra vez. Pero el sabor... Joder. Sabía tan bien. Como tarta de manzana dulce y crema. Pasé mi lengua sobre su clítoris y lo succioné. Sus dedos se enredaron en mi pelo, haciéndome alegrar de no haberlo cortado corto.

Al principio chupé lentamente. Su clítoris pulsaba y se retorció en mi boca. Ella gimió.

Yo gruñí. Cada parte de mí quería estar dentro de ella otra vez, sentir cómo pulsaba alrededor de mi verga, pero me resistí, mantuve mi toque ligero y rodeé su clítoris lentamente con mi lengua hasta que se retorció debajo de mí.

Su agarre en mi pelo se apretó, y trató de tirar de mi cabeza hacia arriba.

—No puedo... No puedo... —dijo, sin aliento.

Lamí con más fuerza y sondeé su coño con la punta de mi lengua. Ella arqueó la espalda levantando el trasero del suelo, suplicándome más fricción. Presioné su estómago para mantenerla en su lugar. Dije que la haría correrse a chorros, y lo iba a hacer.

Deslicé mi mano entre sus piernas y tiré de su clítoris hacia mi boca mientras hundía mis dedos en su coño. Dos, tres.

—Oh Dios —jadeó mientras la follaba implacablemente con los dedos. Solté su clítoris de mi boca, lo froté con la yema de mi pulgar y levanté la cabeza para mirarla. Su cabeza se echó hacia atrás, pero sus ojos nunca dejaron los míos. Sonreí y moví mis dedos para sostenerla como un six-pack.

Su boca se abrió en una deliciosa "O" cuando mi dedo medio se hundió en su agujero del culo. Mi dedo índice trabajaba su coño y mi pulgar frotaba contra su clítoris. Sus ojos se pusieron en blanco, y movió sus caderas para encontrarse con mis dedos.

—Cane —gritó—. Es demasiado, demasiado. —El sudor empapaba su piel.

—No es suficiente, joder. —Bajé la cabeza y tiré de su pezón tenso hacia mi boca, y chupé, mientras mis dedos cubrían todas las bases.

Un espasmo sacudió su cuerpo, y su coño pulsó contra mi dedo, pero aún no había terminado con ella. Retiré mis dedos y la atravesé con mi verga, cabalgando su orgasmo con ella.

Pasé el resto del día tomándola de todas las formas posibles. En cada rincón de mi pequeña cabaña. Reclamándola como mía. No sabía qué demonios tenía esta mujer, pero quería que comparara a todos los otros tipos con los que follara en su vida conmigo y los encontrara insuficientes. Quería follarla tanto que nunca se quitara mi olor de encima. No podía caminar derecha cuando terminé con ella.

Era tarde en la tarde cuando el sueño la reclamó. Sus ojos se cerraron, y por más que lo intentara, no pudo abrirlos de nuevo.

Tracé un camino por su espalda mientras yacía desnuda en mi cama. Ella murmuró suavemente, y la atraje hacia mí, dejándole sentir mi dureza contra su trasero. Sus piernas se enredaron con las mías, y gimió.

Le aparté el cabello del cuello y lo llené de besos. —Voy a follarte otra vez cuando te despiertes —dije.

Ella soltó una risita. —Promesas, promesas.

Capítulo Diez

Cane

Me desperté alrededor de las diez de la noche, muerto de sed. Dejando a Thea en la cama, bajé las escaleras con cuidado, sonriendo al ver todos los lugares donde la había tomado. Se sentía tan jodidamente bien estar dentro de ella, y quería hacerlo una y otra vez. Después de usar el baño y asearme, resistí el impulso de subir corriendo para otra ronda, y rebusqué en mis armarios, encontré algo de café y encendí la cafetera.

Además del hecho de que Ancla de Medianoche había abierto hacía tres horas y probablemente recibiría llamadas pidiendo una maldita actualización, la mujer tenía un montón de problemas, y no estaba seguro de querer que se apegara demasiado. No buscaba establecerme y conseguirme una vieja. Aunque una parte de mí nunca quisiera dejarla ir.

Además, le había prometido un polvo cuando se despertara y no iba a faltar a esa promesa.

Mientras esperaba que la cafetera terminara, mis pensamientos se desviaron hacia el cabrón que la había lastimado. Ni una sola marca estropeaba su cuerpo perfecto, así que nunca la había golpeado demasiado fuerte. Pero le había hecho un maldito número en su estado mental.

De hecho, cuando dijo que era su hermanastro, quise que el cabrón pagara aún más por lo que había hecho. Cuando lo atrapara, y lo atraparía, lo haría desear no haber nacido nunca. Todo lo que hacía era por mis hermanos, mi familia. Incluso como hermanastro, se suponía que debía cuidar de Thea, no joderla.

Los músculos de mi cuello se crisparon, como lo hacían cuando me enojaba de verdad. Sin pensarlo, saqué dos tazas del armario y las golpeé contra la encimera antes de servirle una taza a Thea junto con la mía.

¿Qué coño me había hecho esta mujer? Me tenía atendiéndola en todo. La próxima vez, ella podría hacer el café.

Levanté la primera taza y sentí una presencia detrás de mí. Una oleada de adrenalina inundó mi cuerpo. Solté la taza y levanté el puño, girándome para golpear a quien fuera que estuviera allí.

Mi puño se congeló en el aire. Thea me miró con los ojos muy abiertos y se aclaró la garganta.

—Lo siento —dijo—. Yo, um...

—Joder, mujer. Podría haberte matado —resoplé y apreté los puños tratando de controlar mi oleada de testosterona.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios y dio un paso atrás. Maldita sea, se veía tan jodidamente vulnerable con nada más que una sábana envuelta alrededor de ella. Que me condenen si una ola de culpa no me golpeó como una tonelada de ladrillos.

No quería nada más que atraerla a mis brazos, o mejor aún, arrancarle la maldita sábana y comerla de nuevo. Pronto olvidaría sus problemas.

Debió haber visto la tensión abandonar mi cuerpo y la necesidad de follarla crecer, ya que su mirada bajó hacia mi polla que ahora estaba en posición de firmes, antes de desviarse hacia la taza caída y el café derramado, y luego de vuelta.

—Te hice un café —dije, aunque tenía que ser la peor maldita disculpa de la historia.

—Gracias —una sonrisa tímida jugó en el borde de sus labios y se acercó un paso—. Prefiero el mío en una taza.

Me pasé la mano por la cabeza e intenté pensar en una respuesta ingeniosa, pero con mi mente enfocada en todas las cosas sucias que habíamos hecho juntos y todas las posibilidades que aún teníamos por explorar, las palabras me fallaron. Al final, lo mejor que pude decir fue:

—En ese caso, te tengo cubierta —levanté la segunda taza y se la entregué.

Thea se rió. Una risa completa y tintineante que fue tanto inesperada como sorprendentemente musical. Me hizo sonreír.

Le aparté el largo cabello sobre el hombro, tomé la taza de su mano antes de dejarla de nuevo en la encimera, y la atraje hacia mí. Me tomé mi tiempo con el beso que siguió, saboreando su sabor y la forma en que se sentía en mis brazos.

Después de un momento, ella apartó la cabeza y me miró a la cara.

—Necesito asearme —dijo—. Debo apestar.

—Hueles jodidamente hermosa —y era cierto. Olía a sexo y calor.

Ella arqueó una ceja y sonrió.

—Huelo como si necesitara una ducha.

Mi celular vibró en la encimera de la cocina. El rostro de Thea decayó y se echó hacia atrás.

—Iré a darme una ducha.

Le di una palmada en el trasero mientras se alejaba.

—Me uniré a ti en un minuto. Estoy bastante seguro de que te prometí algo cuando te despertaras.

Thea se sonrojó y miró sus pies como si fuera tímida y no la misma maldita mujer que había cabalgado mi polla la mitad del día.

—Más vale que sea importante —dije al teléfono tan pronto como ella cerró la puerta del baño.

—Eso mismo pienso yo —respondió Caleb—. Estaba a punto de enviar a Bono a derribar tu maldita puerta. He estado llamando durante horas.

Me apoyé contra la encimera de la cocina, me pasé la mano por la cabeza y cerré los ojos.

—Ha sido un día largo y mi teléfono estaba en vibración.

—¿Y cuál es tu excusa para llevarte el proyecto mascota de Cherrie a tu casa? ¿Tiene unas tetas bonitas o algo así?

Un gruñido bajo se formó en mi pecho y mi cuerpo se tensó.

—Se suponía que ibas a hacer entrar en razón a Cherrie y echar a la chica a la calle, pero en su lugar me enteré de que rescataste a la estúpida puta drogadicta de su proxeneta. Demonios, apuesto a que...

—¿QUIERES VENIR A DECIRME ESO A LA PUTA CARA? —sujeté mi teléfono con tanta fuerza que la pantalla crujió como si estuviera a punto de estallar.

—¿Con quién coño crees que estás hablando? ¡TE LO TATUARÉ EN EL PUTO CULO!

Ninguno de los dos dijo nada y el silencio que se extendió por la línea podría cortar piedra. Finalmente, yo solté un suspiro y Caleb hizo lo mismo.

—Hermano —dijo Caleb después de un momento—. Bono me dijo que te gustaba. No me dijo que estabas tan mal.

—No estoy mal para nada —incluso mientras las palabras salían de mi boca, me pregunté qué tan ciertas eran.

—Bien. Entonces úsala como una muñeca —dijo, usando el nombre que le dábamos a las mujeres que follábamos como si fueran muñecas inflables—. Fóllatela hasta que pierda el

sentido y sácatela del maldito sistema. Las cosas están a punto de ponerse muy interesantes con los Hijos Salvajes, y te necesito concentrado con la cabeza en el juego. Tan pronto como termines, puedes comprarle un boleto de ida lejos de su chulo como pago.

Apreté la mandíbula junto con los puños. —No es una puta. Si la vuelves a llamar maldita puta una vez más...

—¿Entonces quién era el tipo de anoche y por qué demonios debería importarme si es una puta o no? Y ya que estamos, ¿por qué demonios te importa a ti?

¡Maldita sea! ¿Por qué me importaba? Solo escucharlo hablar así de Thea me hacía hervir la sangre, y no había manera de que pudiera dejarlo pasar.

—Ese enfermo de mierda de anoche era su hermanastro. Daniel King, creo que dijo que se llamaba —Caleb se quedó en silencio, pero podía sentir su tensión emanando por la línea—. Has escuchado ese nombre antes —dije más como una afirmación que como una pregunta.

—Creo que podría haberlo oído. Si es el tipo que estoy pensando, enfermo de mierda sería quedarse corto.

—¿Tienes la dirección de este hijo de puta?

—Solo... déjame a mí por ahora. Me pondré en contacto contigo mañana por la mañana. Hasta entonces, haz lo que te dije. Úsala como una muñeca y sácatela del maldito sistema.

Caleb terminó la llamada sin decir nada más. Sostuve mi móvil contra mi frente por un momento. ¿Qué demonios me estaba haciendo esta mujer? No estaba buscando una vieja dama.

Golpeé mi teléfono contra el mostrador y me dirigí a la puerta del baño. El sonido de la ducha me recibió cuando la entreabrí. Thea no me notó al principio. La observé a través del aire vaporoso mientras se bañaba bajo el agua que caía en cascada. Su largo cabello castaño se adhería a su cuerpo hasta llegar a un trasero tan delicioso y redondo que no podía dejar de mirarlo. Se giró ligeramente. Las gotas resbalaban desde sus pezones erguidos, bajando por su vientre hacia su monte de Venus.

Gruñí. Caleb tenía razón, necesitaba follarla hasta que me cansara de mirar ese coño perfecto. Aunque no podía imaginar que ese momento llegara alguna vez.

Capítulo Once

Thea

Mi día con Cane había sido una locura. Me había comportado como una mujer poseída y apenas podía imaginarme haciendo las cosas que había hecho. Si no fuera por el dolor entre mis muslos, lo descartaría como un sueño inducido por las drogas. Aunque no tenía duda de que las drogas en mi sistema habían influido en mi comportamiento.

El chorro de agua caliente limpiaba mi cuerpo, pero hacía poco para limpiar los pensamientos de mi mente mientras imaginaba trazar mis manos a lo largo de los tatuajes que cubrían el torso de Cane antes de arrodillarme y chuparle la verga. Solo la palabra verga sonaba fuera de lugar en mis pensamientos. ¿Qué demonios me pasaba?

Un gruñido gutural llamó mi atención hacia la puerta, y se me cortó la respiración. Cane estaba allí mirándome, aún desnudo, y con una mirada feroz en sus ojos.

Avanzó rápidamente, deteniéndose a un pie de distancia de mí. Una salpicadura de agua de la ducha le golpeó la cara y corrió por sus pestañas, pero no parpadeó. Solo me miraba como si fuera un pedazo de carne para devorar.

—¿Me deseas? —preguntó y pasó el dorso de su pulgar por mi labio.

Que Dios me ayudara, sí lo deseaba. —Sí.

Sin decir otra palabra, me inmovilizó contra la pared y levantó mis piernas. Una explosión de necesidad disparó hacia mi centro. Enredó sus dedos en mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás para que mirara al techo. El agua me golpeaba la cara y tuve que cerrar los ojos.

Lo siguiente que supe fue que metió algunos dedos de su otra mano dentro de mí. — Siempre jodidamente lista —murmuró en mi oído mientras su barba me hacía cosquillas en el hombro.

Retiró sus dedos y me levantó del suelo. Envolví mis piernas alrededor de él. Esta vez no hubo juegos previos, ni estiramiento suave. Su verga encontró mi entrada y empujó hasta el fondo. Grité en una mezcla de dolor y placer. Continuó tirando de mi cabello, manteniendo mi cabeza hacia atrás mientras embestía dentro y fuera, más bruscamente que nunca antes. Su boca encontró la curva de mi cuello y lamíó hasta mi oreja.

—¿Me deseas? —preguntó de nuevo.

—S-sí. Por favor —dije.

Mi cuerpo se deshacía con su toque. Necesitando, suplicando por todo lo que me daba, aunque en el fondo de mi mente, me preguntaba si deberíamos parar.

Algo era diferente. Algo en Cane había cambiado, y me preguntaba qué había pasado en la llamada telefónica.

Mis brazos se aferraban a sus hombros tan fuertemente como mis piernas lo rodeaban. Todo mi cuerpo temblaba. Él gruñía y continuaba sus embestidas implacables, duras, rápidas y tan profundas, que temía que su verga me atravesara desde el interior hasta el ombligo.

Quería mirarlo y ver los pensamientos reflejados en su rostro, pero él luchaba contra mí y apretaba su agarre en mi cabello.

Aun así, su verga me llenaba, construyendo la fricción que necesitaba para alcanzar el clímax. El fuego se acumulaba, y su verga enviaba olas estremecedoras de placer ondulando a través de mi centro. Todo el aire salió de mis pulmones y mi sangre latía en mis oídos. Grité mientras mi cuerpo me llevaba al límite y ola tras ola de placer explotaba dentro de mí. Aun así,

Cane no se detuvo. Seguía embistiendo dentro de mí, una y otra vez.

Después de un momento, se quedó quieto. Un temblor sacudió su cuerpo, pero su verga aún residía dura como una roca dentro de mí.

Soltó mi cabello, bajó mi cabeza y apoyó su frente contra la mía. El agua corría alrededor de nuestras caras y el vapor llenaba el pequeño baño.

—Dios, ¿por qué eres tan jodidamente perfecta? —dijo.

—Podría preguntarte lo mismo —tratando de aligerar su estado de ánimo, apreté mi interior alrededor de su verga y levanté una ceja. Una sonrisa jugó en sus labios—. ¿Te gusta eso, verdad? —pregunté y lo hice de nuevo.

Él se rio. —¿Cómo demonios sobreviví sin ti? —preguntó, antes de retirar su verga y provocarme con la punta en mi entrada, preparándose para otra ronda.

~

Cane preparó otra taza de café y pidió una pizza. Se sentó en una de las sillas junto a la chimenea y me atrajo a su regazo. Yo no llevaba nada más que una de sus camisetas. Su torso estaba desnudo, así que estudié los tatuajes que cubrían su pecho, prestando especial atención al que tenía sobre el corazón. Representaba una calavera con alas saliendo de ella y una luna llena en el fondo.

—Por Siempre Medianoche —tracé las letras de las palabras que acompañaban el diseño con mis dedos—. Dijiste que ese era el nombre de tu club de motociclistas.

—Así es.

Cuando no elaboró más, sonreí. —¿No se supone que todos deben llamarse Hijos de la Muerte, Demonios de la Oscuridad o... no sé, Cuchillas de Gloria o algo así?

Torció los labios y dejó escapar un gruñido. —Cuchillas de Gloria es una película —me atrajo más cerca y me besó en los labios, profunda y duramente, explorando mi boca con su lengua—. Aunque ahora que lo pienso, también escuché que era un acto sexual —dijo cuando se apartó.

—No lo es —le di un codazo en las costillas y puse los ojos en blanco—. Pero en serio, ¿por qué Por Siempre Medianoche y no algo más imponente como Furia de Medianoche o algo así?

—Como si Furia de Medianoche sonara tan imponente... —sus palabras se apagaron y se quedó mirando por la ventana, con la mirada perdida en la distancia.

Lo poco que podía ver del cielo nocturno mostraba la luna colgando brillante, ahogando la posibilidad de ver estrellas. Una suave brisa sacudía las ramas de los árboles circundantes, haciendo susurrar sus hojas. Resistí un escalofrío. No era lo desconocido en el bosque lo que debería asustarme. Había muchas cosas reales que temer.

Aparté los pensamientos oscuros que amenazaban con aflorar y acaricié su pecho, pasando sobre los abdominales. Cicatrices recorrían su cuerpo. Una justo debajo de su cintura era oscura y se hundía. Dada su forma, me pregunté si podría ser una herida de bala. Pasé la punta de los dedos sobre ella y Cane giró la cabeza para mirarme. Las líneas de su rostro estaban serias.

—No soy un buen hombre —dijo—. Sé que crees que lo soy, pero no lo soy.

Suspiré. La verdad era que ninguno de los dos sabía nada del otro, y esta breve charla era la conversación más larga que habíamos tenido desde que nos conocimos. No es que hubiéramos tenido mucha oportunidad de hablar.

Sexualmente, no podía pensar en algo que no hubiera hecho con Cane, bueno... además de probar su polla, aunque él me aseguraba lo contrario.

Fruncí el ceño, preguntándome si Blades of Glory realmente era un acto sexual, y si lo

era, qué implicaría. Luego tuve que contener una carcajada cuando todo lo que imaginé fue un montón de brazos y piernas con patines resbalando por todas partes y yendo en todas direcciones.

Sin duda, había reaccionado a su presencia física y a la profundidad de las emociones que vi en los ojos de Cane incluso antes de que me rescatara de Daniel. Desde el momento en que entré en la sala trasera para tomar su pedido, mi cuerpo lo había necesitado. Había una química innegable entre nosotros, como una necesidad animal cruda, pero ¿había algo más que sexo? Maldita sea si lo sabía. Además, ¿qué esperaba? ¿Quedarme encerrada en su cabaña para siempre, teniendo sexo y fingiendo que el mundo exterior no existía? Claro, sería divertido por un día o dos, o incluso tres, pero eventualmente, la realidad se haría presente. Tal como estaban las cosas, solo tenía la ropa con la que había llegado, que ahora estaba lavada y secándose afuera, muy poco dinero, y no había comida en la casa.

—Mi padre fundó el club y lo llamó Por Siempre Medianoche —dijo Cane, rompiendo su silencio. Su mirada una vez más se dirigió hacia la oscura ventana y las sombras más allá—. Solía decir que no había mejor momento del día. Cuando las estrellas estaban sobre nuestras cabezas o la luna estaba llena, lo que fuera. Decía que una sensación de paz inunda el mundo, y solo por un segundo, le gustaba bajarse de su moto, mirar la carretera abierta que lo rodeaba y mirar al cielo. En ese momento, sin importar qué otra mierda estuviera pasando, todo estaba bien, porque al final nada importaba una mierda —sus ojos se encontraron con los míos y soltó un suspiro—. Nombró al club Por Siempre Medianoche porque deseaba poder quedarse en ese momento para siempre.

Era difícil responder a eso. No sabía si era hermoso o trágico. Aunque, temía que fuera lo segundo. —¿Solía decir?

—Murió hace poco más de tres años. Lo apuñalaron en una pelea de bar. Una manera estúpida y jodida de morir y debería haber sido más precavido.

—¿Atraparon a quien lo hizo?

Cane asintió. —Lo hicimos. Mi hermano de sangre Caleb y yo —por la forma en que dijo las palabras, no tuve problemas para imaginar lo que él y su hermano le hicieron a la persona responsable.

—Mi padre también murió. Cuando tenía ocho años. Tenía cáncer. Después de eso, fuimos solo mamá y yo por un tiempo. Las cosas no iban bien, pero ella se volvió a casar cuando yo tenía doce y empeoraron aún más.

—¿Cuánto peor?

—Me escapé por primera vez cuando tenía dieciséis. No llegué muy lejos —resoplé y sacudí la cabeza—. Mamá sabía que necesitaba escapar y alejarme, fue entonces cuando me dio el rastreador. Había sido tan estúpida al confiar en ella. Todo este tiempo... Intenté escapar cinco veces más después de eso. Incluso fui lo suficientemente tonta como para intentar escapar a la universidad. Es decir, ¿quién hace eso?

Mi voz se apagó y mi cuerpo se tensó como si un gran peso descansara sobre mi pecho. Mamá había sido tan diferente cuando papá estaba vivo. Nunca bebía ni se drogaba. Siempre tenía una sonrisa, incluso en un mal día.

Cane apretó mi mano. —Mi madre también era una perra. Nos abandonó un año o así después de que yo naciera.

—Lo siento.

—No lo sientas. Era una maldita inútil. Nos libramos bien de ella. Papá y Caleb me criaron, junto con mis hermanos del club.

El motor de un coche sonó en la distancia y la grava crujió bajo sus neumáticos. Cane se

levantó y me puso de pie antes de empujarme detrás de él. Sosteniendo mi mano, se acercó a la ventana asegurándose de mantenerse fuera de vista. Mi corazón se aceleró, y me preocupé de que Daniel nos hubiera encontrado.

—La pizza está aquí —dijo Cane y sonrió antes de ir a la cocina a buscar su dinero.

Me quedé sentada en el borde de la silla, sin saber qué hacer conmigo misma mientras él abría la puerta.

—Huele tan bien —dije mientras inhalaba el delicioso aroma a queso y tomate.

Cane arrojó la caja sobre la mesa, junto con una botella de cola que había pedido con la pizza, y la abrió. Inspiró profundamente por la nariz y sonrió. —Sin duda lo hace —dijo. Levantó un trozo y le dio un mordisco—. Siento como si no hubiera comido en una semana —comentó entre bocados.

Me uní a él y agarré mi propio trozo. Decir que el primer bocado fue celestial sería quedarse corto.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio. Los únicos sonidos eran gruñidos de apreciación por la comida tan necesaria que calentaba nuestros estómagos. Yo terminé después de tres porciones, pero Cane continuó hasta acabar toda la pizza extra grande de 16 pulgadas, completa con champiñones y pepperoni.

Cuando terminó, se recostó en su silla y estiró los brazos por encima de la cabeza antes de frotarse la barriga.

—Debería haber pedido dos —dijo—. Así podríamos haber tenido algunas sobras para el desayuno.

Miré alrededor de la habitación buscando un reloj. —¿Cuándo es el desayuno? Aparte de saber que es de noche, no tengo idea de qué hora es realmente.

Cane se dirigió a la cocina y miró su teléfono. —Un poco después de las dos. Ancla de Medianoche estará cerrando ahora.

Asentí y me pregunté sobre la relación que Cane tenía con Cherrie y Greg en el bar. Aunque ahora estaba claro que Greg era miembro de su club de motociclistas. Cerré la caja de pizza, llevé la basura a la cocina y eché un vistazo a la sencilla cabaña. El mobiliario era escaso, no había televisión, y aunque todo estaba en buen estado, no era precisamente de alta gama. Me gustaba. Agradable y simple, sin ostentación. —Cherrie te llamó dueños de Ancla de Medianoche —comenté—. ¿Es eso a lo que te dedicas?

Me preocupaba que Cane se molestara por mis constantes preguntas, pero ¿qué más había que hacer? Nos habíamos saciado tanto de comida como de sexo, bueno... al menos parecía que habíamos llegado a una pausa natural en lo último, por ahora, y sin otra fuente de entretenimiento, la conversación era nuestra mejor opción.

Parecía tonto pensar en mí como la iniciadora de la conversación cuando había intentado ser lo más silenciosa posible y no atraer ninguna atención hacia mí durante años. Parecía aún más tonto que no tuviera miedo de Cane. Incluso después de que dijera que no era un buen hombre, una pequeña voz dentro de mi cabeza me decía que era mejor de lo que él creía. Aunque tal vez había visto lo peor de las personas en Daniel y cualquiera, en comparación, parecería un santo.

— Por Siempre Medianoche es dueño del bar —dijo Cane y se apoyó en la encimera tomando un trago de cola de la botella antes de ofrecérmela—. Eso incluye a Greg y a todos los demás hermanos.

El bar estaba concurrido, pero no podía imaginar que proporcionara suficientes ingresos para los pocos hermanos que había visto. —¿Es eso todo lo que haces? —pregunté, queriendo

profundizar más.

— Por Siempre Medianoche tiene muchos negocios. Bares, restaurantes. Un par de talleres de motos. Demonios, hasta podrías decir que estamos casi jodidamente legítimos estos días —dijo mientras yo tomaba un sorbo de la botella.

—¿Estos días? —pregunté.

—Desde que el bendito estado de Colorado legalizó el cultivo de cannabis, siempre que mantengamos nuestra licencia al día. —Suspiró y se volvió hacia mí, su rostro una máscara de concentración—. La vida puede ser dura y agitada a veces, y con eso quiero decir que los hermanos reciben disparos —se palmeó la cicatriz cerca de su cintura—, o puñaladas, y devuelven la misma mierda. Ahora mismo tenemos un problema con los Hijos Salvajes. Demonios, siempre tenemos problemas con los Hijos Salvajes. Esos sí que son unos tipos malos, se mearían en sus propias madres por un dólar. Han estado intentando meterse en nuestro negocio durante años, echarnos de algunos pueblos que creen que les pertenecen. Están cometiendo un error al presionar a Caleb. Por Siempre Medianoche puede ser mayormente legítimo estos días, pero nos encargamos de los malditos asuntos cuando es necesario. Sé que has tenido problemas con tu hermanastro, pero el mundo del que vienes, princesa, es muy diferente del que has encontrado aquí.

Me agarré el estómago y me froté los brazos, reprimiendo las náuseas que amenazaban con revolver mi estómago. Cane me había puesto en un extraño pedestal y había hecho un montón de suposiciones sobre mí. Puede que no maldiga cada dos palabras o tenga el cuerpo cubierto de tatuajes. Había recibido educación privada. Incluso había alimentado la ilusión de que algún día me convertiría en médica, pero no era una princesa. Nuestros mundos no eran tan diferentes, por mucho que pareciera que lo eran por fuera.

Un sollozo escapó de mis labios. Cane se acercó y me atrajo hacia sus brazos. Apoyé mi cabeza en su pecho.

¿Cómo podía decirle que mi padrastro era un traficante de drogas, o mejor dicho, un barón de la droga? Por Siempre Medianoche podría estar casi legítimo, pero no había nada legítimo en el negocio de mi familia. Puede que se vistan elegantes y vivan en una gran casa con piscina, pero una mierda pulida sigue siendo mierda. ¿Qué había dicho mamá? "No soy tan preciosa como creo". Era peor que eso —cerré los ojos y me concentré en el latido del corazón de Cane y el movimiento de su pecho— no era tan preciosa como Cane pensaba que era.

Pasó su mano por mi barbilla y levantó mi cabeza para mirarme. —¿Estás bien? —preguntó. Cuando no respondí, movió su cabeza y me frotó la mejilla con su barba, haciéndome cosquillas, hasta que sonreí—. ¿Estás bien? —preguntó de nuevo antes de tomar un profundo respiro—. Creo que es hora de que hablemos de tu hermano y lo que te hizo.

Me besó en la frente y se apartó, tomándome de la mano y llevándome de vuelta a las sillas junto a la chimenea. Se sentó y me atrajo para que me sentara sobre él. Permaneció en silencio durante unos minutos, y me pregunté qué estaría pensando. Los músculos de su cuello estaban tensos y su cuerpo parecía rígido. Acarició el costado de mi rostro y suavemente me colocó el cabello detrás de la oreja.

—¿Te violó? —preguntó con los dientes apretados.

Negué con la cabeza.

—Su padre se lo prohibió hasta que cumpliera veintiún años.

Cane se aclaró la garganta.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Cumplí veintiuno la semana antes de escapar. Eso fue hace dos meses.

Me abrazó con más fuerza y pasó su mano por mi cabeza como si estuviera alisando mi cabello.

—Entonces, si entiendo correctamente, eso significa que ahora tiene la bendición de su padre para violarte.

—Supongo que sí. —No sentí la necesidad de añadir que también tenía la bendición de mi madre. Nada de eso importaba. La violación era algo asqueroso y aterrador, y la idea de que Daniel me tocara de cualquier forma me hacía querer gritar. Era evidente que Cane pensaba que eso era lo peor que Daniel podía hacerme, pero estaba equivocado.

—Tenía trece años la primera vez que tuvimos una de nuestras "sesiones", como le gusta llamarlas a Daniel. —Cerré los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas cayeran—. Me dijo que bajara al sótano a buscar su libro de filosofía porque llegaba tarde a clase. Ya llevaba un año viviendo con él y había aprendido que todos los hombres que trabajaban para mi padrastro hacían lo que Daniel decía, a pesar de que él era mucho más joven que ellos. Yo automáticamente hacía lo mismo. Además, nunca había estado en el sótano antes. Estaba prohibido, y me emocionaba un poco descubrir qué había allí abajo.

—¿Qué había allí abajo? —preguntó Cane.

—Ningún libro. —Solté un suspiro y me limpié las lágrimas de los ojos. Nunca le había contado a nadie lo que pasó allí. A ninguno de mis amigos de la escuela. Ni siquiera a mi madre, aunque ella lo sabía. Se sentía extraño estar hablando de ello ahora, pero Cane había preguntado y sentía que era correcto compartirlo con él—. No había nada allí. Estaba oscuro y polvoriento, y olía a calcetines sucios. Solo había una silla en medio de la habitación junto a un pequeño escritorio con algunas cosas encima. Ninguna de ellas era un libro.

Mi corazón latía acelerado, y podía escuchar su eco en el pecho de Cane.

—Daniel me siguió —dije—. Me agarró por detrás antes de meterme un trapo en la boca, y luego me empujó hacia la silla.

Con el recuerdo, mi respiración se aceleró y estaba en peligro de hiperventilar. Intenté moverme, pero cuando levanté la mano para impulsarme, estaba temblando y toda mi fuerza me había abandonado.

Cane la tomó con su propia mano y presionó mi palma contra su pecho.

—Está bien —dijo—. Él no puede encontrarte aquí.

Quería decirle que estaba equivocado, que Daniel me encontraría en cualquier parte, con o sin rastreador. Demonios, si le había echado un buen vistazo a Cane en el bar, habría visto el emblema en su chaqueta y ya sabría todo lo que había que saber sobre el club de motociclistas. Incluso si no lo hubiera hecho, sabía que había estado trabajando en el bar y que Cherrie y Greg habían estado tratando de ayudarme. Investigar Por Siempre Medianoche sería el primer paso para localizarme.

Estaba jugando una partida de espera, sabiendo lo que venía y lo inútil que era evitarlo. Había aceptado mi destino como mamá quería. Supongo que podrías llamar al tiempo que había pasado con Cane mi última celebración.

—Me ató a la silla con cinta adhesiva y me dijo que nunca más debía llamarlo D-Dan. —Incluso ahora, era difícil decir la palabra, dejar que escapara de mis labios—. Se arrodilló frente a mí y me quitó el trapo de la boca. Yo había sollozado y le había suplicado que me desatara. Todos lo llamaban Dan. Así me lo habían presentado. No sabía que estaba mal. A partir de entonces, solo debía llamarlo Daniel. Acepté, dije que lo sentía y que nunca volvería a pasar. Pero eso no fue suficiente. Dijo que tenía que aprender. Me volvió a meter el trapo en la boca y lo aseguró con cinta. Luego puso la cinta sobre mis fosas nasales y se puso de pie, sin quitarme

los ojos de encima. Al principio luché, desesperada por liberarme. Luego me detuve.

Aunque estaba sentada a salvo en los brazos de Cane, volví a todas las veces que Daniel me había atado a la silla. Mi mente nadaba. El pánico inundó mi cuerpo como si estuviera sucediendo de nuevo. Seguí hablando, contándole a Cane lo que había pasado, pero mi voz parecía venir de muy lejos.

—No podía encontrar la fuerza para moverme —dije—. La habitación se oscureció. Se encogió, cada vez más cerca, hasta que todo lo que podía ver era la silueta de Daniel en un contorno rojo intenso. Supe entonces que iba a morir, pero Daniel se movió, me arrancó la cinta de la boca y sacó el trapo.

Un sudor frío brillaba en mi frente. Me aparté de Cane y me puse de pie de un salto, tragando aire. Mi mano temblaba incontrolablemente. No podía respirar. Tenía que tomar aire. Tenía que salir. Corrí hacia la puerta de la cabaña, pero no pude abrirla. Mi cabeza daba vueltas y mi visión se nublaba. Tenía que salir. La habitación era demasiado pequeña.

—Thea —dijo Cane y agarró cada lado de mi cara, manteniéndola fija en la suya—. Está bien. Estás a salvo.

—No puedo respirar.

Cane abrió la puerta y me arrastró con él al porche, envolviéndome en sus brazos. —Respira profundo —dijo. Tragué el aire fresco del bosque como si me estuviera ahogando. —Bien, y otra vez. Te tengo. Te lo prometo. Te mantendré a salvo para siempre. Te lo prometo.

Miré su rostro, sus líneas serias, su barba áspera y sus ojos preocupados, y supe que hablaba en serio. Solo deseaba creer que fuera capaz de cumplirlo.

—Lo hizo tres veces más en esa sesión en particular —dije—. Cada vez, estaba segura de que iba a morir.

Cane tragó saliva y respiró hondo. —¿Cuántas sesiones hubo? —preguntó.

—Demasiadas para contarlas.

Los músculos de su cuello se tensaron y la vena de su frente palpitó. —¿Él... Eso es... ¿es todo?

—Si no estaba de humor para verme morir, empujaba la silla para que el respaldo descansara en el suelo y mis pies descalzos, atados a las patas por los tobillos, apuntaran al aire. Golpeaba los arcos de mis pies con una vara hasta que se aburría de mis gritos.

Los músculos de Cane se tensaron y parecía a punto de estallar, pero su voz era firme y tranquila cuando preguntó cuántas veces ocurrió eso.

—Demasiadas para contarlas —respondí.

Capítulo Doce

Cane

Una garra de ira helada, más fría y mortal que cualquiera que hubiera sentido antes, se asentó sobre mi corazón cuando Thea me contó lo que su hermanastro le había hecho.

Bono había hablado sobre cosas así que sucedían en Guantánamo. Tortura seca, creo que lo había llamado. Joder, ya era bastante malo pensar que el ejército usaba esa técnica para torturar a los detenidos, pero lo hacían para mantener el país seguro. Hacérselo a una niña, una chica de trece años... No es de extrañar que esté jodida. De hecho, la gran sorpresa era que no estuviera tan jodida como debería. Deberíamos llamarla Afortunada, ya que era un puto milagro que siguiera viva.

Quería llamar a Caleb y ver si había averiguado algo sobre ese hijo de puta. Ya era hora de que le hiciera una visita. Pero lo único que importaba en ese momento era lograr que Thea respirara y que se diera cuenta de que yo estaba allí para ella y que pretendía mantenerla a salvo.

Había sido tan fuerte y decidida desde que llegó a mi cabaña. Era difícil conciliar a la diosa sexual en la que se había convertido con el desastre inocente y frágil que había sido en el bar y durante su viaje de ketamina. Pero tan pronto como habló de Dan —joder, nunca más lo llamaré Daniel— y lo que le había hecho, esa persona volvió de golpe.

Debería haberme guardado mis putas preguntas y haberle ahorrado el trauma.

Él le había hecho estas cosas increíbles no una vez, no dos, sino demasiadas veces para contarlas. Quería saber más, si había algo más que le hubiera hecho. Quería hacerle exactamente las mismas cosas a él, pero Thea no podía soportar más mis preguntas. En su lugar, la levanté en mis brazos y la llevé arriba a la cama. Ella se recostó contra mi pecho, llorando en silencio hasta que toda la emoción la agotó y se quedó dormida.

Demonios, cinco horas antes habíamos estado en el mismo lugar y lo único en mi mente era cuán rápido podía estar dentro de ella otra vez. Ahora, descansaba en un silencio conmovido, sin querer nada más que quitarle todo su dolor y eliminar su causa.

—Joder, Caleb —dije mientras miraba su rostro perfecto y las pestañas que besaban sus suaves mejillas—. Tenías razón, después de todo. Estoy jodidamente enamorado.

Finalmente, el sueño también me reclamó. Solo cuando mi teléfono sonó abajo me desperté. Thea todavía descansaba contra mi pecho, y yo tenía un calambre en el cuello por la extraña posición en la que había dormido contra el cabecero.

Ella levantó la cabeza y apoyó su barbilla en mi pecho, soplando un aliento en mi barba. —Buenos días —dijo y me lanzó una sonrisa. Su manera, supuse, de hacerme saber que ahora estaba bien y que no iba a tener otro colapso.

—Buenos días —dije, repitiendo sus palabras. Mi manera de asegurarle que estaba lo suficientemente calmado como para no arrancarle la puta cabeza a nadie. Al menos por fuera.

Ella se incorporó y miró hacia las escaleras, donde mi teléfono seguía sonando. —Será mejor que contestes.

—Nah. Pueden volver a llamar.

Lo hicieron, tres segundos después de que la primera llamada terminara. Sabiendo que tenía que ser Caleb, y que probablemente enviaría a Bono a derribar mi puerta si no contestaba esta vez, me deslicé de la cama y bajé las escaleras.

—¿Qué tienes sobre este hijo de puta, Caleb? —pregunté, queriendo ir directo al grano.

—Nada bueno —fue todo lo que dijo en respuesta—. Mira, necesito que vengas al club,

ahora mismo. Y no estoy bromeando. Necesito que salgas por esa puerta en los próximos dos minutos.

El tono de su voz era urgente y me preocupé de que las cosas se hubieran complicado con los Hijos Salvajes. Me senté en la silla de la mesa y apoyé la cabeza en las manos. —No puedo dejar a Thea, y no quiero arriesgarme a traerla al pueblo.

—Déjala, joder —dijo él.

—Ya te dije que no puedo dejarla, joder. Si algo es tan urgente, puedes decírmelo por teléfono. —No pude ocultar la ira y la frustración en mi voz y tampoco quería hacerlo. Ya era hora de que Caleb aceptara que Thea ahora era parte de mi vida, aunque yo todavía estuviera averiguando qué parte podría ser esa.

Caleb resopló por la línea y se quedó en silencio. Esperé a que soltara lo que sea que tuviera que decir a continuación. Una mano se posó en mi hombro. Salté de la silla, pero esta vez, controlé mi impulso de atacar y golpear a mi agresor en la cara.

—¡Joder, mujer! ¿Cómo diablos te mueves tan silenciosamente?

Su rostro se inclinó hacia el suelo, y se agarró el estómago, frotándose el brazo. Inmediatamente me arrepentí de la pregunta. La respuesta era obvia: años y años de práctica; años y años intentando pasar desapercibida, para que Dan-el-Hijo-de-Puta no la escuchara y decidiera que era hora de otra "sesión".

—Lo siento —dije—. Solo trata de avisarme antes de acercarte demasiado en el futuro. Aclara tu garganta o llámame por mi nombre o algo. Demonios, lánzame un puto ladrillo a la cabeza... solo hazme saber cuándo te acercas, ¿de acuerdo? Odiaría golpearte accidentalmente por reflejo.

Una sonrisa traviesa jugó en el borde de sus labios mientras levantaba la cabeza del suelo. Esta vez había prescindido de mi camiseta y no llevaba nada más que su sujetador y bragas negras. —Un ladrillo, dices. ¿Estás seguro de que no rebotará en esa cabeza dura sin que lo notes?

Y así, sin más, mi diosa sexual estaba de vuelta, y mi polla se puso en atención en mis pantalones de chándal. De cualquier otra persona, las palabras serían ofensivas, pero de Thea, eran una invitación.

—Te mostraré una cabeza dura.

—Promesas. Promesas —sus ojos se desviaron hacia el teléfono, olvidado en mi mano—. ¿No deberías terminar tu llamada primero?

—¡Mierda! —Me llevé el teléfono al oído—. Caleb, ¿sigues ahí?

—¿Dónde coño más voy a estar? ... Mira —dijo, con voz monótona—. Me doy cuenta de que tienes un nuevo juguete con el que entretenerte, pero ella puede esperar. Te necesito aquí, hace veinte minutos.

Me froté la cabeza, con ganas de partirla la cara por llamar a Thea juguete. Que él se hubiera jodido por una chica que lo dejó y hubiera descartado toda idea de una relación significativa, no significaba que yo tuviera que hacerlo. —Estamos dando vueltas en círculos. No me voy. Ahora. Habla. Con cuidado. Hermano.

Caleb refunfuñó pero no comentó sobre mi tono. —Hice una llamada rápida a Bono por la otra línea mientras ustedes dos tenían su pequeño tête-à-tête, o como quieras llamarlo. A diferencia de ti, él me escucha y hace lo que le pido. Estará con tu amiga en poco más de quince minutos.

—Si Bono está aquí en quince minutos y Thea se siente cómoda con su presencia, entonces, y solo entonces, me iré.

Thea se aclaró la garganta y me tocó el brazo. —Deberías ir —dijo.

—¿Qué? Ni de coña. No te voy a dejar aquí sola.

—No estaré sola —se movió nerviosa en el sitio—. Bono es el que me dio el Advil, ¿verdad? ¿El del tatuaje de marine? —Asentí y ella soltó un suspiro—. Entonces, estaré bien. Me encerraré en el baño hasta que oiga una moto fuera.

—No vas a encerrarte en el puto baño. Esto es una estupidez. Esperaré hasta que llegue Bono y entonces me iré.

—Por favor —dijo y deslizó sus dedos por mi brazo antes de apretar mi mano—. Estaré bien. No dejes que sea una fuente de problemas entre tú y tu hermano. Ya te he causado suficientes molestias.

Murmuré una maldición entre dientes y mi mente se quedó en blanco. No quería irme, pero la mirada en su rostro me decía que le estaba causando más dolor al quedarme.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—¿Estás cien por cien segura? —pregunté.

—Lo estoy. Si Daniel supiera dónde estoy, ya estaría aquí. Estaré bien sola hasta que llegue Bono y luego bien con él hasta que vuelvas.

Mis hombros se hundieron. Su decisión estaba tomada, y no quería añadir a sus problemas y que se preocupara por ser la fuente de cualquier problema entre Caleb y yo. Suspiré y me llevé el teléfono al oído. —¿Has oído eso? —pregunté.

—Lo he oído.

—¿Tienes algo que decir al respecto?

Caleb se movió al otro lado de la línea. Por un segundo, me pregunté si iba a cambiar de opinión y decirme que me quedara. En su lugar, murmuró una respuesta de dos palabras antes de colgar el teléfono: —Vete ya.

Dejé caer el teléfono sobre la mesa y atraje a Thea a mis brazos, besándola suavemente en la frente. Luego la llevé rápidamente escaleras arriba y le dije que se vistiera, mientras yo hacía lo mismo.

Nos vestimos en tiempo récord, y la coloqué junto a la ventana. —No te encierres en el baño —dije—. Quédate justo aquí y mantén un ojo en la carretera. Si ves a cualquier cabrón que no sea uno de mis hermanos con una chaqueta del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche, entonces sal por la puerta trasera. Hay un sendero que lleva al bosque. Síguelo, escóndete, y vendré por ti. No salgas de tu escondite hasta que oigas mi voz. ¿Lo has entendido?

Su frente se arrugó y sus ojos se dirigieron a la puerta trasera, pareciendo que la notaba por primera vez. —Es un poco exagerado, pero lo he entendido. Ahora, vete. Me estás poniendo nerviosa.

—Te estoy manteniendo a salvo. Si necesitas algo, dile a Bono que me llame de inmediato. Te llamaré en cuanto llegue al club, que será en unos 40 minutos, ¿de acuerdo?

Sin darle la oportunidad de responder, la besé una última vez y agarré mis llaves y el teléfono antes de salir corriendo por la puerta. Salté sobre mi moto y encendí el motor, pero dudé y miré hacia la cabaña.

¡Más vale que sea jodidamente importante, Caleb!

Thea saludó con la mano y yo asentí antes de alejarme.

Capítulo Trece

Thea

Me quedé de pie, mirando por la ventana, incapaz de contener el revoltijo en mi estómago que apareció cuando Cane desapareció de vista. Contuve la respiración, escuchando hasta que el último rugido de su moto se desvaneció en mis oídos. Pero entonces, temí tomar aire por miedo a perderme el sonido de la llegada de Bono.

Me sentía más sola en esta pequeña cabaña en el bosque que nunca antes, y no pude evitar pensar que aquí nadie me escucharía gritar. No es que alguien alguna vez viniera a ayudarme cuando lo hacía en casa.

El bosque era demasiado ruidoso. Cada crujido de hojas con el viento o graznido de un pájaro perforaba mis tímpanos y me hacía estremecer. ¿Por qué no podían simplemente callarse? Me esforcé más esperando que el sonido de la moto de Bono llegara a mis sentidos, pero nunca llegó. Me senté en el suelo, cansada de estar de pie, y me aferré al alféizar de la ventana. Después de un rato, aparté la mirada del camino de grava que serpenteaba por el denso bosque con sus ramas enredadas y enredaderas trepadoras y me quedé mirando el suelo de madera dura.

Cerré los ojos y solté un suspiro antes de sacudir la cabeza y soltar una risa irónica.

—Contrólate, Thea —me dije, asegurándome de decir las palabras en voz alta para romper el silencio que sofocaba el aire.

Me puse de pie, pasé las manos por mi estómago antes de apoyarlas en mis caderas, y tomé unas cuantas respiraciones profundas. No tenía forma de saber la hora, y aunque parecía una eternidad desde que Cane se había ido, bien podían haber sido solo unos minutos.

Sin querer atormentarme mirando por la ventana, decidí que lo mejor sería revisar el sendero que Cane había mencionado que llevaba al bosque. No iría muy lejos y podría volver a la cabaña tan pronto como escuchara llegar a Bono.

Abrí la puerta trasera y aspiré el aire del bosque. Un pájaro pasó volando sobre mi cabeza, haciéndome agachar y luego reír. Si alguna vez quería una vida normal con Cane, tenía que dejar de sobresaltarme por el más mínimo sonido. Lo alejaría si era demasiado pegajosa y sofocaba su libertad. Aunque —sacudí la cabeza— ¿era eso lo que quería? Quedarme con Cane. Incluso si lo hacía, y era posible, no había garantía de que Cane también lo quisiera.

El sol de la mañana proyectaba un brillo dorado sobre los árboles y las montañas, y el aroma amaderado de abetos y pinos flotaba en la brisa mientras caminaba por el sendero. El bosque que me llamaba parecía más seguro de lo que había sido cuando llegué por primera vez, y me pregunté qué había cambiado. Algo dentro de mí era diferente. Sentía una abrumadora certeza que tenía que ver con Cane.

Tal vez tener a alguien que quisiera cuidarme en lugar de echarme a los perros me había hecho valorarme a mí misma. —Diablos, mamá —dije, queriendo hacerle un gesto obsceno—. Tal vez sí soy preciosa, después de todo.

El recuerdo de ella siguiéndome fuera de la cocina con una botella de vino tinto en la mano surgió. "Es mejor aceptar tu destino". Sus palabras resonaron en mi mente, y sentí como si mi cabeza diera vueltas. Una vez más, la fría y dura certeza de que Daniel me encontraría se asentó alrededor de mi corazón.

¿Qué era lo que el padre de Cane había dicho sobre la medianoche? Cómo una sensación de paz invadía el mundo y deseaba poder quedarse en ese momento para siempre. Mientras caminaba por el sendero que llevaba al bosque, supe que eso era lo que había estado haciendo.

Había estado viviendo en un momento eterno con Cane, y tarde o temprano el hechizo se rompería. La lágrima que rodaba por mi mejilla me dijo que tal vez, justo acababa de romperse.

No debería estar aquí cuando Cane regresara. Sería más fácil para ambos si simplemente desapareciera.

Surgió un extraño impulso de correr por el bosque. Necesitaba sentir el viento en mi cara y experimentar una última ráfaga de libertad que solo podía provenir de saber que no había nadie alrededor para verme caer.

Antes de que pudiera dar mi primer paso, la piel en la parte posterior de mi cuello se erizó y todos mis instintos se pusieron en alerta máxima. Mi pensamiento inicial fue que Bono había llegado, o mejor aún, que Cane había regresado, pero esa era la voz de la esperanza y no de la realidad.

Me giré para mirar la cabaña. Había dejado la puerta trasera abierta. El interior estaba oscuro, y ningún rastro de movimiento se encontró con mi mirada. Escaneé el pequeño claro y el bosque circundante. No había coches ni motos visibles, pero desde mi posición, la cabaña bloqueaba mi vista del área de estacionamiento principal. Las únicas criaturas que me saludaban eran los pájaros y los grillos cantores.

El cálido sol de agosto golpeaba mi cabeza y cuerpo, haciendo que mi piel hormigueara por su cálida caricia, pero la piel de gallina erizaba mis brazos y me resultaba difícil sacudirme la sensación de peligro.

Me quedé congelada en el lugar, a medio camino entre la cabaña y el refugio del bosque, sin saber qué hacer y preocupada de que cualquier movimiento de mi parte llamara la atención. Si es que había atención que atraer.

Sintiéndome tonta, y como si mi imaginación estuviera trabajando en exceso de nuevo, consideré llamar a Bono, pero algo congeló mi lengua.

¡Maldita sea!

En el fondo, sabía que eventualmente Daniel me encontraría, pero ¿ese conocimiento me hacía saltar ante fantasmas inexistentes en el bosque?

Una cosa era segura, tenía que moverme. Correría hacia el bosque y rodearía hasta la cabaña que habíamos pasado al entrar. Tal vez tuvieran un teléfono y podría llamar a un taxi. Después de eso, saldría de la vida de Cane para siempre. Aunque la idea de no volver a verlo me provocara un nudo en la garganta y un peso en el pecho. Era lo mejor. Daniel no dudaría en hacer que uno de los hombres de Tony le metiera una bala en la cabeza. Demonios, incluso podría tomarse la molestia de hacerlo él mismo. Siempre podría llamar al bar y dejar un mensaje con Cherrie, solo para que Cane supiera que estaba a salvo y que no viniera a buscarme.

Di la espalda a la cabaña y aceleré el paso, concentrándome en mi destino. La colina cubierta de hierba conducía hasta las copas de los árboles bañadas por el sol. Me dirigí hacia el bosque, con la respiración entrecortada.

Cuando llegué al límite del bosque, eché un último vistazo a mi alrededor y no vi nada. —Adiós, Cane —le dije a su cabaña—. Fue divertido mientras duró.

Sin decir una palabra más, me adentré en el bosque y eché a correr. No era tarea fácil con todas las ramas y raíces bajo mis pies. Mi pulso se aceleró y mi respiración se volvió entrecortada, pero el viento apartó el pelo de mi cara y me permitió respirar de nuevo.

Casi salté cuando una suave brisa susurró entre la espesura y un ratón se escabulló por la maleza a mi izquierda. Me reí de mi nerviosismo, pero me preocupó que la próxima vez pudiera ser un puma o algo peor.

Seguí corriendo, girando en la dirección que sabía me llevaría a la cabaña que habíamos

pasado de camino a la de Cane. El aroma de las dulces bayas de verano llenó el aire y me infundió un renovado sentido de propósito. Estaba haciendo lo correcto.

El sonido de pisadas retumbó detrás de mí.

Tuve una fracción de segundo para girar la cabeza antes de que un hombre, fácilmente el doble de mi tamaño, me embistiera y me lanzara contra la áspera corteza de un árbol, arañándome la mejilla.

La figura era demasiado grande para ser Daniel, y Cane nunca me atacaría en el bosque.

A pesar del mareo que amenazaba con abrumarme, lancé una patada y aterricé un golpe satisfactorio en la pierna de mi atacante. La adrenalina corrió por mis venas. Me levanté de un salto y me enfrenté al hombre que tenía delante.

Tenía razón. No era Daniel, pero mis piernas temblaron y casi me caí de nuevo cuando me di cuenta de que era uno de los hombres que trabajaban para mi padrastro.

—Jacob —dije, asombrada de poder encontrar mi voz—. Por favor, déjame ir. Dile a Tony que no pudiste encontrarme. Por favor, no puedes llevarme de vuelta.

Una sonrisa amenazante llenó su rostro. —Es gracioso cómo crees que puedes pedirme un favor, zorra. ¿Crees que he olvidado todas las veces que me miraste por encima del hombro con tu naricita respingona?

—Yo... yo nunca. Solo estaba... —¿Cómo podía decirle que tenía demasiado miedo de mirar a la cara a cualquiera que entrara en la casa?

—Eras una maldita provocadora. Como si no hubiera oído que has estado viviendo con algún motero. ¿Juegas a hacerte la mosquita muerta con él también?

Mi corazón se hundió en mi estómago. Mamá también me había llamado provocadora. ¿Qué demonios pensaba todo el mundo de mí? ¿Que había estado jugando algún juego tonto con ellos toda mi vida?

—Tony me encargó llevarte a casa, y eso es lo que voy a hacer. Aunque, curiosamente, después de que Danny-boy se enterara de dónde has estado estos últimos días, no le importa mucho el estado en el que llegues allí.

Me quedé paralizada, incapaz de hacer otra cosa que observar cómo Jacob deslizaba las manos hacia su cinturón y lo desabrochaba. La hebilla brilló bajo la luz mientras doblaba el cuero, lo sostenía con una mano y lo golpeaba contra la palma de la otra.

Lo balanceó hacia mi cabeza y caí al suelo, levantando las manos para protegerme. Fue el chasquido abrasador que oí cuando el cuero golpeó mi antebrazo, más que el dolor mismo que sentí. Al menos, al principio.

Grité. Mi brazo parecía estar en llamas.

Jacob me agarró del pelo y me tiró la cabeza hacia atrás. —Ya era hora de que te pusieras de rodillas ante mí.

El hedor de su aliento llenó mis fosas nasales y un globo de saliva aterrizó en mi cara. Arañé su mano para liberarla de mi pelo. Cuando eso falló, golpeé sus brazos y hombros. La bilis subió por mi garganta.

Jacob se rio y me arrojó al suelo. Me di la vuelta boca abajo y cavé en la tierra, arrastrándome, desesperada por escapar. Me agarró de la pierna y me atrajo hacia él, poniéndome boca arriba antes de sentarse a horcajadas sobre mis piernas.

Tiró el cinturón a un lado y metió la mano bajo mi camiseta, apretando con fuerza mi pecho. Grité e intenté apartarlo, pero era demasiado fuerte.

—No puedo respirar. Por favor, no puedo respirar. —Las palabras salieron en respiraciones entrecortadas, apenas audibles por encima del pulso que latía en mis oídos. Me

estaba asfixiando. Su peso era demasiado. El bosque se cerraba sobre mí.

La mano de Jacob se deslizó sobre mi estómago y forcejeó con los botones de mis vaqueros. Llené mis pulmones con todo el aire que pude. Grité y volví a gritar mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

Su pesada mano agarró mi garganta y apretó. —Cállate de una puta vez o me aseguraré de que no puedas respirar. —Aflojó su agarre y jadeé en busca de aire.

El miedo a que lo hiciera de nuevo me quitó todas las ganas de luchar. Mis ojos se nublaron y me quedé rígida, intentando imaginarme en cualquier otro lugar menos aquí.

Capítulo Catorce

Cane

Pensé lo peor cuando el teléfono vibró en mi bolsillo. Toda la humedad abandonó mi boca y sentí una punzada profunda en el estómago.

—Bono —dije tan pronto como detuve la moto a un lado de la carretera y contesté la llamada. Estaba a las afueras de la ciudad y me faltaban unas cuantas millas para llegar al club—. ¿Está bien Thea?

—Eso es lo que te iba a preguntar.

Mis puños se apretaron y los músculos de mi cuello se tensaron. Si Thea no estaba en la cabaña, algo malo debía haber pasado. Había pasado fácilmente media hora desde que me fui. Mi ira aumentó junto con mi preocupación.

—¿Por qué coño tardaste tanto en llegar a mi cabaña?

—Cane, cálmate un segundo. No estoy en tu cabaña. No tengo idea de lo que estás hablando.

Mi temperatura se disparó, pero un escalofrío helado me atravesó el corazón. Quería levantar mi moto y lanzársela a la cabeza de Caleb. El muy cabrón había mentido.

—Caleb no te llamó antes para pedirte que fueras a mi casa a cuidar de Thea, ¿verdad? —pregunté para estar seguro. El silencio que me recibió fue respuesta suficiente—. Voy a matarlo.

—Cálmate —dijo Bono de nuevo. Como si decirle a alguien que se calme alguna vez tuviera otro efecto que no fuera el contrario—. Si Caleb te mintió, ambos sabemos que debe haber una buena razón.

—Ambos sabemos que le importa una mierda el estado mental o el bienestar de Thea —Miré de nuevo hacia la carretera por la que había venido. Algunos coches pasaron zumbando. Uno tocó el claxon y me hizo un gesto como si estuviera cabreado porque los miraba. A esta hora del día, el tráfico había sido intenso, pero me había asegurado de mirar en cada coche que pasaba para ver si Dan iba conduciendo. Pero no podía revisar los vehículos que venían en dirección contraria—. Necesito que vayas a mi cabaña lo antes posible. Es probable que Thea esté en pánico ahora mismo. Te esperaba hace casi veinte minutos.

—Lo haré. ¿Dónde estás tú?

—Justo a las afueras de la ciudad. Iba de camino al club.

—Entonces, probablemente llegarás antes que yo. Estoy con Rex. Estábamos en su casa revisando todas las grabaciones de las cámaras de seguridad que recopiló la otra noche.

—¡Mierda! Tengo que irme.

~

No creía que pudiera sentirme peor de lo que me sentía cuando Bono llamó, pero cuando doblé la curva antes de mi cabaña y vi un maldito SUV negro aparcado fuera, mi visión se cerró a mi alrededor y no pude enfocarme en nada más que en ese puto coche.

La puerta principal de la cabaña estaba abierta. A través de ella, noté que la puerta trasera también lo estaba.

Buena chica. Debe haber corrido y escondido, justo como le dije.

Sin importarme el daño que le haría a mi moto, o cuánto me sacudiría el cerebro, di la vuelta por detrás y llevé la Harley fuera de la carretera y subí la colina hacia el bosque. La suspensión ciertamente no estaba hecha para el camino de tierra, pero su torque y bajo centro de

gravedad jugaron a mi favor, y era mucho mejor que intentar subir la colina corriendo.

Tan pronto como llegué a la cima, lancé la moto a un lado y entré en el bosque. Ahora, todo lo que tenía que hacer era encontrar a Thea antes que cualquier otro cabrón lo hiciera.

Me adentré más bajo el dosel, escuchando el más mínimo sonido, pero el único ruido era mi propia respiración, siseando como una maldita serpiente. Pisé con cuidado, tratando de no hacer más ruido. Con cada paso, mi preocupación crecía, y cuando un grito desgarrador atravesó el aire, sentí como si mi alma se hubiera partido en dos.

Fui un maldito idiota al dejarla. Le había prometido mantenerla a salvo y había fallado.

Cargué en la dirección del sonido. Otro grito vino unos minutos después, luego otro. El sonido se ahogó, y casi caí de rodillas y lloré ante el silencio que siguió. Solo saber que Thea me necesitaba mantuvo mis pies en movimiento.

Un destello de movimiento captó mi mirada a través de los árboles. Aumenté mi ritmo, y cuando me acerqué y vi a un cabrón tirando de los vaqueros de Thea con una mano mientras la otra estaba envuelta alrededor de su garganta, un rugido gutural brotó de mi pecho y escapó de mis labios. Cargué. El golpeteo de mis pasos coincidía con los latidos de mi corazón, y mis fosas nasales se dilataron.

Me lancé contra el cabrón, apartándolo del cuerpo de Thea, y no mostré piedad mientras mis puños golpeaban su cara. Levantó las manos para protegerse, pero las aparté de un manotazo. Con una fuerza que solo se encuentra en la pura rabia, lo levanté por el cuello y lo mantuve en su lugar contra un árbol mientras seguía golpeando su cabeza con mi puño. Solo cuando el olor metálico de la sangre llenó mis sentidos, y estuve satisfecho de que el cabrón nunca más se movería, y mucho menos pondría un dedo sobre Thea de nuevo, me detuve.

Lo dejé caer al suelo, me limpié la sangre de las manos y la cara en su camisa, y luego me volví hacia Thea.

Ella estaba congelada en su lugar con una mezcla de alivio y shock en su rostro. Extendí la mano y la atraje hacia un profundo abrazo.

—¿Estás bien? —pregunté cuando todo lo que quería hacer era suplicar su perdón.

—Él... él trabajaba para mi padrastro. É-él estaba...

—Lo sé. Pero él no. Déjame mirarte —me aparté.

Su rostro estaba arañado con un corte en el costado, la formación de moretones con forma de dedos moteaba la piel de su cuello, y sostenía su brazo de manera extraña. Hizo una mueca y soltó un siseo cuando lo tomé para verlo mejor. Una marca roja e inflamada recorría su antebrazo. Además, una de sus uñas había sido arrancada de raíz, y todas estaban cubiertas de barro como si hubiera arañado el suelo.

Si no hubiera matado ya al hijo de puta, lo haría de nuevo.

Aparté el cabello de su rostro y la atraje para otro abrazo. —Puede que no estuviera solo —dije mientras miraba alrededor del bosque, escudriñando en sus profundidades—. Tenemos que salir de aquí.

Aclaré mi garganta y tomé un respiro profundo antes de separarme, aunque era lo último que quería hacer. Sentí un vacío dentro de mí sin Thea en mis brazos, como si la estuviera abandonando de nuevo, pero teníamos que movernos.

—Me encontraste —dijo ella—. ¿Cómo lo supiste?

—Necesitamos irnos.

Thea miró de mí a su atacante y de vuelta. —No entiendo. ¿Cómo pasó esto? ¿Cómo supiste que debías volver? —Una mirada inquisitiva llenó sus ojos, y supe que sentía que estaba ocultando algo.

La atraje para otro abrazo. —Lo siento mucho, joder, que esto esté pasando. Te contaré todo cuando lleguemos a un lugar seguro.

—¿Un lugar seguro? —Thea miró alrededor del bosque y se estremeció—. No hay ningún lugar seguro.

Agarré sus manos temblorosas. Quería decirle que se equivocaba, pero ¿cómo podía hacerlo cuando sospechaba que mi propio hermano había sabido que este hombre se dirigía hacia Thea cuando me dijo que me fuera? Cuando sospechaba que él había revelado su ubicación en primer lugar.

—¿Puedes caminar? —pregunté, en su lugar.

Thea asintió. Sostuve su mano y la arrastré a medias por el bosque, manteniendo un ritmo rápido mientras nos dirigía hacia el lugar de Bono.

Tan pronto como estuvimos fuera de la vista del cadáver, senté a Thea junto a un árbol y le dije que tenía que hacer una llamada telefónica. Cuando no soltó mi mano, le aparté el cabello detrás de la oreja y la besé en la frente. —Voy a estar a no más de diez pasos en esa dirección —dije y señalé un punto un poco más adelante de donde nos habíamos detenido—. Podrás verme todo el tiempo, ¿de acuerdo?

Thea asintió y soltó mi mano, pero sus ojos ardían con preguntas.

Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué el número de Bono. No contestó, así que colgué e intenté de nuevo. Después de colgar por segunda vez, el teléfono sonó en mi mano.

—Bono, ¿dónde estás? —pregunté.

—A unos diez minutos. Tuve que detenerme para atender la llamada.

Pasé la mano por mi cabello y busqué en las sombras del bosque cualquier señal de vida. —Necesito que des la vuelta y vayas al club —dije—. También necesito que me prestes tu Jeep.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bono.

Miré a Thea y le di una sonrisa antes de darme la vuelta y bajar la voz. —Necesito saber qué demonios está tramando Caleb. —Le di a Bono un resumen rápido de lo que había encontrado cuando regresé, y mi sospecha de que Caleb estaba involucrado en revelar la ubicación de Thea a su padrastro—. Solo ve al club y dile que Thea está a salvo conmigo, y que pretendo mantenerla así. Averigua por qué coño hizo lo que hizo.

—No sabes con certeza que esté involucrado —dijo Bono, pero yo resoplé. Lo sabía.

—Solo hazlo por mí, ¿quieres? Te llamaré cuando estemos en camino.

—Asegúrate de hacerlo. Mantente a salvo, hermano.

—Eso pretendo. —Con eso, terminé la llamada, volví con Thea y me arrodillé en el suelo frente a ella.

—¿Cómo te estás manteniendo? —pregunté.

Thea cerró los ojos y soltó un suspiro profundo antes de abrirlos de nuevo. —Tengo frío y mucha hambre, pero estoy bien.

El sol del mediodía golpeaba los árboles sobre nosotros y enviaba un salpicado de rayos a través de sus ramas. Estaba fresco entre los árboles, pero de ninguna manera hacía frío.

—Es el shock —dije, quitándome la chaqueta y poniéndola sobre sus hombros. Ella deslizó sus brazos en su lugar, y la ayudé a ponerse de pie—. Necesitas tratar de relajarte —añadí—. Estás más tensa que un maldito muñeco de resorte a punto de explotar.

Aclaré mi garganta y pasé mi mano por mi barba cuando ella me dio una mirada que gritaba, ¿cómo demonios iba a pasar eso? Que me condenaran si lo sabía.

¡Mierda! Ayer a esta hora todo era perfecto. Thea y yo habíamos follado todo el día sin preocupación alguna, o al menos fingimos que así era en ese momento. Pero luego, la había

abandonado, la había dejado vulnerable cuando le había prometido mantenerla a salvo. Y luego estaba ese hijo de puta del SUV.

Una imagen de lo que podría haber sucedido si no la hubiera encontrado bombardeó mi mente. No había ninguna maldita duda de que la habría violado, y quién sabe qué más. El porqué de todo esto no tenía sentido para mí. ¿Qué? ¿Thea había cumplido veintiún años, así que no solo era presa fácil para Dan, sino también para todos los malditos empleados de su padrastro? No era de extrañar que Dan fuera un enfermo de mierda, su padre también lo era.

Me tensé y gruñí. Thea podría estar más tensa que un resorte a punto de estallar, pero yo estaba más furioso que un sapo inflado.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dije, tomando su mano y concentrándome en llegar a casa de Bono sin caernos y rompernos las piernas en la maleza llena de helechos—. Veremos qué comida tiene y nos limpiaremos cuando lleguemos allí.

Thea no habló, pero apretó mi mano y apoyó su cabeza en mi brazo por unos segundos, antes de adelantarse y tirar de mí detrás de ella.

Capítulo Quince

Thea

Intenté concentrarme en el canto de los pájaros y el silbido del viento entre las ramas. Cane quizás no se diera cuenta, pero este bosque era nuestro último refugio de seguridad y calma. La última vez que podíamos fingir que el mundo exterior no existía.

Había cometido un error al matar a Jacob. Mis emociones libraban una batalla interna. Oscilaban entre alegrarme de que lo hubiera hecho y desear que no lo hubiera hecho, preocupándome por lo que sucedería después. Tony no era sádico como Daniel. No disfrutaba viendo sufrir a la gente, pero no lo pensaba dos veces antes de matar a alguien cuando se metían con él o se interponían en su negocio. Jacob había trabajado para Tony durante más de veinte años. Decir que mi padrastro no estaría complacido cuando se enterara de su muerte era quedarse corto.

A pesar de lo sucedido y de mi creciente hambre, podría haberme quedado bajo la sombra moteada de los árboles para siempre. Imaginé los brazos de Cane a mi alrededor y mi cabeza sobre su pecho; su calor penetrando en mí. Podríamos quedarnos así todo el día y ver cómo los rayos de luz se desvanecían bajo el dosel. Esperando hasta que el sol se hundiera más en el cielo, deslizándose bajo el horizonte. Podríamos tener una última medianoche eterna: un último momento de paz.

Mi estómago gruñó, rompiendo nuestro silencio. Una mosca voló demasiado cerca de mi cara y me hizo arrugar la nariz.

Cane me apretó la mano.

—Solo quedan quince minutos de caminata hasta llegar a casa de Bono.

Suspiré, deseando que fuera más largo. Pero también sabía que, por mucha hambre que tuviera yo, Cane debía estar peor. Ninguno de los dos había comido nada desde la pizza de anoche, y él necesitaba muchas más calorías que yo para mantenerse en marcha.

—Hay algo que necesitas saber —dije y miré hacia el este, buscando el sol. Se había movido casi sobre nuestras cabezas, y supuse que eso significaba que nos acercábamos al mediodía. Inhalé profundamente. El bosque desprendía un olor a antigüedad y permanencia, como si la vida siempre estuviera aquí, sin cambiar nunca, pero siempre creciendo y siempre rebosante de criaturas intocadas por las preocupaciones del mundo humano. Me aclaré la garganta y continué—: Mi padrastro es Tony Benton. Él es un...

Estaba a punto de decir más cuando Cane se detuvo en seco y se volvió para mirarme. La mirada en sus ojos se endureció, y supe que había oído el nombre antes.

—Creí que habías dicho que el apellido de tu hermanastro era King.

Me moví inquieta en el sitio, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo es. La madre de Daniel murió cuando él tenía dos años. Cuando cumplió dieciséis, adoptó el apellido de soltera de ella para honrar su memoria. —También quería hacerse un nombre por sí mismo y no caer bajo la sombra de su padre.

—¡Mierda! —Se frotó la barba y se pasó las manos por el pelo, agarrándose la parte superior de la cabeza—. Mierda —repitió.

Extendí la mano hacia él, pero me detuve cuando vi la expresión en su rostro y me agarré el vientre en su lugar.

—Lo siento —dije, incapaz de evitar el temblor en mi voz.

Cane volvió el rostro hacia el cielo, y un pozo de vacío llenó mi interior. Después de un

momento que se extendió demasiado, se aclaró la garganta y asintió con la cabeza como si se resignara a algo.

—No importa —dijo y volvió a tomar mi mano—. No cambia nada. Habría hecho exactamente lo mismo sin importar qué.

Estaba equivocado. Si hubiera sabido quién era mi padre cuando nos conocimos, nunca habría destruido el rastreador. Demonios, si Cherrie y Greg hubieran sabido quién era yo, nunca me habrían acogido.

—Deberíamos ir a casa de Bono —dije.

Cane asintió, pero solo habíamos dado dos pasos cuando se detuvo de nuevo.

—¡Por eso Caleb le dijo dónde estabas! No excusa al cabrón, pero al menos puedo entender un poco su razón.

Fruncí el ceño y me froté los ojos.

—Oh, Dios —dije y me cubrí el rostro con las manos. Todo rastro de hambre desapareció de mi cuerpo al perder el apetito. Cuando me erguí de nuevo y miré a Cane, pude ver que pensaba que estaba conmocionada por las acciones de su hermano y no me había dado cuenta de que las cosas se habían puesto mucho peor. Aunque era difícil imaginar que tal cosa fuera posible—. Tony va a pensar que tu hermano lo traicionó. Jacob está muerto, y Tony culpará de eso a todos y cada uno de los miembros del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche.

El cuello de Cane se tensó y la vena de su sien palpitó mientras mis palabras se hundían.

—Mierda —dijo de nuevo antes de agarrar mi mano y arrastrarme por el bosque a un ritmo más rápido.

—Deberías llamarlo y advertirle —dije.

—Lo haré. En casa de Bono. Solo tengo que pensar primero qué demonios voy a decir.

Al ritmo al que íbamos, nos tomó menos de diez minutos llegar a la cabaña de Bono. A Cane le llevó unos minutos más recuperar la llave de repuesto de debajo del porche. Cuando finalmente abrió la puerta, el zumbido de una unidad de aire acondicionado me recibió al entrar. Me estremecí con la ráfaga de aire frío.

Por fuera, la cabaña de Bono era muy similar a la de Cane: una simple cabaña de troncos de una planta con escalones que conducían a un porche delantero y un espacio de techo convertido, pero por dentro era mucho más acogedora. Además de la unidad de aire acondicionado, Bono también tenía un televisor, dos sofás y una mesa de centro.

Cane fue directamente a uno de los armarios y sacó un botiquín de primeros auxilios.

—Deberíamos comer primero —me dirigí a la zona de la cocina y noté una barra de pan en la encimera—. Un sándwich será rápido.

—Primero deberíamos limpiarte —me agarró la mano y la levantó hacia mi cara. Debajo del barro incrustado, noté que una de mis uñas se había desprendido por completo. Debió de ocurrir cuando estaba arañando el suelo intentando arrastrarme lejos de Jacob. Había notado un dolor pulsante en la mano, pero supuse que solo me la había magullado. Con mi mano aún en la suya, Cane me llevó al fregadero y abrió el grifo—. Esto va a doler.

Hice una mueca cuando el agua tocó mis manos, pero me quedé quieta mientras Cane limpiaba el barro de ellas. Después, las secó con la toalla y luego humedeció una esquina para limpiarme la cara. Esta vez, dejé escapar un siseo. Cuando terminó, Cane roció mi dedo con un spray antiséptico y lo vendó, antes de optar por usar solo el spray en mi cara.

Durante todo el proceso, su rostro era una máscara de concentración y todo su cuerpo estaba tenso, pero nunca me miró a los ojos. Tan pronto como terminó, fue directo al refrigerador

y sacó algo de jamón y queso, golpeándolo contra la encimera antes de agarrar el pan. Cuando parecía más probable que lo arrojara contra la pared en lugar de hacer un sándwich, se lo quité de las manos y saqué la mantequilla del refrigerador.

—¿En qué estás pensando? —pregunté cuando Cane empezó a caminar de un lado a otro por la habitación.

—Me pregunto cómo demonios vamos a salir de esta —se pasó la mano por el pelo y se sentó en el borde del sofá, negando con la cabeza.

La respuesta era fácil, pero no iba a decírsela. Tenía que volver. Tenía que decirle a Tony que Jacob intentó violarme y que, en un ataque de rabia, le golpeé la cara con una piedra y no paré. Demonios, si Tony decidía matarme, sería una bendición. Pero lo más probable es que me entregara a Daniel. Solo tenía que alejarme de Cane antes de poder hacerlo.

Terminé de hacer los sándwiches y comimos en silencio. Después de terminar, tomé los platos y limpié.

—Tal vez deberías ducharte antes de que nos vayamos —miré las salpicaduras de sangre en su camiseta.

Cane siguió mi mirada antes de quitarse la camiseta de un tirón.

—Ve tú primero —dijo—. No sabemos cuándo tendremos otra oportunidad.

Sintiendo que era una despedida, incliné la cabeza y, como la distribución de la cabaña era la misma que la de Cane, me dirigí a donde sabía que encontraría el baño.

Solo después de haberme quitado la ropa y sentir el agua caliente sobre mi piel, me permití llorar.

Capítulo Dieciséis

Cane

Tan pronto como Thea cerró la puerta del baño, salí para llamar a Caleb. Puede que Bono aún no lo hubiera alcanzado, aunque probablemente ya habría adivinado que yo no iba a ir. Estaba furioso con el cabrón, y con solo imaginar su cara me daban ganas de golpearlo, pero necesitaba saber lo que había pasado. Tal vez él podría ver si era posible controlar los daños.

Contestó el teléfono al segundo tono.

—¿Dónde coño estás? —preguntó.

Cerré los ojos y respiré hondo para calmarme antes de responder. Cuando por fin me sentí capaz de hablar, dije:

—El padrastro de Thea es Tony Benton, pero eso ya lo sabías. Me llamaste porque querías que me apartara cuando él enviara a alguien a recogerla. Alguien a quien tú le dijiste dónde estaba.

Mi voz se tensó en las últimas palabras. Que Dios me ayude, podía entender su puto razonamiento, pero no podía perdonarlo. Todavía no. No cuando lo único en lo que podía pensar era en lo que habría pasado si Bono nunca hubiera hecho esa llamada.

—¿Dónde coño estás? —preguntó de nuevo—. No me va a hacer ni puta gracia si has jodido esto.

—Sí, bueno, a mí tampoco me hizo ni puta gracia encontrar a un hijo de puta a horcajadas sobre Thea con una mano en su garganta y la otra bajándole los pantalones.

La línea quedó en silencio durante unos minutos antes de que Caleb preguntara:

—¿Sigue vivo?

—¿Tú qué crees?

—Mierda, Cane. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¿Y para qué? Por una princesita malcriada que...

—Esto es culpa tuya, no mía —me paseé por la terraza, incapaz de quedarme quieto, incapaz de escuchar esta mierda—. Tú enviaste a ese cabrón a mi casa.

—Claro que lo hice, y si estuvieras pensando con la cabeza en lugar de con la polla, verías que era lo correcto —resopló antes de añadir—: Benton acordó que no le harían daño a la chica.

—Sí, bueno, gran puta sorpresa, mintió.

—Necesitas traer a esa chica a la ciudad. Llamaré a Benton y organizaré otra recogida. Tal vez podamos salvaguardar algo de este desastre que has creado.

Me reí. Había un tono amargo en el sonido.

—No voy a llevar a Thea cerca de su familia.

—No te lo estoy pidiendo, Cane. Te lo estoy ordenando...

—No. Yo te lo estoy diciendo a ti. No va a pasar, joder —con eso, terminé la llamada y solté una sarta de maldiciones antes de hacer otra a Bono. Fue directamente al buzón de voz, así que dejé un mensaje y entré en la casa.

Cuando llegué a la puerta del baño, respiré hondo y apoyé la frente en la madera, tratando de calmar mis pensamientos antes de hablar con Thea. En cuanto lo hice, la puerta se abrió, y tuve que agarrarme al marco para no caerme sobre ella. Un pequeño chillido escapó de sus labios mientras daba un paso atrás.

Tenía una toalla envuelta alrededor y sostenía su ropa en la mano. Sus mejillas estaban

sonrosadas, y el raspón destacaba rojo e irritado contra su piel.

—Yo... eh... pensé que sería más rápido si me vestía aquí mientras tú te duchabas — cuando no respondí, se aferró a su toalla y pasó junto a mí hacia la habitación.

Sin saber cómo expresar mis pensamientos en palabras, entré al baño, cerré la puerta y volví a encender la ducha. Luego, me apoyé con las manos contra el lavabo y me miré en el espejo empañado.

—¿Qué coño vas a hacer? —dije y negué con la cabeza.

Siempre había confiado en mis hermanos para que me respaldaran, pero con Caleb actuando como lo hacía, no podía acudir a ellos en busca de ayuda, no podía arriesgarme a arrastrarlos más profundo y que los mataran. Había llamado a Bono y le había dejado un mensaje para que se reuniera con nosotros, pero más allá de eso, no sabía qué hacer.

Con una última mirada a mi reflejo, me aparté del mueble y abrí la puerta de golpe. Thea solo había dado unos pocos pasos. La atraje a mis brazos y apoyé su cabeza contra mi pecho. Tenerla tan cerca envió escalofríos de necesidad por todo mi cuerpo y directamente a mi polla.

—Lo siento —dijo Thea y soltó un sollozo—. Sé que estás enfadado conmigo, pero yo...

—Oh, cariño. No estoy enfadado contigo —dije, a pesar del toque de exasperación que se filtró en mi voz—. Solo estoy tratando de averiguar qué hacer y dónde podemos ir para mantenerte a salvo.

Thea levantó la cabeza y me dio una sonrisa irónica. Puso dos dedos sobre mis labios para evitar que hablara. Su cercanía y su delicioso aroma se volvieron demasiado para soportar. Sentía como si la conociera desde hacía años. No podía imaginar mi vida sin Thea en ella. Toda su presencia iluminaba la habitación y hacía mi día más brillante, y cuando se reía, quería enterrarme profundamente dentro de ella. Joder, cada maldito segundo quería enterrarme dentro de ella. Que me jodan si mi corazón no la necesitaba tanto como mi polla.

Una explosión de sensaciones me recorrió cuando nuestras bocas se encontraron y nuestras lenguas se enredaron. Thea me mordió el labio suavemente. Estaba a punto de quitarle la toalla cuando me di cuenta de que algo iba mal. Diferente. Esto se sentía como una despedida.

Me aparté y fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —pregunté.

La mirada de Thea cayó al suelo y dio un paso atrás, agarrándose el estómago. Pero la determinación en su rostro era imposible de ignorar. ¡Mierda! Iba a intentar escapar de nuevo. Tan pronto como pudiera, se marcharía. —No hay nada —dijo.

Por impulso, extendí la mano y agarré la suya. —Prométeme que no vas a huir otra vez.

Thea levantó la cabeza y me miró con esos grandes ojos verdes. —No voy a huir otra vez —dijo. Mi mundo se hizo añicos al comprender el significado de sus palabras.

—No vas a volver, joder. —La ira ardía dentro de mí ante toda esta situación de mierda, cortando el aire a nuestro alrededor. La acerqué hacia mí—. Ni siquiera lo pienses.

Ella arrancó su mano de mi agarre y se alejó. —No es tu decisión. —El veneno en sus palabras reverberó por toda la habitación—. Es la única opción sensata. Tu hermano lo sabía, por eso le dijo a Tony dónde estaba. ¿Por qué te resulta tan difícil de entender?

Sus palabras me golpearon en el estómago como un tren de carga fuera de control. Mis puños se cerraron y los músculos de mi cuello se tensaron. Thea dio otro paso atrás.

Joder, era hora de que me crecieran un par de cojones. Y dejara de actuar como un marica por esta mujer. Después de todo lo que había pasado, quería volver con ese cabrón. ¿Qué? ¿Acaso todo esto era solo un juego para ella? Mi ira creció.

—¿Acabo de matar a un hijo de puta por ti? —Señalé frenéticamente hacia la ventana y

los bosques—. ¿Habrías preferido que dejara que te violara?

Su mano voló a su boca para ahogar un sollozo, y una oleada de remordimiento me golpeó, pero se desvaneció cuando dijo que tal vez hubiera sido mejor si lo hubiera hecho. Agarró su ropa que había caído al suelo y la llevó al sofá, sentándose en el borde. Todo el color se drenó de su rostro y sus manos temblaban mientras intentaba ponerse los vaqueros.

Mi ira se desvaneció. Estaba golpeada y magullada, y seguro que no necesitaba ninguna mierda extra de mi parte. Me apresuré hacia ella y me arrodillé a sus pies. Detuve sus manos, y ella se derrumbó contra mi pecho con el rostro lleno de lágrimas. Cerrando los ojos, pasé mi mano por su cabello mojado y besé su frente antes de apartarme y mirarla. Todo el dolor y la angustia en sus ojos me abofetearon.

—Esto no es tu culpa —dije.

—Sí lo es.

Levanté su barbilla hasta que me miró. —No. No lo es. Caleb la cagó al hablar con tu padrastro, y yo maté al tipo en el bosque.

—Por mí.

—Por los dos.

Las lágrimas volvieron a correr por su rostro y, sin saber qué más hacer o decir, la apreté fuertemente contra mi pecho y la abracé. Las únicas cosas que sabía con certeza eran que nunca la dejaría sola de nuevo, y que teníamos que ponernos en marcha lo antes posible. Su padrastro enviaría a alguien para averiguar qué estaba pasando pronto, y no queríamos estar en la zona cuando eso sucediera.

Capítulo Diecisiete

Thea

Miré por la ventana del Jeep de Bono hacia el río que se extendía bajo el tranquilo puente de la carretera. Las suaves olas brillaban bajo el sol de la tarde, fluyendo con la corriente y lamiendo la orilla con un murmullo burbujeante. El fresco aroma de la tierra húmeda despejó el dolor que se había estado acumulando en mi cabeza, pero hizo poco para calmar la inquietud en mi estómago.

En la cabaña de Bono, había llorado en los brazos de Cane por una eternidad. No importaba lo que hiciera, las lágrimas no dejaban de caer. Finalmente, Cane levantó mi cabeza y dijo que teníamos que irnos. Cuando abrí los ojos para mirarlo y responder, los rayos de sol se colaban por las cortinas, y tuve que parpadear para aclarar mi visión. El rostro de Cane era una máscara de preocupación.

—Todavía necesitas ducharte —dije.

Una sonrisa jugueteó en el borde de sus labios. —¿Huelo tan mal?

Me dejó junto a la puerta, donde dijo que podía mantenerme vigilada, antes de meterse en la ducha. El agua corría por su pecho desnudo, que se agitaba con cada respiración. Su mano trabajaba el jabón sobre su cuerpo, bajando hasta descansar en su estómago y atrayendo mi atención hacia su bien definido six-pack, y su enorme miembro debajo. Tragué saliva, con ganas de tocarlo. De tener una repetición de la última ducha que compartimos. Me puse de pie, lamiéndome los labios, prácticamente babeando ante la idea de finalmente probarlo. Todo en él era dolorosamente hermoso. Desde su cuerpo cincelado hasta las líneas que grababan su rostro.

Cada parte de mí quería quedarse con él para siempre. Pero ¿cómo podría cuando solo lo traería peligro? Dejarlo ya sería bastante difícil ahora. ¿Cuánto peor sería si me permitiera amarlo?

Como si hubiera sentido mis pensamientos, Cane cerró el agua y levantó la toalla para secarse la cara. Podría perderme mirando en las profundidades marrones de sus ojos. Quería extender la mano y decirle que lo sentía de nuevo, decirle que nunca me iría. Quería acercarlo, tocarlo y pasar mis dedos por su cabello, enredarlos en su barba. Quería sentirlo dentro de mí.

Su teléfono sonó mientras se vestía, y saltó para contestarlo. Minutos después, estábamos en el coche y nos dirigíamos a un encuentro con Bono a cien millas por la carretera.

Cane habló durante casi todo el viaje, haciendo planes y diciéndome cómo todo estaría bien, pero sus ojos permanecían firmemente fijos en la carretera, y sentía que había algo debajo de las palabras que no me estaba diciendo. Mi estómago estaba rugiendo cuando salimos de la autopista y entramos en la ciudad. Las calles estaban concurridas hasta que condujimos hacia el gran estacionamiento de un club nocturno, desierto durante las horas del día, a excepción de las cuatro motocicletas estacionadas cerca de las puertas.

—¿Otro negocio que poseen los hermanos? —pregunté mientras ahogaba un gemido al ver el cartel de Club Tempest sobre las anchas puertas dobles que conducían al interior, y esperando que no fuera un presagio de la agitación por venir.

Cane apagó el motor y nos quedamos sentados en el Jeep, mirando la puerta durante cinco minutos antes de que me desabrochara el cinturón de seguridad. —Puedo esperar aquí mientras hablas si te da reparo llevarme adentro —dije.

A pesar de mi creencia de que Cane estaría mejor lejos de mí, me sorprendí al descubrir que lo decía en serio. El viaje en el coche me había enseñado cuánto temía estar lejos de él. Aunque ese pensamiento había hecho poco para aliviar la sensación de que acabaría muerto en

una zanja en algún lugar si me quedaba. Necesitaba a Cane a mi lado más de lo que me atrevía a admitir. Su proximidad y su fuerte presencia me daban una fugaz esperanza de que tal vez todo estaría bien. Pero también creaba nuevos temores. Temores sobre cómo me sentía cuando captaba su tentador aroma, o cómo el más leve roce de su mano en mi pierna cuando cambiaba de marcha enviaba relámpagos a lo largo de mi piel directamente a mi centro.

Cane extendió la mano y la puso sobre la mía. —No te voy a dejar sola —dijo—. Vamos a hacer esto juntos.

Pero entonces, ¿qué? Quería preguntar. ¿Cuánto tiempo crees que podemos huir? En su lugar, miré el edificio estilo almacén y dije: —Entonces, ¿vamos a entrar o nos vamos a quedar sentados aquí todo el día?

No dijo nada cuando abrí la puerta del coche y salí al sol de la tarde.

Cane ignoró las grandes puertas dobles y optó por una entrada lateral. Golpeó tres veces y esperó. Después de unos segundos, un hombre de ojos azules brillantes y cabello oscuro la abrió y nos hizo pasar. Lo reconocí como uno de los hombres de Ancla de Medianoche. Como sabía cuáles eran Rex y Bono, supuse que este tenía que ser Jameson o Lucky.

—Llegaron a buena hora —dijo—. No pensé que llegarían hasta dentro de otros veinte minutos. —Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba a abajo, haciéndome sentir como un pedazo de carne siendo evaluado para el mercado.

—Sí, conduzco rápido —respondió Cane, sin molestarse en ocultar el tono bajo y de advertencia en sus palabras.

Me pregunté por qué de repente me sentía menos segura y no más.

Caminamos por un pasillo estrecho sin ventanas. Las paredes estaban pintadas de un gris sombrío que me recordaba a Ancla de Medianoche. Parecía que el área del personal de todos los bares y clubes en los que había estado tenía la misma sensación fría. Un par de puertas pintadas de rojo salían del pasillo, pero nuestro guía nos llevó por la última puerta hacia el área del club.

Una barra gigante, lo suficientemente ancha como para albergar a treinta clientes, dominaba un lado de la habitación. La iluminación posterior bañaba la barra en un centelleante resplandor de color, pero la pista de baile permanecía en una penumbra sombría y sin ventanas.

—¿Dónde están Bono y los demás? —Cane me guió hacia un taburete de la barra con una mano protectora en mi espalda y escaneó el club. La superficie de la barra estaba limpia al tacto y olía ligeramente a desinfectante, y la alfombra estaba recién aspirada, como si los limpiadores acabaran de terminar su trabajo.

—Como dije, no los esperábamos aún. Bono fue al mercado a comprar provisiones. Rex está arriba, monitoreando las cámaras de seguridad, y Jameson está con él.

No pude evitar notar lo tenso que parecía Cane. Como si estuviera esperando que alguien saliera de las sombras y lo atacara. Me acerqué un poco más a él e intenté parecer menos como un conejo a punto de saltar a la carretera con mi próxima respiración.

—¿Has sabido algo de Caleb? —preguntó Cane.

El hombre, que ahora me daba cuenta de que tenía que ser Lucky, se movió inquieto y se frotó la nuca con la mano. —Mierda. Sí. —Sus ojos se desviaron hacia mí antes de encontrar el suelo de nuevo—. Pero diablos, él no sabe una mierda. No estaba allí cuando —agitó su brazo en mi dirección y por primera vez miró mi cara—, bueno... cuando estabas delirando y gritando de angustia.

Un rubor subió a mis mejillas. Debí haber hecho el ridículo completo frente a todos estos tipos. Pero a pesar de sus palabras, no pude evitar notar un toque de acusación debajo de ellas.

La puerta se abrió de golpe y casi salté de mi asiento.

—Bono —dijo Cane, visiblemente relajándose.

—Hola, hermano. —Bono se acercó a la barra cargado con un montón de bolsas de compras, rebosantes de comida—. Thea —dijo.

Traté de no sentirme desamparada cuando Cane quitó su mano de mi espalda y caminé hacia Bono antes de tomar parte de la carga de su hermano.

Dejaron las bolsas y Bono vino a pararse frente a mí, dándome una mirada evaluadora. Pasó su mano sobre la raspadura en mi mejilla, haciéndome estremecer, y levantó mi dedo para mirar mi vendaje. —Esto necesita cambiarse —dijo antes de quitarlo e instruir a Lucky que trajera un botiquín de primeros auxilios. Mientras esperaba, giró mi brazo y miró los moretones que habían reemplazado la marca—. ¿Te golpeaste con una rama o algo así?

Negué con la cabeza y miré a Cane. —Un cinturón. —Él se tensó y agarró mi mano libre, apretándola con fuerza. Bono solo asintió y tomó el botiquín de Lucky cuando regresó. Después de colocarme un nuevo vendaje en el dedo y echar un vistazo rápido a los moretones en mi cuello, me preguntó si necesitaba algún analgésico. Dije que estaba bien. Entonces mi estómago rugió.

Bono sonrió. —¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

Bono se aclaró la garganta y se colocó detrás de la barra. —Necesitas hablar con Caleb. Hay más cosas pasando de las que sabes —dijo antes de meter la mano en la bolsa y sacar un paquete de jamón que reflejaba el que habíamos encontrado en su refrigerador.

Lucky me lanzó una mirada de resentimiento teñida de ira ante las palabras de Bono, y no pude evitar sentirme culpable por todos los problemas que les estaba causando. Probablemente deseaban no haberme conocido nunca.

Bono sacó más y más comida de su bolsa mientras Cane se alejaba por la habitación con Lucky, diciéndole que trajera a los otros dos.

Tan pronto como Lucky se fue, Cane sacó su teléfono y se volvió hacia mí. —¿Estarás bien con Bono durante cinco minutos mientras llamo a Caleb? —preguntó.

Quería decir que no, pero me preocupaba que pensara que era pegajosa, así que asentí e intenté concentrarme en Bono haciendo un sándwich. Mi estómago volvió a rugir ante la idea de algo de comida largamente esperada.

Un millón de cosas pasaron por mi mente, pero sobre todo me concentré en ignorar el miedo que crecía en mi pecho. Nada se sentía bien. Cane se había ido. Sí, tenía que hacer una llamada telefónica, pero no hacía ni diez minutos había dicho que no me dejaría, entonces ¿por qué se sentía como si lo hubiera hecho?

—¿Necesitas algo de beber para acompañar eso? —dijo Bono mientras me entregaba mi sándwich.

—Gracias. Una limonada light estaría genial si tienes.

Me dedicó una sonrisa encantadora. —Esto es un bar. Seguro que hay limonada light. —Buscó detrás del mostrador por un momento y cogió un vaso—. ¿Hielo y limón?

—No, gracias.

Bono abrió una botella y sirvió mi bebida, mientras yo me comía el sándwich. Después de que Bono colocara mi bebida frente a mí, tomé un largo sorbo y dejé escapar un suspiro satisfecho, que rápidamente se convirtió en un suspiro cansado. —¿Puedes decirme qué está pasando? —pregunté, preguntándome si debería haber prestado más atención a los planes de Cane en el coche.

—No hay mucho que contar, la verdad —dijo Bono. Asintió hacia Lucky, Rex y un

tercer hombre que pensé que tenía que ser Jameson, que entraron al bar por unas escaleras en la parte de atrás.

Mi corazón latía con fuerza, y resistí el impulso de salir corriendo de la habitación. ¿Dónde estaba Cane?

Bono debió haber notado mi creciente miedo, porque se inclinó sobre la barra frente a mí. —Vamos a ayudar lo mejor que podamos —dijo—. Puedes contar con eso.

Lucky soltó un resoplido. —Tu hermano no es un buen tipo.

—Hermanastro —dije—. Y no, no lo es.

—Él lastima a la gente.

—Déjalo, Lucky —advirtió Bono.

El veneno en las palabras de Lucky me sobresaltó, y me pregunté por qué había cambiado su tono tan repentinamente. Me había hecho sentir como un pedazo de carne cuando entré hace unos minutos. Había visto el destello de ira en su rostro antes de que se fuera, pero ahora parecía que quería matarme él mismo. Me preocupaba que sus palabras frente a Cane hubieran sido solo una actuación. Mis ojos se dirigieron a la puerta, preguntándome si lograría salir. Hasta que, tan rápido como llegó, la idea me abandonó. Si estos tipos iban a entregarme a Tony, que así fuera. Al menos entonces, Cane estaría a salvo.

—Lo siento —dije, sin saber qué más hacer. Bajé la mirada hacia mi sándwich. Ya no tenía hambre, así que lo aparté. Fruncí el ceño mientras sus palabras resonaban en mi cabeza y la realización me golpeó—. ¿Daniel lastimó a alguien? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Greg está en el hospital —dijo Lucky—. No se sabe si lo logrará. Cherrie está desaparecida.

Capítulo Dieciocho

Cane

Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Caleb de nuevo. Demonios, necesitaría la ayuda de todos mis hermanos para mantener a Thea a salvo. Durante el viaje al pueblo, le había contado una historia disparatada sobre ir a Canadá, pero eso era lo último que tenía en mente. Cuanto más hablaba, más me daba cuenta de que solo había una manera de mantener a todos a salvo, incluidos mis hermanos. Necesitábamos reunir a tantos hermanos como pudiéramos e ir a matar al hijo de puta de Dan y a su padre. Diablos, le estaríamos haciendo un favor al mundo.

Para eso, necesitaba a Caleb de mi lado.

Levanté el teléfono y busqué sus datos mientras me dirigía de vuelta al estacionamiento, pero antes de que tuviera la oportunidad de marcar, Caleb apareció en su moto frente a mí.

¡Mierda! Cualquiera de mis hermanos que le hubiera dicho dónde estaría recibiría una paliza. Parecía que Caleb pensaba lo mismo sobre mí. Apretó los puños y se abalanzó hacia mí. Yo golpeé primero. Mi puño conectó, pero él contraatacó y me dio un golpe en la mandíbula que ardía como el infierno. Intercambiamos unos cuantos puñetazos más hasta que Caleb retrocedió y se limpió la sangre de la nariz.

—Greg está en el hospital por tu culpa —dijo y escupió al suelo—. El hermanastro de tu pequeña zorra se ha llevado a Cherrie y exige un intercambio.

¡Mierda! Me doblé, tratando de recuperar el aliento y calmar la adrenalina que corría por mi sistema. —¿Qué tan mal está Greg? —pregunté después de un momento.

—Jodidamente mal —fue todo lo que dijo.

—Thea podría saber dónde se ha llevado a Cherrie. Tenemos que rescatarla.

Caleb exhaló con fuerza y miró hacia su moto y el pueblo más allá. Dado que el club estaba en las afueras del pueblo, las calles estaban tranquilas y nadie había visto nuestra breve pelea. —Tenemos que hacer un maldito intercambio.

Gruñí y casi lo golpeé de nuevo en respuesta. En su lugar, apreté los dientes. —¿Cuándo vas a meter en tu cabeza dura que Thea nunca volverá a acercarse a su familia?

—Esa princesita mimada ya ha causado suficientes problemas. Es fácil para ella escapar de su palacio y vivir a lo rudo por unos meses antes de volver a casa, pero somos nosotros los que tenemos que vivir con las putas consecuencias.

—Por el amor de Dios, Caleb. No todo el mundo es Amber. ¿Qué? ¿Crees que Thea lo tiene fácil en casa? ¿Que se escapó para tomar unas malditas vacaciones o algo así?

La vena en la cabeza de Caleb palpitó y rechinó los dientes. —Sí, escuché todo sobre lo mal que lo pasa. Cómo cuanto más tiempo logra estar lejos, más regalos le da su madre cuando regresa.

—Sí, ¿y quién te dijo eso?

—Benton es un maldito cabrón que nos destrozaría sin dudarlo, pero está jodidamente claro que su familia lo es todo para él.

—Tal vez su precioso hijo lo signifique todo para él. Su esposa también, por lo que sé. Pero Thea seguro que no está incluida bajo ese paraguas de afecto. —Me burlé—. Ah, y para que conste, el último regalo que le dio su madre fue el maldito rastreador que usaron para encontrarla y llevarla a casa. Eso fue hace cinco años. —Caleb se pasó una mano por su pelo corto y me miró como si estuviera reflexionando sobre mis palabras—. Mierda —dije—. Sabes que su hermanastro la drogó en el club. ¿Realmente crees que no haría algo peor cuando la llevara a

casa?

Con eso, procedí a contarle a mi hermano todo lo que ella me había dicho. Cuanto más hablaba, más caminaba de un lado a otro como un león enjaulado. Su ira creció hasta igualar la mía.

—Mierda —dijo cuando terminé—. ¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Nunca me diste la oportunidad. —Miré de nuevo hacia el club, ansioso por volver con Thea. Ya había estado fuera demasiado tiempo, y cuando me fui, me había lanzado una mirada abatida y exhausta—. ¿Entras? —le pregunté a Caleb.

Asintió. —Como dijiste, Thea podría saber dónde se han llevado a Cherrie. —Me dio una palmada en el hombro y entró en el club.

Se me hizo un nudo en la garganta al saber que, por fin, mi hermano de sangre estaba de mi lado. Volví al bar con un destello de esperanza creciendo dentro de mí y deseé ver ese mismo destello que a menudo aparecía en los ojos de Thea cuando me miraba. Pero cuando Caleb abrió la puerta, todo lo que vi fue desesperación y rabia. Bono tenía a Thea atrapada en sus brazos, mientras Lucky y Jameson observaban.

—¿QUÉ COÑO ESTÁ PASANDO? —rugí, cargando hacia ellos. Bono soltó a Thea en el instante que me vio, y ella cayó al suelo. Si hubiera sido cualquier otro hijo de puta, lo habría derribado.

Thea se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta. —Thea, espera —la llamé, persiguiéndola.

Gruñendo, se dio la vuelta y parecía que iba a golpearme en la cara. —¿Sabías lo de Cherrie todo este tiempo? ¿Es eso lo que no me estabas diciendo en el coche? —Se acercó de nuevo a la puerta, pero la agarré para que me mirara—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo hemos perdido? ¿Lo que Daniel podría haber hecho ya? —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Hemos perdido tanto tiempo.

Capítulo Diecinueve

Thea

Las lágrimas en mis ojos nublaban mi visión, pero me quedé mirando el rostro perfecto de Cane. ¿Cómo pudo haberme ocultado que se habían llevado a Cherrie? Y Greg... Dios, si Greg moría, sería todo por mi culpa, sin importar lo que dijera Cane. Yo había traído a Daniel a su puerta. Yo había provocado que los secuestraran y lastimaran cuando solo me habían mostrado amabilidad.

Necesitaba irme. Tenía que llamar a Daniel y lograr que liberara a Cherrie a cambio de mí. Más que nada, necesitaba desesperadamente alejarme de Cane y reprimir cualquier sentimiento que estuviera creciendo dentro de mí.

Las náuseas subieron por mi estómago y amenazaron con expulsar lo poco que había comido de mi sándwich.

Parpadeé para alejar las lágrimas y miré la mano de Cane, que aún sujetaba con fuerza mi muñeca.

—Suéltame —dije, con la voz un poco más alta que un gruñido gutural.

La expresión de Cane se endureció.

—No voy a hacer eso.

—Ni siquiera me conoces. No valgo el sufrimiento de Cherrie.

Cane levantó mi cabeza con su mano fuerte.

—Basta. Te conozco. Sé lo mucho que te preocupas por Cherrie y lo que sacrificarías para mantenerla a salvo. Sé que eres única y nunca te dejaré ir.

El hombre a su lado se movió y atrajo mi atención por primera vez. Era unos centímetros más alto que Cane y más corpulento. Tenía el rostro afeitado y el pelo corto como el de Bono.

Notando mi mirada, Cane asintió en dirección al hombre.

—Thea —dijo con voz baja y calmada, como si le hablara a una niña asustada—. Este es mi hermano, Caleb.

Sacudí la cabeza e intenté expulsar mis emociones contradictorias. Caleb tenía los mismos ojos que Cane. Y ambos eran muy grandes y musculosos, pero ahí terminaba el parecido.

—Tienes que decirle que me deje ir —le supliqué a Caleb—. Eres el único con algo de sentido común. Llama a Tony y haz otro trato.

Sus ojos marrones profundos, tan parecidos a los de Cane, miraron a su hermano antes de volver a mí. Observó mi mejilla y cuello y gruñó.

—Cometí un error antes, y por eso lo siento, pero no es uno que volveré a cometer. Podemos recuperar a Cherrie y asegurarnos de que ambas estén a salvo.

Mi corazón se hundió al escuchar sus palabras. Era un tonto. Todos lo eran. Miré hacia la puerta. La impotencia ardía dentro de mí. No me atreví a mirar a Bono, Lucky o Jameson. Tenía demasiado miedo de encontrarme con más miradas condescendientes.

Volviéndome hacia Cane, sacudí mi mano en su agarre y solté un bufido.

—Puedes soltarme —dije, incapaz de mirarle a los ojos—. No voy a ir a ninguna parte.

Mi corazón latía con fuerza, pero me concentré en mantener todo bajo control. Seguro que no planeaba dar más espectáculo para estos imbéciles.

Ahora que mi atención ya no estaba fija en la salida, Cane soltó mi brazo. Inhalé profundamente por la nariz, enderecé los hombros y caminé con calma hacia el taburete del bar y los restos de mi sándwich. Con la espalda hacia los demás, me concentré en dar pequeños

mordiscos a mi comida y tragarla. Tenía la sensación de que necesitaría la energía en el tiempo por venir.

—Thea.

Me estremecí al sentir la mano de Cane en mi hombro y me la sacudí.

—Bono —dije, volviéndome hacia el otro hombre—. Me gustaría otra limonada, si no es molestia. Luego, supongo que tenemos que hablar sobre cómo vamos a recuperar a Cherrie.

—No hay problema —dijo Bono, interponiéndose entre Cane y yo—. Solo dale algo de tiempo —le oí decir en voz baja. Sentí la tensión en los cuerpos de los dos hombres detrás de mí y cerré los ojos, esperando que no se despedazaran entre ellos.

Contuve la respiración y esperé a ver qué pasaría.

—Cane —dijo Caleb inesperadamente—. Deberíamos llamar al hospital, ver cómo está Greg.

Cane respondió con un gruñido hasta que Bono lo guió con una mano hacia la puerta.

—Solo dale cinco minutos para procesar lo que está pasando y que se dé cuenta de que entregarse a cambio de Cherrie no es una opción sensata.

Rex anunció que volvería a monitorear las cámaras de seguridad para asegurarse de que no tuviéramos visitas sorpresa. Me quedé clavada en mi asiento. Rex, Lucky y Jameson se dirigieron hacia las escaleras traseras, y sentí que Cane, Caleb y Bono se acercaban cada vez más al pasillo y al exterior. No podía permitir que Cherrie sufriera más. El pensamiento me secó la boca y me provocó una extraña opresión en el pecho. Tenía que escapar. Ahora.

Sin mover la cabeza, examiné el área en busca de una posible salida. Esto era un club, por el amor de Dios. Habría salidas de emergencia por todas partes. Mi corazón latía con fuerza y mi cabeza retumbaba mientras consideraba mis opciones. Necesitaba irme, salir de aquí. Antes de que Cane volviera a mi lado. Antes de que perdiera el valor y cambiara de opinión.

Finalmente, divisé la salida que necesitaba. Salté del taburete y me lancé hacia las grandes puertas dobles, atravesándolas hacia el sol de media tarde.

Antes de que pudiera avanzar veinte pasos, un Lexus LS negro, que reconocí como perteneciente a Daniel, se detuvo bruscamente frente a mí. En el momento en que lo vi, supe que había cometido un gran error. Daniel nunca renunciaría a Cherrie si ya tenía lo que quería a cambio: a mí.

Todo se movía en cámara lenta, como si estuviera atrapada entre un latido y otro. Daniel abrió la puerta trasera de la limusina y salió del coche. Otro hombre al que reconocí como Phillip, que trabajaba para mi padrastro, saltó del asiento del conductor. Daniel me miró con una sonrisa conocedora. Se arregló los puños y entrecerró los ojos bajo el sol mientras Phillip saltaba sobre el capó del coche para alcanzarme.

—Es un placer volver a verte, Thea —dijo Daniel—. Gracias por facilitarnos las cosas. Creo que ya has causado demasiados problemas. ¿No estás de acuerdo?

Dos SUVs negros se detuvieron detrás de ellos y diez hombres más saltaron de su interior. Mi mirada iba de los hombres a Daniel. Apenas oí a Cane gritar mi nombre. La nota de preocupación en su voz.

—He dicho, ¿no estás de acuerdo? Parece que tus modales se han vuelto laxos durante nuestro tiempo separados.

—Por favor, perdóname, Daniel. Sí, estoy de acuerdo. He causado demasiados problemas y estoy lista para volver a casa —tragué saliva para calmar mis nervios—. Por favor, ¿sería posible permitir que Cherrie haga lo mismo? Tiene familia y amigos que están muy preocupados por ella.

—Como nosotros hemos estado preocupados por ti —inclinó la cabeza hacia un lado como si pensara antes de colocar un dedo sobre sus labios—. Como sus amigos retrasaron nuestro reencuentro, y noto que te están devolviendo en un estado mucho peor del que te dejé, quizás puedan esperar un poco más antes de que su amiga regrese.

Phillip apuntó un arma a mi cabeza.

—No me hagas matar a una perra tan hermosa —le dijo a Cane y a los demás, cuya presencia sentía a unos metros detrás de mí—. Sería una lástima, ¿no crees?

—Aléjate de ella, maldita sea —gruñó Cane.

Mis piernas casi cedieron bajo mi peso. Había sido una tonta. Otra vez. Realmente era más problema de lo que valía. Las lágrimas amenazaban mis ojos y mi interior me gritaba que corriera, pero lo único que importaba ahora era irme con Daniel y lograr que liberara a Cherrie ilesa. Sin importar lo que eso significara para mí.

Sin arriesgarme a mirar atrás, mantuve mis ojos fijos en Daniel.

—Cherrie será devuelta pronto —dije lo suficientemente alto para que todos oyeran—. Daniel ha dicho que la devolverá, y él es un hombre de palabra —parpadeé y contuve un sollozo. No había mentido, cuando Daniel daba su palabra de que haría algo, lo cumplía. Solo esperaba que desafiar su honor de esta manera lo incitara a darla—. ¿No es así, Daniel?

Levantó una ceja, pero confirmó que así era.

—Desde este momento, te doy mi palabra de que Cherrie no será lastimada —cerré los ojos con fuerza ante esta respuesta, preocupada por lo que podría significar que ya le había hecho. Daniel continuó—: Será tratada bien durante el resto de su estancia conmigo y se les devolverá en dos días.

Caleb gruñó.

—Libérala ahora.

—Creo que no. No queríamos que nadie se sintiera estafado en este acuerdo. Una vida por una vida —dijo, y supe que creía que Greg ya estaba muerto o que sucumbiría a sus heridas. También sabía sobre Jacob—. Un inconveniente de dos días por un inconveniente de dos días.

Phillip dio otro paso hacia mí, y Cane le dijo que se alejara de una puta vez. Aunque no me había girado para mirarlo, imaginé la tensión inundando su cuerpo.

—No —dijo Phillip—. Ella vendrá con nosotros. Algo me dice que significa más para ti viva que para mí.

Cane proyectó su voz más allá de Phillip y se dirigió a Daniel.

—¿Me estás diciendo que estás de acuerdo con que este imbécil le dispare a Thea en la cabeza? —dijo—. Me parece que si ella estuviera muerta, todo lo que has hecho sería en vano.

Daniel sonrió.

—Tienes razón. Ninguno de estos hombres mataría a Thea.

—Pero tú sí lo harías, maldito.

—No con una bala en la cabeza.

El aire se agitó y por primera vez, me arriesgué a mirar atrás. Cane avanzó, con el cuello tenso y a punto de estallar. Caleb puso una mano restrictiva en su brazo.

—Si ella no está en el coche en el próximo minuto, dispárale en el brazo. Si alguno de estos caballeros se mueve, dispárale en el otro brazo —Daniel volvió su atención de Phillip a Cane—. A menudo encuentro que el dolor y el miedo son más efectivos para conseguir lo que quiero que la amenaza de muerte. Es sorprendente lo que la gente hará si los rompes pieza por pieza. ¿No es así, Thea?

Cerré los puños, con el cuerpo tenso y el corazón latiendo con fuerza, inundando mis

oídos con su pulso.

—Sí, Daniel —dije y me acerqué al coche, esperando sonar más valiente de lo que me sentía.

—Ahora, caballeros, si nos disculpan, tenemos una reunión familiar a la que asistir. Estoy seguro de que lo entienden —con eso, me senté en la parte trasera del Lexus, cerrando mis oídos y mi corazón a todo y a todos fuera del coche, para evitar que mis sentimientos me quebraran.

Daniel se unió a mí. Me tomó la mano y la atrajo sobre el compartimento divisorio que separaba el asiento trasero en dos partes.

—Te he echado terriblemente de menos —dijo—. Ojalá no hubieras decidido huir.

—Yo también te he echado de menos, Daniel —respondí mecánicamente—. Siento haberte causado tantos problemas.

Deslizó sus dedos sobre mi palma y muñeca en suaves círculos.

—No te preocupes, estoy seguro de que me lo compensarás.

Cuando Phillip entró en el coche y se alejó de Cane y el club, el mundo a mi alrededor se volvió una nebulosa borrosa. Mi estómago se revolvió y una sensación pesada veló mi cabeza en una oscuridad opresiva. Respiré hondo y parpadeé intentando no desmayarme.

—¿No te encuentras bien, querida? —preguntó Daniel. Quería mirar atrás para ver el rostro perfecto de Cane una última vez, pero me resistí, sabiendo que nunca podría permitir que Daniel viera cuánto me importaba.

—Solo tengo hambre. No he comido mucho hoy. Gracias por preguntar.

Soltó mi mano y presionó un botón, levantando la pequeña mesa que formaba parte del compartimento divisorio, luego abrió el compartimento y sacó dos vasos y una licorera de whisky.

—Podemos hacer que te traigan algo de comer cuando volvamos a casa. Como dijo Madre, no queríamos que perdieras esas encantadoras curvas. Hasta entonces, esto debería bastar.

Tomé el vaso que me ofrecía y di un sorbo a su contenido.

—Gracias, Daniel.

Él bebió del suyo y miró por la ventana mientras yo miraba al frente.

—Dime —dijo después de un momento—. ¿Quién es Cane Landon y cuál ha sido tu relación con él estos dos últimos días? Parece bastante protector contigo.

Intenté calmar los latidos de mi corazón y el miedo que corría por mis venas.

—Su cabaña era solo un lugar apartado donde me quedé por poco tiempo. Después de mi experiencia con la ketamina, me vio como una niña a la que necesitaba proteger y mantener a salvo.

—¿Estás segura de que no hubo nada más?

—Sí, Daniel. Ni siquiera sabía su apellido hasta que tú me lo has dicho ahora.

—Es bueno saberlo. Aunque odiaría pensar que me estás mintiendo, Thea.

—Nunca te mentaría, Daniel. —Di otro sorbo de whisky. Era suave y dulce, y se deslizó fácilmente por mi garganta. El único sonido era el hipnótico zumbido ligero del motor y el suave ronroneo de los neumáticos—. ¿Puedo hacerte una pregunta, por favor?

Daniel dejó su vaso y me miró con sus propias preguntas ardiendo en sus ojos.

—Por supuesto.

Mi mano voló a mi cuello y a los moretones que sabía que descansaban allí.

—Jacob me violó. Yo lo maté. —Tragué el nudo que se formaba en mi garganta y di otro

sorbo de mi vaso. Daniel se tensó ante mis palabras y su rostro se crispó de ira, pero tragué mi miedo y continué con mi mentira, sabiendo que si Daniel me forzaba él mismo y se daba cuenta de que no era virgen, culpar a Jacob sería mi única esperanza de evitar una sesión—. ¿Por qué dejaste que me hiciera daño? —pregunté.

Daniel colocó su vaso firmemente sobre la mesa y respiró hondo.

—No lo hice. —Sus palabras fueron cortantes y sus fosas nasales se dilataron—. Lo habría matado yo mismo si hubiera sabido que te tocó.

Las lágrimas surcaban mi rostro. Daniel se inclinó sobre la división y me quitó el vaso antes de sostener mi mano con fuerza. Me limpié las lágrimas que me quemaban la piel e intenté detener el pánico crudo que crecía en mi interior. Mi única opción era quedarme quieta. Ya había mostrado demasiada emoción, arriesgado demasiadas palabras.

Cuando habló, su tono pretendía ser tranquilizador. No funcionó.

—Siento que hayas tenido que soportar semejante calvario. Debe haber sido terriblemente angustioso. Quería recogerte yo mismo, pero Padre insistió en lo contrario. Cometió un error al enviar a Tony. Siempre te ha codiciado.

—Él dijo que a ti no te importaba mi condición.

—Ah, entonces tengo que admitir que parte de la culpa recae sobre mis hombros. Me preocupaba que esos brutos te hubieran hecho daño de alguna manera e instruí a Jacob para que te trajera de vuelta sin importar tu condición. Él tergiversó mis palabras para su propio beneficio. Por eso me disculpo, hablaré más claramente en el futuro.

—Gracias, Daniel.

—Aunque espero que te des cuenta de que, al huir, gran parte de la culpa recae sobre tus hombros. Jacob nunca habría sido enviado a recogerte si te hubieras quedado en casa.

—Sí, Daniel. Lo sé. Lo siento.

Sirvió más whisky en nuestras copas y me devolvió la mía. —Entonces todo queda perdonado por ambas partes, y podemos dejar atrás este terrible sufrimiento. —Daniel se giró y miró por su ventana. Me arriesgué a hacer lo mismo y observé cómo los edificios desaparecían y las montañas nos rodeaban. —Debes saber —dijo Daniel después de un rato— que he hablado con madre y padre y hemos acordado que lo mejor es que te mudes conmigo a la casa de la piscina. Me he tomado la libertad de hacer trasladar tus pertenencias, pero me temo que estaremos un poco apretados. Tal vez en unas semanas, cuando te sientas más tú misma, podamos buscar un lugar propio.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y el whisky se volvió áspero con el sabor amargo que me subió por la garganta. Temblaba por dentro, pero por fuera mantuve un tono neutral. —Sí, Daniel —dije.

Capítulo Veinte

Cane

La ira rugía dentro de mí y dejé escapar un alarido de pura agonía cuando Thea se sentó en el coche de Dan y cerró la puerta. Con el corazón latiéndome en los oídos y los nudillos apretados, me lancé hacia adelante solo para ser retenido por una fuerza invisible.

Sin pensar, me di la vuelta y lancé un gancho de derecha, fallando mi objetivo por meros milímetros.

Caleb reaccionó en un abrir y cerrar de ojos y me agarró en un abrazo de oso gigante, levantándose fácilmente del suelo a pesar de mi alta estatura y fuerza salvaje.

—Está viva —gritó Caleb. Me retorcí en sus brazos—. Concéntrate en eso. Mientras esté viva, hay esperanza.

—Suéltame, Caleb —gruñí.

—Maldita sea, Cane. No me pelees aquí. Sé por lo que estás pasando. Sé que necesitas desesperadamente alcanzarla y mantenerla a salvo. Pero si cargas como un toro en una tienda de porcelana, estás muerto. Te disparará y ¿dónde estarás entonces?

Dejé de luchar contra el agarre de hierro de Caleb y lo miré a los ojos. No era la primera vez que notaba la angustia bajo su superficie. Decir que las cosas habían estado jodidamente tensas entre nosotros últimamente sería quedarse corto. Un vacío envolvía a Caleb en un mundo de oscuridad desde que Amber se fue. Había estado furioso durante días, desesperado por encontrarla, por alcanzarla. Ahora lo entendía. La desesperación rugía bajo mi propia superficie, y mi pecho se sentía como si se estuviera derrumbando sobre sí mismo.

Apagué el fuego que ardía dentro de mí y miré al cabrón que ahora estaba de pie con su arma apuntándome. Su cara estaba enrojecida de diversión.

—Ya veremos qué tan gracioso te parece todo la próxima vez que nos encontremos —dije mientras Caleb me soltaba.

Miró hacia los diez hombres que avanzaban hacia nosotros y se rio.

—Dudo que haya una próxima vez.

Saltó al asiento del conductor y el coche se alejó. Deseé con toda mi alma poder ver dentro y ver la expresión en la cara de Thea, dejar que ella viera la mía y supiera que iba a por ella, pero las ventanas tintadas de negro bloqueaban mi vista.

Los diez hombres avanzaron, pareciendo un montón de malditos dandis en trajes Armani, con músculos contruidos con esteroides y no con trabajo duro. El más cercano balanceó los brazos y se crujió el cuello de lado a lado, preparándose para una maldita pelea como una especie de boxeador en el ring.

—¿Vosotros, cabrones, vais armados? —preguntó Caleb.

—Nah, ¿quién las necesita? —dijo un rubio corpulento mientras se tronaba los nudillos.

—Vosotros —dijo Caleb, con tono plano, antes de lanzarse hacia adelante.

Mis hermanos y yo hicimos lo mismo. Me lancé hacia el cabrón rubio. El tiempo pareció ralentizarse. Una suave brisa llevaba una bolsa de patatas vacía por el suelo. El débil sonido del tráfico zumbaba en el fondo, flotando en el aire desde las calles cercanas.

Un breve destello de preocupación cruzó la cara del rubio antes de que mi puño la encontrara con un satisfactorio golpe seco.

El cabrón cayó al suelo e intentó levantarse, pero fue demasiado lento.

Le di una patada, asestando un golpe demoledor en el estómago.

Un segundo después, algún otro cabrón apuntó su puño a mi cabeza.

Me agaché y planté un gancho de derecha en sus costillas, y un segundo en su cabeza, dejándolo inconsciente.

En los dos segundos que le tomó al rubio ponerse de pie, noté que mis hermanos estaban enfrentados con los otros dandis, y que Caleb tenía a uno contra la pared y parecía estar haciéndole preguntas.

El rubio golpeó duro y rápido con su puño, echando mi cabeza hacia atrás con la fuerza del golpe y sacando sangre de mi labio partido. Me la limpié con el dorso de la mano y lancé una barrida con la pierna.

El muy cabrón la esquivó, pero lo seguí con una rodilla en sus pelotas.

Le agarré la cabeza y lo tiré al suelo. Luego la agarré de nuevo, completamente listo para romperle el maldito cuello.

—Espera —dijo Caleb y puso una mano sobre mi hombro para contenerme—. Necesitamos a uno de los cabrones consciente para saber dónde se han llevado a Thea y a Cherrie.

Escaneé el área y encontré a todos mis hermanos a salvo. El resto de los malditos dandis estaban inconscientes en el suelo, habiendo sido despachados rápidamente por mis hermanos. El sabor metálico de la sangre flotaba en el aire mientras se filtraba en el asfalto y brillaba carmesí bajo la luz brillante del sol.

—¿Qué mierda pasó con el tipo al que estabas interrogando?

Caleb se encogió de hombros.

—Lo golpeé demasiado fuerte.

Sacudí la cabeza.

—Necesitamos llamar al resto de nuestros hermanos y a un equipo de limpieza —dije antes de volverme hacia el rubio—. Supongo que este es tu puto día de suerte.

Capítulo Veintiuno

Thea

Llegamos a casa alrededor de las siete de la tarde. Los muros, las verjas y el bosque circundante nos aislaban de nuestros vecinos más cercanos y me hacían sentir más aislada de lo que había estado en la cabaña de Cane.

Esperé en el coche cuando se detuvo en el patio, demasiado entumecida para moverme.

—Thea —dijo Daniel y me ofreció su mano. La tomé y me sacó fuera.

Nadie más me recibió a mi llegada. Entrelazó mi brazo con el suyo y me llevó a la casa de la piscina. La luz estaba encendida en la cocina de la residencia principal, pero me resistí a girarme para ver si había alguien dentro. Sin poder mirar tampoco a la casa de la piscina, concentré todos mis pensamientos en la piscina y el paddock más allá. El agua ondulaba con la suave brisa y la iluminación artificial del jardín moteaba su superficie. El aroma a cloro y paja flotaba en el aire junto con la dulce fragancia aromática de las petunias. Un caballo en el establo al otro lado del paddock relinchó. Otra parte de los terrenos a la que tenía prohibido ir. Un caballo podría ser fácilmente utilizado como medio de escape.

—Es una noche tan hermosa —dijo Daniel—. No podrías haber elegido una mejor noche para volver con nosotros. —Daniel me dio unas palmaditas en el brazo mientras caminábamos, como si me estuviera trayendo a casa después de una estancia en un hospital mental y no como una prisionera cautiva—. Es encantador, ¿no crees?

—Sí, Daniel. Aunque tengo frío.

—Estarás más caliente dentro. —Me condujo al interior de la casa de la piscina.

Como nunca había estado dentro antes, observé los muebles por primera vez. Todo estaba prístino y ordenado. Dos sofás de cuero blanco se enfrentaban en el centro de la habitación con cojines rojos encima. A juego con las cortinas que cubrían la ventana. Una pequeña mesa circular de cristal estaba a un lado con un jarrón de rosas encima, y dos sillas frente a ella.

Daniel señaló la puerta de la derecha. —El dormitorio y el baño se encuentran por ahí. Quizás te gustaría refrescarte, ducharte y cambiarte mientras informo a nuestros padres de tu regreso y organizo una cena.

—Eso sería encantador. Gracias, Daniel.

Mi corazón latía como si intentara escapar. Deseaba que mis pies se movieran tan rápido y siguieran el ejemplo, pero estaban pegados al suelo. Me sentía como si estuviera en el ojo de una tormenta y un huracán rugiera fuera, preparándose para arrancarme del suelo y lanzarme como una muñeca de trapo.

Se detuvo en la puerta. —Me tomé la libertad de dejar algo de ropa sobre la cama, asegúrate de ponértela. Y recógete el pelo.

Me estremecí cuando la puerta se cerró con un clic y me dejó sola en la habitación. Un terror helado, más frío que el nitrógeno líquido, se aferró a mi corazón. Daniel se había ido, pero yo permanecía clavada en el sitio. Un sollozo ahogado escapó de mis labios y mis manos se apresuraron a detenerlo. Me agarré el estómago y me dirigí al dormitorio como en trance. Sobre la cama estaba la lencería roja que Daniel me había comprado para mi cumpleaños y un corto vestido de cóctel negro.

Quería gritar y hacerlo pedazos, pero sabía que si hacía algo que no fuera lo que Daniel pedía, consideraría todos los tratos cancelados y lastimaría a Cherrie. En su lugar, me duché, me

vestí y me peiné como me indicó antes de volver a la sala de estar donde encontré a Daniel esperando.

—Te ves preciosa —dijo y levantó una copa de champán que burbujeaba y estallaba como si acabara de ser servida.

Me sentía casi desnuda ante él con el escote bajo del vestido. Daniel sonrió y me entregó una copa. Di un sorbo antes de beberla entera, sin registrar el sabor. Me la quitó.

—Ve más despacio. —Me tocó la mejilla y colocó su mano en la parte posterior de mi cuello, usándola para guiarme a la mesa. Después de empujarme hacia abajo en la silla, noté las esposas atadas a ella por primera vez.

Mis ojos saltaron de la silla a Daniel. —No, Daniel, por favor —dije.

Levantó mi barbilla y giró mi cabeza para que lo mirara. —Me mentiste. Eres una chica mala y las chicas malas necesitan ser castigadas.

—No lo he hecho. Lo prometo. Nunca te mentaría.

—Oh, Thea. Eres una decepción tan grande. Todavía puedo olerlo en ti.

Capítulo Veintidós

Thea

Me agité. Una luz brillante lamía el borde de mi conciencia. Me dolía el pecho y tenía la cabeza y las muñecas adoloridas como si ambas estuvieran magulladas. El frío del suelo de piedra se filtraba en mis huesos a través de la paja esparcida encima. Me drenaba la energía y confundía mis pensamientos. Por el aroma terroso del estiércol y el olor distintivo del cuero, supe que estaba en el establo antes de abrir los ojos. El suave relincho de un caballo cercano confirmó mis sospechas.

Permanecí inmóvil, sin querer moverme hasta tener una mejor comprensión de mi situación. Agucé el oído, vagamente consciente del suave murmullo de voces en la distancia, pero por más que me esforzara, no lograba entender las palabras que decían.

Recordaba estar en el coche de camino a casa con Daniel, pero después de eso, todos mis pensamientos estaban confusos. Recordaba la ropa. El champán. La silla.

Me tensé y contuve la respiración. El miedo pulsaba a través de mí y las lágrimas brotaron en mis ojos. Tenía demasiado miedo para abrirlos o mostrar alguna señal de estar despierta. Si Daniel me veía, me lastimaría de nuevo. Pero nada tenía sentido. Aunque el alivio de no estar aún en la silla me invadió, pronto fue reemplazado por otro pensamiento. Daniel nunca me había llevado a los establos antes, pero tampoco me había llevado a la casa de la piscina.

Cuando finalmente encontré el valor para abrir los ojos, la habitación de madera con un frente enrejado confirmó mi ubicación. El cubículo era estándar, de tres metros y medio por tres metros y medio. Paneles de madera se extendían hasta el techo en tres lados. El cuarto contenía una amplia puerta de establo con una valla de hierro encima.

Sintiendo la mordedura del frío contra mis piernas desnudas, estiré la mano e intenté bajar mi falda, pero era demasiado corta. Me obligué a ponerme de pie y reprimí la bilis que subía por mi garganta mientras luchaba contra las náuseas que se agitaban en mi estómago. Con piernas inestables, me tambaleé hacia los barrotes de hierro.

No había mucho que ver a través de los barrotes, aparte de las herramientas estándar que esperarías encontrar en un granero. Ninguna estaba al alcance, pero noté que mi cubículo era uno de varios que se alineaban en un lado de un gran establo. La puerta en el extremo más alejado estaba abierta, permitiendo la entrada de una brisa nocturna que removía el polvo y rastros de pelo de caballo.

Eran alrededor de las siete cuando había regresado con Daniel y la luz se estaba desvaneciendo, pero ahora, un cielo nocturno saludaba mi mirada.

Las voces distantes se detuvieron, y el silencio casi total me inquietó. Aunque me resistía a hacer ruido, agarré los barrotes con ambas manos y los sacudí para probar su fuerza.

—Hola —una voz me sobresaltó, y me quedé paralizada sin poder responder—. Hola, Thea —dijo de nuevo, y mi corazón se elevó cuando me di cuenta de que era Cherrie.

—Cherrie, ¿estás bien? —pregunté.

El suave crujido del heno acompañó el sonido de movimiento desde un cubículo a mi izquierda. —Gracias a Dios que estás viva. Cuando te trajeron, no podía estar segura.

Inspiré profundamente. Estaba viva, por cualquier milagro que me hubiera salvado esta vez. —¿Te... te ha hecho daño Daniel? —pregunté—. ¿Te... te puso en la silla? —Su silencio fue toda la respuesta que necesitaba. Apoyé la cabeza contra los barrotes y cerré los ojos con fuerza.

—¿Eso es lo que te hizo a ti? —preguntó después de un momento.

—Sí.

Abrí los ojos. Su pálida mano agarraba los barrotes del cubículo contiguo antes de que su cabeza apareciera junto a ella. Solo podía verlos en el borde de mi visión, y la vista no era lo suficientemente clara para leer su rostro.

—¿Está vivo Greg?

—Estaba vivo la última vez que supe, pero Lucky dijo que era incierto si lo lograría. Lo siento mucho.

—Lo logrará —dijo, y no pude evitar admirar la certeza en su voz—. ¿Y tú? ¿Cómo lo estás llevando?

Solté una risa ahogada. —He tenido mejores días, pero también peores. ¿Y tú?

Cherrie suspiró. —Igual.

Presioné mi cabeza contra los barrotes, desesperada por verla mejor. Era una chica dura, pero la tensión en su voz me hizo creer que estaba más herida de lo que dejaba ver. El breve vistazo que pude captar me mostró que su piel estaba pálida, su cabello rosa estaba aplastado y pegado a su cabeza, y círculos oscuros rodeaban sus ojos, dándole una apariencia demacrada.

—Daniel ha prometido no hacerte más daño —dije como una forma de ofrecerle a Cherrie algo de esperanza—. Te liberarán en dos días. La misma cantidad de tiempo que Cane me mantuvo alejada de Daniel.

Al mencionar su nombre, mi visión se nubló, y por primera vez, me preocupé de que pudiera estar muerto. Que los hombres de Tony lo hubieran matado.

Las paredes se cerraron a mi alrededor. El polvo en el aire era demasiado espeso y mi respiración se dificultaba en mi pecho. Dejé caer la cabeza contra los fríos barrotes de la puerta. El mareo amenazaba con vencerme, y lágrimas silenciosas corrían por mis mejillas, aunque me preguntaba cómo aún tenía capacidad para llorar.

—¿Le crees? —preguntó Cherrie, sacándome de mis pensamientos.

—Dio su palabra.

—¿Y tú? —murmuró Cherrie.

—¿Yo? Estaré aquí hasta el día que muera.

—Lo cual podría ser más pronto de lo que crees. —Mi boca se abrió en un grito silencioso al escuchar la voz de Daniel. Llevaba otra copa de champán y dio un sorbo. Phillip caminaba a su lado.

—No te saldrás con la tuya —dijo Cherrie, sonando más valiente de lo que yo me sentía.

—¿En serio? —Daniel agitó las manos en el aire como para demostrar que no había nadie alrededor—. ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tu encantador marido?

—Maldito hijo de puta. —Su voz se quebró al pronunciar las palabras y mi interior se quebró con ella.

—Cuida tu lenguaje —dijo Daniel—. Di mi palabra de no hacerte daño, pero Phillip no está bajo tal juramento.

Mi temperatura se disparó y una nueva valentía me invadió. —No. Prometiste que Cherrie no sería lastimada. Que sería tratada bien durante el resto de su estancia. Cada miembro de esta casa está obligado por esa promesa.

Phillip se burló y torció la boca en una sonrisa desagradable. Luego alcanzó un cepillo de jardín en la pared opuesta y lo hizo girar en sus manos. —¿Eso crees?

Daniel lo miró antes de volverse hacia mí. Me mantuve firme, negándome a flaquear bajo su mirada. —Thea tiene razón —dijo, después de un momento—. Un desliz de mi lengua y un

descuido de mi parte, pero una promesa es una promesa.

Arrojó su copa al suelo, haciendo un ruido estridente que atravesó el aire nocturno. Daniel tomó el cepillo de Phillip y lo pasó por los barrotes de mi establo. Me estremecí ante el estruendo de la madera contra el metal. Lo retiró y lo balanceó contra los barrotes frente a mí. Golpeó con tanta fuerza que se partió en dos. Retrocedí y me encogí en el suelo, protegiendo mi cabeza para evitar las astillas que volaron en mi dirección.

—No hice tal promesa sobre ti, ¿verdad, Thea?

Cherrie encontró su voz mientras la mía me había abandonado. —Si la tocas, te arrancaré la puta garganta.

—Tan valiente —dijo Daniel—. Para alguien tan vulnerable. —Dejó caer los restos del cepillo y se enderezó los puños—. Ahora, esto es lo que vamos a hacer. Thea necesita una lección sobre cómo comportarse adecuadamente. —Juntó los dedos como si estuviera pensando—. Estoy seguro de que puedo extender las sesiones necesarias para abarcar dos días. Cherrie, como prometí, permanecerá intacta. Pero se quedará donde está, completamente capaz de escuchar todo lo que suceda. Cuando los dos días terminen, será libre de irse y contarle a Cane Landon exactamente lo que te hice.

Su mirada se clavó en la mía en sus últimas palabras. Me puse de pie e intenté parecer desafiante. Lo que fuera a hacer iba a suceder. Él sabía sobre Cane y yo, y finalmente había decidido que ya no le era útil. Ya era hora, en lo que a mí respectaba.

—¿Y Thea? —preguntó Cherrie como si la respuesta no fuera obvia.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y se volvió hacia su establo. —Aún no he decidido su destino final. Pero ten por seguro que Thea no estará en condiciones de ir a ninguna parte.

Intenté mantener la calma ante sus palabras, pero mi interior rogaba que me dejara morir, y mi corazón retumbaba, y mi estómago se revolvía ante la posibilidad de lo que podría hacerme durante la estancia de Cherrie. Después... Mis piernas amenazaban con doblarse bajo mi peso, pero por esta vez, estaba decidida a no darle la satisfacción de verme desmoronar.

—Aléjate de ella, enfermo de mierda —gritó Cherrie, pero su voz resonó con la desesperanza de nuestra situación.

—Trae refrescos para nuestra invitada y para mí —le dijo Daniel a Phillip—. Le espera una larga noche, y odiaría que se perdiera algo. Y tráeme la silla de mi casa de la piscina.

Se paró al otro lado de la cerca. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío con solo los barrotes entre nosotros. Sin previo aviso, alcanzó a través de los barrotes y me agarró del pelo, tirando de mí hacia adelante. El lado de mi cara se presionó contra los barrotes. A pesar de mí misma, gemí mientras Cherrie le gritaba que se detuviera. Si acaso, me acercó aún más. Pensé que mi cabeza explotaría por la presión.

—Creí que golpear a una mujer de esta manera estaba por debajo de ti —siseé.

Cuando Daniel habló, su aliento era un susurro en mi mejilla. —Te traté como a una princesa —dijo—. Golpear a una dama de esta manera está por debajo de mí, pero tú no eres más que una sucia zorra. —Rozó sus labios contra mi frente—. No tienes idea de lo decepcionado que estoy contigo.

Me tiró del pelo hacia atrás y golpeó mi cabeza contra los barrotes. El dolor atravesó mi cráneo. Mi visión se nubló. Mi mejilla palpitaba y el sabor metálico de la sangre tiñó mis labios. Caí al suelo aturdida.

El chasquido de un candado precedió al sonido de una puerta que se abría. A través de mi aturdimiento, noté la oscura sombra de Daniel cerniéndose sobre mí, y luego sentí su bota en mi estómago. Me retorcí de dolor, pero sabía que Daniel se estaba conteniendo. La patada había sido

lo suficientemente fuerte para causarme un dolor indescriptible, pero lo bastante suave como para no provocar daños permanentes, aunque sus razones se me escaparon hasta que recordé que tenía que durar dos días.

Me agarró un puñado de pelo, me puso de pie y me estrelló contra la pared. Una mano rodeó mi garganta, inmovilizándome. Mis manos volaron a mi cuello. Intenté en vano aflojar sus dedos, apartarlo.

No podía respirar. No podía pensar.

Daniel sonrió, apartó el pelo de mi cara y acarició los arañazos que Jacob había dejado en mi mejilla, así como el moretón que cobraba vida debajo.

—Ruégame que pare. Prométeme que serás una buena chica. Dime lo poco que significa para ti Cane Landon. Quizás, juntos, a través del dolor, podamos hacerte pura de nuevo. Podemos empezar de cero.

Intenté no gemir mientras deslizaba su boca por mi mandíbula, hacia la mía, pero no pude evitar el sollozo que escapó de mis labios.

—No te oigo —lamió la sangre que brotaba de mis labios.

—Por favor, Daniel —mi voz salió como un áspero susurro.

Me tiró hacia adelante por el cuello, solo para estrellarme contra la pared de nuevo. —¿Por favor, qué? —Apretó todo su cuerpo contra el mío y deslizó una mano sobre mi pecho y por mi estómago. Mi piel se tensó y se erizó.

—Por favor, vete a la mierda y muérete.

Daniel se rio. El sonido fue tan frío como un cubo de hielo. —Me sorprende descubrir que me gusta esta nueva Thea rebelde. Quizás, después de todo, te mantenga cerca para usarte como juguete. Pero ten por seguro que pronto me estarás suplicando que pare.

Capítulo Veintitrés

Cane

Cerca de la medianoche, me encontraba al borde de la línea de árboles. La brisa fresca traía consigo el aroma característico de arce azucarero, abeto y petunias, despejando mis pensamientos. La luna colgaba alta en el cielo y proyectaba rayos plateados a lo largo del vasto camino frente a nosotros. El camino conducía a un maldito complejo, rodeado de muros y árboles, y vigilado por cámaras de circuito cerrado.

—¿Crees que podemos acabar con esos cabrones antes de que nos disparen? —preguntó Caleb, señalando con la cabeza a los dos guardias en la garita.

Otros patrullaban el perímetro exterior. Una seguridad excesiva incluso si la casa parecía una jodida mansión de Beverly Hills. Según la poca información que Rex obtuvo de Google Maps, el lugar tenía una gran residencia principal, lo que parecía ser una maldita casa de la piscina y dos graneros.

—¿Crees que Thea y Cherrie estén ambas ahí dentro? —preguntó Lucky.

Miré hacia los árboles detrás de nosotros, donde Jameson y Bono escoltaban a Rubio de vuelta con el resto de nuestros hermanos ocultos en el bosque. —Ese cabrón parece creer que sí.

Mierda. Más le valía tener razón. Había estado repasando los acontecimientos una y otra vez en mi cabeza, deseando haber hecho las cosas de manera diferente. Que Thea nunca se hubiera subido a ese maldito coche. Sacudí ese pensamiento de mi mente. Había cosas más importantes en las que concentrarse que en el "debería haber".

—¿Ya tienes un plan? —dijo Bono a su regreso.

Volví mi atención al camino y a los guardias, considerando las posibles formas de entrar. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Lo que quería hacer era correr directamente y arrancarle la cabeza a Dan, el cabrón, pero saber que si no me movía con la cabeza fría, estaría muerto y no le serviría de nada a Thea, me detuvo. —¿Qué tal si simplemente conduzco directamente hasta la maldita puerta?

—¿Qué? —dijeron Caleb y Bono al mismo tiempo.

—Miren bien. Puede que estemos cubiertos por árboles aquí y la casa esté rodeada de ellos, pero entre aquí y allá hay un campo abierto. —Señalé con la cabeza la luna gibosa que brillaba como un maldito faro e iluminaba todo el cielo—. No importa cuán silenciosos seamos, no hay esperanza de acercarnos a ellos sin ser detectados. No sin una distracción. Incluso si lo lográramos, esos muros son demasiado altos para que los escalemos sin equipo. La única entrada es por esas puertas.

—No sé —dijo Bono—. Los guardias no me parecen tan alerta. Creo que podríamos lograrlo.

—No lo están —estuve de acuerdo—. Pero ¿por qué correr el riesgo? Y eso aún deja los muros. Si conduzco directamente hacia la puerta, sus ojos estarán puestos en mí. Eso les dará a ustedes cinco la oportunidad de acercarse sigilosamente por detrás y neutralizarlos.

—Es un riesgo de la hostia. —Caleb se pasó las manos por la cabeza y miró fijamente la garita—. ¿Y si el hermano de Thea te ve venir y decide matarla?

—¿O a Cherrie? —añadió Lucky.

Lo pensé por un momento. Una certeza me invadió. A Dan le gustaba jugar. Le gustaba ver sufrir a la gente. —No lo hará —dije, sabiendo que era más probable que me torturara frente a Thea o... mierda... al revés. Solo pensar en él poniendo un dedo sobre ella hizo que un gruñido

brotara de mi pecho.

—Demonios, yo me apunto —dijo Rex—. Es mejor que quedarse aquí parados toda la noche.

Me volví hacia Caleb, quien negó con la cabeza. —Esto no me suena a un gran plan.

—Has estado callado —le dije a Jameson—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Jameson entrecerró los ojos mirando la casa y asintió. —Vamos con tu plan. Conduce hasta allí y pide hablar con el hermano de Thea. Nos escabulliremos detrás de los guardias de la garita e intentaremos neutralizarlos. Si fallamos, existe la posibilidad de que te lleven a donde quieres ir. Si actuamos ahora, los guardias del perímetro estarán en el otro lado del complejo. Después de quince minutos, el resto de los hermanos entrarán directamente al lugar y crearán el caos.

Le di una palmada en el hombro. —Quince minutos. —Sabiendo que Lucky era el cabrón más ruidoso del planeta cada vez que intentaba ser sigiloso, sugerí que volviera y les informara a los demás lo que habíamos decidido—. Pon tu reloj. Nos veremos al otro lado, hermano.

—Joder, claro que sí.

Lucky se dirigió de vuelta por el camino, y Caleb me miró directamente a los ojos como si estuviera tratando de leerme el alma o alguna mierda así. Después de un momento, dejó escapar un gran suspiro. —Está bien —dijo—. Hagamos esta mierda.

Me di la vuelta para seguir a Lucky y tomar el Jeep de Bono. En cinco minutos, estaba conduciendo directamente hacia la puerta y el hijo de puta que tenía a Thea. Tan pronto como los cabrones de la puerta me vieron, salieron, empuñando AK-47. Y toda su maldita atención estaba centrada en mí. Menos mal, porque una mirada rápida a mi izquierda reveló a mis hermanos deslizándose por el prado. Sus malditas chaquetas de cuero reflejaban la luz plateada de la luna.

Mi ira aumentaba a medida que me acercaba a la puerta, pero intenté reprimirla y concentré mi atención en los guardias. Como Jameson había predicho, los guardias del perímetro estaban fuera de vista al otro lado del complejo. Calculé que eso me daba alrededor de cinco minutos para atravesar la puerta o arriesgarme a que dieran la alarma.

Respirando profundamente, relajé mis músculos, detuve el Jeep y bajé la ventanilla. Uno de los guardias se acercó, con los ojos brillantes. El otro se quedó atrás y apuntó su AK-47 a mi cara, listo para disparar.

Apoyé mi brazo en la ventanilla abierta y plasté una sonrisa falsa en mi rostro.

—¿Cómo están, muchachos? —dije, resistiendo la tentación de llamarlos cabrones a la cara. Al menos por ahora.

El guardia hinchó el pecho, intentando parecer grande y duro, pero ambos sabíamos que yo podría aplastarlo con una sola mano.

—Esta es propiedad privada —dijo—. Dé la vuelta y váyase.

—Sé exactamente de quién es esta propiedad. Hazme un favor. Dile a Dan que Cane Landon está aquí para verlo.

Los dos guardias intercambiaron una mirada, mientras yo trataba de no reaccionar al movimiento que percibí detrás de ellos.

—El señor King no debe ser molestado en este momento —me dijo el que hablaba.

—Creo que querrá hablar conmigo. Soy amigo de Thea.

Al oír eso, dio un paso atrás y los guardias mantuvieron una conversación en susurros. Era evidente que ninguno de los dos quería ser el mensajero.

Mis fosas nasales se dilataron mientras me preguntaba qué significaba eso. Más les valía

que fuera porque Dan el cabrón solía disparar al mensajero y no porque no les gustaría lo que encontrarían si lo hacían. Puede que fueran escoria que trabajaba para un maldito narcotraficante y no lo pensarían dos veces si les ordenara matar a alguien, pero Dan era un enfermo de mierda especial, y estos tipos lo sabían.

—Fuera del coche. —Ambos tipos me apuntaron con sus armas y me indicaron que saliera.

—Tranquilos, muchachos. —Metí el brazo para abrir la puerta.

—Eh, ábrela desde fuera.

—Sin problema. —Alcancé la manija a través de la ventana abierta y, mientras lo hacía, Caleb le dio un puñetazo a uno de los cabrones en la cabeza y Bono puso al otro en una llave. Los guardias estaban en el suelo antes de saber qué los había golpeado.

Me arrodillé frente al cabrón que se estaba poniendo azul en el agarre de Bono.

—Dime dónde está Dan y no te mataremos.

Bono aflojó su agarre lo suficiente para que pudiera hablar.

—Él me matará.

Sonreí.

—No si yo lo mato primero.

—C-casa de la piscina.

—Gracias. —Caleb le dio un golpe en la cabeza y se apagó como una luz.

—Tú y tus manazas de oso —dijo Bono mientras levantaba al tipo y lo arrojaba en la parte trasera del Jeep.

Caleb se besó los nudillos mientras Jameson sacudía la cabeza como si estuviera lidiando con un montón de niños y agarró al segundo guardia.

Rex se quedó en la garita con uno de los AK-47 para esperar a nuestros hermanos. Bono agarró el segundo, y Jameson condujo el Jeep adentro y fuera de la vista. Por lo que los guardias del perímetro verían, no había pasado una mierda.

Noche clara. Luna brillante. No era el mejor momento para andar a escondidas.

Según Rubio, en cualquier momento dado, al menos diez hombres vigilaban la propiedad. Luego estaban Dan y su viejo. Podían estar en cualquier parte. Una parte de mí deseaba que todos los hermanos hubieran venido y asaltado el lugar. Pero no podía arriesgarme a que Dan se escapara con Thea.

La mayor parte del ruido se centraba alrededor de la casa, que estaba iluminada como un árbol de Navidad.

—Si Dan está en la casa de la piscina, es muy probable que Thea también esté allí —dijo Caleb mientras miraba hacia la parte trasera del edificio.

—A menos que la haya llevado directamente con sus padres —dije, o peor, al maldito sótano. ¡Mierda! Un escalofrío me recorrió y sentí el cuello tan pesado como una tonelada de ladrillos, y igual de sólido.

—La encontraremos —dijo Caleb. Asentí y solté un suspiro, antes de intentar ralentizar mi respiración.

Una rama de árbol crujió con el viento, haciendo que mis ojos volaran en esa dirección. Estaba más nervioso que Thea la primera noche que la conocí en el bar.

—Empezamos por la casa de la piscina —dije, sabiendo por la certeza que ardía en mi garganta, que Thea estaría donde fuera que estuviera Dan. Tendría algo especial planeado para su primera noche de vuelta.

Con el hombro contra la pared, bordeamos el edificio principal, teniendo cuidado de

mantenernos en las sombras. Vacilé. El área alrededor de la piscina estaba abierta y había poca cobertura en el camino desde la casa. Un mal presentimiento me retorció las entrañas y me desgarró el corazón.

—¿Todo bien? —preguntó Caleb a mi lado.

—Thea está en problemas —dije—. Lo siento en los huesos.

—Entonces, ¿qué coño estamos esperando? —gruñó—. Vamos.

Respiré hondo y enterré mis miedos en lo profundo de mis entrañas. No le servían de nada a nadie si salían a la superficie.

Miré hacia atrás a Bono y Jameson y les indiqué que se movieran con un gesto de la cabeza. Una sensación de inquietud se abrió paso bajo mi piel. Nos movimos como espectros a través de las sombras y nos acercamos a la casa de la piscina.

Con cada nervio picándome por golpear algo, me asomé por los grandes ventanales del patio. Jodidamente vacío. Probé la puerta para estar seguro y entré cuando la encontré abierta.

Mis hermanos me siguieron. Sofás de cuero blanco gélido se enfrentaban rígidamente sobre un suelo de mármol. Un televisor de plasma de sesenta pulgadas colgaba de la pared. Todo el lugar apestaba a Dan, el cabrón baboso. Lo único fuera de lugar era el jarrón volcado sobre una mesa redonda de cristal.

Caleb se acercó para examinarlo.

—¿Crees que esto es una señal de que Thea estuvo aquí y opuso algún tipo de resistencia? —preguntó mientras miraba las rosas derramadas sobre la mesa y el suelo. El agua se había acumulado en el suelo y Caleb se arrodilló junto a ella.

—Joder. —Extendió la mano y agarró la silla.

La sangre me palpitaba en los oídos y mi corazón se aceleró. Había esposas unidas a sus brazos y piernas como para inmovilizar a alguien. Para inmovilizar a Thea.

—Tenemos que encontrarla. Ya —la rabia burbujeaba dentro de mí a punto de estallar.

Bono se aclaró la garganta desde el otro lado de la habitación. —Su ropa está en el dormitorio —dijo, y me apresuré a ir. En efecto, doblados en una pila ordenada al pie de la cama estaban los vaqueros y la camiseta holgada que llevaba puesta.

—Alguien viene hacia acá —dijo Jameson.

—Bien. Tal vez él tenga algunas putas respuestas —miré por la ventana y mi temperatura se disparó. Era el cabrón que le había apuntado con una pistola a la cabeza de Thea.

Apreté los puños, cada centímetro de mi cuerpo listo para arremeter, pero Jameson me puso una mano en el pecho. —Lleva una bandeja con comida —dijo—. Junto con dos copas y una botella de champán. Tal vez deberíamos esperar y ver adónde va.

Me miró de manera significativa. Cada parte de mí quería hacer pagar al cabrón, pero Jameson tenía razón.

—Basta de charla, hermanos —Bono nos empujó hacia el dormitorio y cerró la puerta, dejándola entreabierta—. Literalmente viene hacia acá.

La comprensión me golpeó como una ducha caliente. Si estaba trayendo una maldita cena a la luz de las velas para dos al apartamento de Dan, entonces el asqueroso cabrón no estaría lejos, y Thea con él. La expresión en las caras de mis hermanos me dijo que habían adivinado lo mismo.

Observamos por la rendija de la puerta. Entró en la casa de la piscina, pero no puso la bandeja en la mesa. En su lugar, la puso en la silla. La que tenía las malditas esposas, y la levantó.

Un rugido se formó en mi pecho.

Caleb puso una mano en mi hombro para silenciarlo. —Sigue a ese cabrón y pronto encontraremos a Thea y a Cherrie —dijo.

Bono miró su reloj. —Esperemos que sea así, y pronto. Tienes unos tres minutos antes de que se arme el lío.

—Mierda. Ustedes dos vayan a la casa principal y estén listos para enfrentar a quien salga —les dijo a Bono y Jameson—. Nosotros seguiremos al cabrón.

—Tráiganlas de vuelta y manténganse a salvo —dijo Jameson.

Caleb le dio una palmada en el hombro. —Tú también, hermano.

Capítulo Veinticuatro

Thea

El pánico inundó mi sistema. Dios, si algo había aprendido a lo largo de los años, era a nunca responderle a Daniel. Se enfurecía rápidamente en el mejor de los casos. Pero un extraño desafío se asentó en mi pecho. No importaba lo que hiciera, Daniel haría lo que quisiera. Mi actitud educada y sumisa nunca iba a cambiar eso. Además, tal vez si lo enojaba lo suficiente, cometería un error y me mataría antes.

Cerré los ojos con fuerza e intenté no concentrarme en el dolor que sentía. Ni en los suaves sollozos de Cherrie. Hacía tiempo que había dejado de decirle a Daniel que se detuviera. Ambas sabíamos que era una pérdida de tiempo y energía.

Las náuseas me revolvían el estómago. Estaba demasiado cansada, débil, golpeada y desesperada por respirar. Sobre todo, siempre estaba desesperada por respirar.

Mis nervios saltaban y ardían, y mi cuerpo se encendía de agonía. El aliento caliente y jadeante de Daniel invadía mis sentidos y me quemaba la piel. Pero... entonces se oyeron pasos... corriendo. Intenté concentrarme en el sonido, pero mi cerebro no podía pensar.

Abrí los ojos a tiempo para ver una figura entrar en el cubículo. Daniel se giró para mirar. Mi corazón se elevó cuando mi visión se enfocó a tiempo para ver a Cane golpear su cabeza con una bandeja de metal. Impactó con un ruido sordo satisfactorio y Daniel cayó al suelo. Cane me miró con ojos abiertos llenos de preocupación.

Me desplomé en el suelo, incapaz de apartar la mirada del cuerpo de Daniel. La suciedad manchaba su traje y gotas de sangre teñían su cuello por la herida en la cabeza. No le gustaría eso. Bien.

Cane se arrodilló a mi lado y miró mi rostro. Me estremecí cuando tocó mis heridas.

—Mierda, lo siento mucho —dijo—. Lo siento muchísimo.

Intenté levantar el brazo para tocar su rostro, pero no tenía la fuerza para moverlo.

—No tienes nada de qué disculparte. —Me dolía hablar, y mi voz salió ronca y difícil de entender. Miré a Daniel—. Solo sácame de aquí.

—Ningún maldito problema —dijo antes de levantarme y sacarme del cubículo. Apoyé la cabeza en su pecho sin estar segura de si estaba soñando o muerta. Sin importarme realmente si lo estaba.

—Thea. —Cherrie corrió a mi lado, luciendo demasiado vieja y frágil—. Dios. Si supieras lo que ese hijo de puta le hizo. —Agarró mi mano y la apretó.

—A ti —dije y encontré la energía para retorcerme, indicándole a Cane que quería ponerme de pie. Me paré en la entrada del cubículo y atraje a Cherrie para abrazarla.

El rugido de las motos llenó mis oídos hasta reventar. Cane se acercó al lado de su hermano y le palmeó el hombro—. Es hora de sacarlas de aquí.

Solté a Cherrie, lista para irme. Un ruido sonó detrás de mí. Giré la cabeza. El movimiento hizo que mi visión se nublara y sentí como si mi cerebro estuviera a punto de explotar.

Daniel me agarró del brazo, me jaló contra él como escudo y sostuvo algo afilado y puntiagudo contra el costado de mi cuello—. Thea no va a ninguna parte —dijo.

Un rugido amenazador recorrió el establo. Lo sentí a través de cada nervio de mi cuerpo. Reverberó a lo largo de mi piel y a través de mis huesos. Todas las miradas se dirigieron a Cane.

Daniel me acercó más, envolvió su brazo alrededor de mi cintura y hundió más el objeto

puntiagudo en el costado de mi cuello. Incapaz de contenerme debido al dolor, grité.

Cane dio un paso adelante. Sus dientes estaban descubiertos en un gruñido y sus ojos rebosaban de rabia.

—Suficientemente cerca —advirtió Daniel, su voz maniática y ya no con la calma fría a la que estaba acostumbrada. Olisqueó el costado de mi cara y pasó su lengua por mi mejilla—. Puede que la hayas mancillado, pero Thea siempre ha sido mía.

Hizo un gesto hacia Cherrie y los hermanos—. Al otro cubículo —dijo.

Caleb puso a Cherrie protectoramente detrás de él y se movió a través de la puerta. Las motos rugían como truenos afuera, y voces burlonas gritaban.

—Tú también —le dijo Daniel a Cane.

La furia chispeó en los ojos de Cane mientras miraba fijamente a Daniel, pero se movió lentamente hacia el cubículo de Cherrie.

Daniel me llevó al pasillo y me dijo que los encerrara. No me moví. Mis ojos nunca dejaron el rostro de Cane. Había venido por mí y ahora iba a morir. Todos lo harían. Daniel nunca los dejaría libres. Tan pronto como saliera del establo, enviaría a algunos de los hombres de Tony para que los acribillaran.

Todo era mi culpa.

Había dejado de preocuparme por lo que Daniel me hiciera, pero no podía permitir que lastimara a los demás. Mi mirada se desvió hacia Cherrie. No otra vez.

Reuní cada pizca de fuerza que pude y, sin importarme si me atravesaba la garganta, pisé el pie de Daniel y le di un codazo en las costillas. Jadeé por el agudo dolor en mi cuello, pero lo que sea que Daniel sostenía se alejó de mí. No se hundió más profundo. El agarre de Daniel sobre mí se aflojó. Me lancé al suelo polvoriento a sus pies.

Cane entró en acción. Se abalanzó hacia Daniel, inmovilizándolo contra el suelo. Levantó su puño y lo golpeó en la cara tal como lo había hecho con Jacob. Tan pronto como quedó claro que Daniel estaba muerto, Cane se detuvo y me atrajo a sus brazos.

Cherrie se adelantó y revisó el pulso de Daniel—. Solo para estar segura —dijo antes de sonreír—. El hijo de puta está muerto. Salgamos de aquí.

Cane me levantó en sus brazos otra vez y me llevó afuera. Cerré los ojos mientras caminábamos hacia la casa, sin querer ver ni una sola parte de ella. Pero por los ruidos que escuchaba, era evidente que nuestros problemas estaban lejos de terminar.

Sentí las vibraciones de las motos viajando a través del cuerpo de Cane hasta el mío y abrí los ojos. Nos encontrábamos entre más de cincuenta moteros en el patio. Todos llevaban la misma chaqueta con la calavera, las alas y la luna. Cada una estaba adornada con las palabras Por Siempre Medianoche.

Rex y Bono empuñaban los mismos rifles semiautomáticos que usaban los hombres de Tony. Apuntaban hacia la casa. Seguí la dirección de sus armas y vi a Tony rodeado por sus hombres. Mamá estaba un paso detrás de él. Había fácilmente doce rifles apuntando directamente a los hermanos.

—Lo que tenemos aquí es un punto muerto —dijo Tony—. Les sugiero que me devuelvan a mi hija y se vayan.

—Thea viene con nosotros —dijo Caleb.

Tony lo ignoró.

—Thea, entra a la casa. Ahora. Daniel no estará contento de encontrar que te has escapado otra vez.

Cane se rio. Un sonido desagradable que reverberó en su pecho.

—A Daniel ya no le va a importar una mierda nada nunca más.

El rostro de Tony se transformó en una máscara de odio. Parecía a punto de ladrar la orden de abrir fuego cuando mamá dio un paso al frente.

—¿Daniel está muerto? —preguntó.

—Lo está —confirmó Cane.

—Bien. —Levantó la pistola en su mano y le disparó a Tony en la cabeza.

Si hubiera tenido la energía para sorprenderme, estaba segura de que mi boca se habría abierto de par en par. Ella ordenó a los hombres de Tony que bajaran sus armas. Lo hicieron. Supuse que estaba cansada de ser solo el cerebro detrás de la operación de Tony, y ahora eran sus hombres. Sabían quién estaba realmente al mando.

—Vete —dijo, dirigiéndose a mí—. Este es el último puto lío que voy a limpiar por ti.

Enterré mi cabeza en el pecho de Cane otra vez y cerré los ojos. Yo también había visto lo último que quería ver de ella.

Capítulo Veinticinco

Thea

Me encontraba frente a la ventana abierta de la cabaña, contemplando la vasta cordillera que era el hogar de Cane y Bono. Y ahora el mío también, supuse. Miré hacia el bosque donde Jacob había intentado hacerme daño y me maravillé de lo pacífico que parecía todo. Más allá de nuestro pequeño claro, el exuberante bosque verde se extendía en todas direcciones. La luz matutina bailaba entre el dosel y salpicaba las hojas con rayos amarillos y azafrán. Los pájaros cantaban y el viento silbaba entre las ramas, trayendo consigo el aire fresco y limpio y el aroma terroso del musgo y los pinos.

Cane estaba afuera con un hacha en la mano. Los músculos de su pecho ondulaban y enviaban un pulso de deseo a mi interior mientras cortaba leña con el torso desnudo. Dijo que nos esperaba un invierno duro y que era mejor abastecernos mientras pudiéramos.

Cherrie se afanaba en la cocina, limpiando los restos del desayuno que había preparado y fregando las encimeras. Con Greg aún en el hospital pero mejorando, pasaba gran parte de su tiempo en la cabaña de Cane, cuidándome. Me alegraba tener su compañía.

—¿Vas a pasarte todo el día mirando por esa ventana? —preguntó mientras colocaba una bandeja con café y galletas sobre la mesa.

Me acerqué y cogí mi taza.

—No estoy mirando.

—Si tú lo dices. —Eché un vistazo por encima de mi hombro hacia la ventana antes de murmurar apreciativamente—. Aunque no te culpo. Es un hombre muy atractivo. Aunque era más guapo sin barba. Le hace parecer, ah, ¿cuál es la palabra...? distante.

Intenté no reaccionar ante la palabra, pero el hecho de que "distante" fuera la palabra perfecta para describir cómo se había comportado Cane desde que me trajo a casa hizo que se me formara un nudo en la garganta y otro en el estómago.

Algo había cambiado entre nosotros. Cada vez que me miraba, el dolor se reflejaba en sus ojos.

Cherrie mojó una galleta en su café y le dio un mordisco.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos? —preguntó.

—Que me condenen si lo sé —dije—. Es como si me hubiera apartado. —No es que lo culpara después de todos los problemas que había causado. Cherrie podría haber muerto. Greg casi lo hace. Fue un milagro que todos hubiéramos escapado con vida. Tal como estaban las cosas, había estado en cama durante los cuatro días que me llevó recuperarme de mis heridas.

—Sea lo que sea lo que está pasando, tenéis que solucionarlo. No voy a permitir que andes cabizbaja todos los días.

—No estoy cabizbaja. —Di otro sorbo a mi café y cogí una galleta—. Solo necesito algo que hacer con mi tiempo. ¿Puedo volver a trabajar en el bar?

Volver al trabajo era justo lo que necesitaba. Me distraería de cuánto había cambiado mi vida y le daría a Cane algo de espacio. Había vivido solo en medio de la nada durante la mayor parte de su vida adulta. No podía ser fácil tenerme constantemente alrededor.

—Puedes volver cuando quieras. Está bastante abarrotado en este momento con los hermanos. Demonios, paso más tiempo aquí que allí solo para escapar de todo su comportamiento sobreprotector. Greg vuelve a casa en unos días y eso pronto cambiará. —Miró su teléfono y se acabó el café antes de enjuagar la taza—. La hora de visitas empieza en una

hora.

—Dale recuerdos a Greg de mi parte.

Cherrie asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Realmente necesitáis hablar las cosas, o arriesgaréis perder lo que tenéis.

Me froté la cabeza palpitante.

—Creo que puede que ya lo hayamos perdido.

Cherrie me quitó la taza de café de la mano y la colocó sobre la mesa antes de lanzarme una mirada severa.

—He conocido a ese chico toda mi vida, lo he visto crecer y convertirse en un hombre, y puedo decir con certeza que te ama con todo lo que tiene.

Mi respiración se entrecortó ante sus palabras.

—Él...

Levantó la mano y una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—También es terco, cabezota y tiene miedo de lo que está sintiendo. Los dos hermanos Landon son iguales en ese aspecto. Necesitas ponerlo en su sitio antes de que siga el mismo camino que su hermano y pierda a su mujer. Y tú —dijo, tomando mi mano—, eres libre. Es hora de que empieces a vivir.

Cherrie se fue y yo volví a la ventana. Las montañas eran hermosas, el aire fresco y limpio. Entonces, ¿por qué mis entrañas se encogían ante la idea de salir fuera?

Tal vez era hora de que diera el primer paso hacia mi nueva vida. Tal vez Cherrie tenía razón. Era hora de que empezara a vivir.

Capítulo Veintiséis

Cane

El radiante sol de la mañana calentaba mis músculos doloridos mientras me esforzaba cortando leña para el fuego. Había vivido en estas montañas prácticamente toda mi vida y se sentía bien estar en casa, aunque Thea estuviera demasiado herida para compartirlo conmigo.

Le había fallado. Prometí mantenerla a salvo y fracasé. Sus moretones casi habían desaparecido, pero quedaba una cicatriz en su garganta y en su corazón. La habían lastimado, y todo era culpa mía.

Miré hacia la cabaña y la vi de pie en la ventana, luciendo frágil y perdida. Me partía el alma no poder quitarle ese maldito dolor.

Así que seguí cortando. Mi pulso se aceleró. Jadeaba por el esfuerzo. Y ya teníamos suficiente leña para pasar cinco inviernos. Aun así, seguí cortando y rogando que la paz de las montañas se colara en el alma de Thea y la sanara.

Casi no percibí el crujido de la puerta trasera al abrirse. Me detuve en seco y miré fijamente hacia la cabaña. Thea se quedó inmóvil en el borde del escalón que daba al exterior. Era una visión en un largo vestido floreado que cubría su piel pero se ajustaba a sus curvas. Su cabello se agitaba alrededor de su rostro, y ella se lo echó a un lado. Incluso desde la distancia, noté que sus nervios estaban a flor de piel. Parecía que en cualquier momento correría adentro y cerraría la puerta de golpe.

Los pájaros cantaban en los árboles y los insectos se escabullían por las ramas y la maleza, pero cuando Thea dio ese primer paso afuera, me quedé paralizado en el tiempo, temiendo que el más mínimo sonido o movimiento rompiera la ilusión y que ella desapareciera.

Su pecho se hinchó al tomar una profunda bocanada de aire y caminó hacia mí. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Te extraño —dijo, con una voz tan sexy que necesité cada gramo de autocontrol para no tirarla al suelo y tomarla. Quería enterrarme dentro de ella, sentirla apretada contra mi polla.

¡Joder! ¿Qué clase de hombre era yo que miraba su inocencia de ojos de cierva y tenía esos pensamientos, especialmente sabiendo lo que había pasado?

—Saliste —dije, tratando de no dejar que su embriagador aroma a jabón de lavanda abrumara mis sentidos.

—Cherrie dijo que me amabas pero eras demasiado terco, cabezota y miedoso para admitirlo.

Lo dijo como un desafío, exigiendo que demostrara lo contrario. Me aclaré la garganta. —Puede que sea terco y cabezota, pero no tengo miedo de admitir que te amo. Demonios, creo que te he amado desde el momento en que nos conocimos.

—Entonces, ¿por qué has estado tan distante? ¿Por qué no quieres tocarme como lo hacías antes?

—Maldita sea, Thea —gruñí casi frustrado—. Pienso en ti cada segundo de cada día. Quiero follarte tan mal que me duele la polla.

Una sonrisa jugueteó en la comisura de sus labios mientras colocaba su mano en mi pecho desnudo. Se acercó más. La rodeé con mis brazos, y ella alzó la mano y pasó sus dedos por mi barba. La suavidad de sus pechos llenos presionaba contra mi pecho, y casi gruñí de necesidad.

—¿Me estás diciendo que solo quieres usarme por mi cuerpo? —Arqueó una ceja, y supe

que estaba bromeando—. ¿Cómo llama Cherrie a las chicas así? Muñecas. ¿Eso es lo que soy?

Le aparté el cabello del rostro y planté besos en su frente, en la cicatriz de su cuello. —Ni siquiera te acercas a ser una muñeca. Moriría por ti. —Demonios, había matado por ella y lo haría de nuevo—. Te amo.

—Eso dijiste. Y-yo también te amo. Entonces, ¿por qué no lo haces? —dijo.

—¿Qué?

—¿Por qué no me follas?

Las palabras fueron como fuego para mi maldita necesidad. Me incliné y presioné mis labios contra los suyos antes de apartarme y mirarla a los ojos. —Oh, voy a hacerlo.

Se mordió el labio y sonrió. —Promesas, promesas.

Saltó, envolvió sus piernas alrededor de mi cuerpo y chilló cuando la hice girar buscando el pedazo de musgo más suave que pudiera encontrar antes de bajarla al suelo. La miré a los ojos y supe que mi diosa del sexo había regresado. Más que eso. Thea había vuelto. Sostuvo mi mirada, y vi mi necesidad por ella reflejada. Vi su amor y su confianza.

Todo lo que quería era presionar mis labios contra su delicioso coño. —No te muevas —dije y la despojé de su ropa. Sus tetas eran globos perfectos, y el rosado de sus pezones exigía atención.

No tenía ni puta idea de cómo sucedió, ya que mi cuerpo se movía con voluntad propia, pero en segundos ambos estábamos desnudos al borde del bosque.

Un brillo húmedo resplandecía en su piel sedosa. Se arqueó ante mi toque mientras deslizaba mi dedo por su cuello, sobre su pezón, su estómago y hasta la parte superior de su muslo.

Capítulo Veintisiete

Thea

Me encantaba cómo solo las puntas de sus dedos podían hacerme sentir que me deshacía. Cada uno de mis nervios cantaba de necesidad. Besó su camino por mi cuerpo y rozó mis muslos con sus tiernos labios, haciéndome cosquillas con su barba. Parecía una eternidad desde la última vez que me había tocado en la ducha, hace dos semanas.

—Quiero que me hagas eyacular —dije, sorprendida de que las palabras salieran de mi boca.

Cane me separó las rodillas. Su aliento caliente provocó una descarga eléctrica a través de mi clítoris.

—Oh, lo haré —dijo de nuevo antes de lamer mis jugos que ya fluían y hundir su lengua dentro.

Gemí y arqueé mis caderas para encontrarme con su lengua, invitándolo a entrar. Sus dedos rodearon mi clítoris y provocaron mi entrada.

Noche tras noche, había imaginado la sensación de su piel contra la mía, el empuje de su polla enterrada profundamente dentro de mí. Pero ninguna de esas fantasías le había hecho justicia. Presionó su dedo dentro de mí y provocó mi clítoris. Me mordí el labio, gimiendo suavemente, pero contuve mis gritos de placer. Sus dedos me acariciaban, encendiendo fuego en mi centro.

—¿Te gusta eso? —preguntó.

—Sí —gemí—. N-necesito probarte.

Cane se detuvo, se echó hacia atrás y me miró. Sus pupilas se dilataron hasta parecer completamente negras. Me perdí en sus profundidades. Necesitaba saber cuánto lo deseaba.

—Necesito chupar tu polla —dije y me lamí los labios.

Cane sonrió y me dio una sonrisa cursi. —Y yo estoy jodidamente listo para proporcionarte todo lo que necesites.

Me reí.

Se dio la vuelta y posicionó su boca sobre mi coño y mi boca debajo de su polla. Mi garganta se secó. Desde este ángulo, su mamut polla era aún más grande de lo que parecía antes. La punta bulbosa brillaba con pre-semen. Lo lamí, saboreando el gusto en mis labios. Agarré su polla, la acerqué y lamí la cabeza y todo el camino por el eje venoso. Se tensó y endureció aún más que antes. Provoqué sus testículos con mis dedos.

Cane se estremeció cuando tomé su cabeza en mi boca, y empujó sus caderas hacia adelante, abriéndose paso más allá de mis labios. Su sabor era embriagador. Cerré los ojos con la intención de disfrutar la sensación.

—Joder, Thea. Se siente tan bien.

Moví mi cabeza arriba y abajo y él empujó más profundo en mi boca donde me gustaba. Pero aún había más de él.

Cane gimió. Succionó mi clítoris pulsante en su boca. Mis ojos se abrieron de golpe y jadeé, llevando su polla más profundo en mi boca. Provocó mi hinchado botón antes de empujar dentro con su lengua. Incapaz de contenerme, me arqueé para encontrarlo y chupé su polla hambrientamente. Cane empujó dentro de mí, follando mi boca con su polla y mi coño con su lengua.

Se engrosó y parecía a punto de estallar. Tan cerca. Mi necesidad creció ante el

pensamiento de probar todo lo que tenía para dar.

—Estoy tan jodidamente cerca —gruñó Cane, se retiró y me lanzó una mirada de frustración—. Aún no —dijo, su voz llena de cruda necesidad—. Arrodíllate.

Me levantó del suelo. Una oleada de excitación nerviosa me invadió. Me arrodillé. Pero en lugar de que Cane se parara frente a mí y me dejara chupársela, se arrodilló detrás de mí. Su mano firme se deslizó alrededor de mi estómago, la otra acunó mi barbilla e inclinó mi cabeza hacia un lado. Me estremecí cuando rozó mordiscos y besos por mi cuello. Mis rodillas amenazaron con ceder. Gemí.

—¿Quieres mi polla dentro de ti? —Sus palabras susurradas me hicieron cosquillas en el oído.

—Tan jodidamente mal —jadeé, mi centro ardiendo. Me provocó desde atrás y deslizó su mano sobre mi pecho, pellizcando mis pezones como una pinza.

No podía esperar más. Separé más mis piernas y empujé hacia atrás. Cane presionó su palma en mi espalda y me guió hacia adelante en cuatro patas. Su polla presionó con fuerza contra mi coño, y frotó mi humedad sobre ambas entradas.

Me preparé. Sin estar segura de dónde iba a ir. Sin importarme. Cane apretó su agarre alrededor de mi cintura, gruñó y embistió dentro de mí. Su enorme polla llenó mi coño. Se expandió para acomodarlo. Grité.

—Me encanta cuando gritas de placer —dijo.

No pasó mucho tiempo antes de que gritara de nuevo y clavara mis uñas en la alfombra musgosa. Cane empujó más fuerte, más y más profundo, llevando mi trasero hacia él.

Cada parte de nosotros estaba en perfecta sincronía. Cada toque, cada ráfaga de su aliento caliente y el aroma almizclado de su sudor hacían que mis sentidos hormiguearan mientras un relámpago se construía en mi centro. Mi cuerpo estaba hecho para él. Nunca pensé que podría ser tan feliz. follando al aire libre donde cualquiera podía ver u oír. Con Cane, me sentía segura, deseada y finalmente libre.

—Oh, Cane... oh... oh —jadeé, con la respiración entrecortada—. Esto no puede mejorar.

Cane gruñó. —Va a ponerse cada vez mejor. —Su toque me llevaba cada vez más cerca del clímax. Respiraciones ásperas salían de mis pulmones. Mi placer aumentaba. Cane pellizcó mi pezón, haciéndolo rodar entre sus dedos. Su otra mano se deslizó por mi vientre y acarició mi clitoris con el pulgar.

—Promesas. P-promesas. —Mi cabeza daba vueltas—. Fóllame, Cane. —Eché la cabeza hacia atrás y grité cuando el placer acumulado explotó dentro de mí y una ola de puro éxtasis pulsó a través de mi cuerpo. Mi interior se apretó alrededor de su dureza, exigiendo que me llenara con su semilla.

Cane jadeaba, embistiendo profundamente dentro de mí hasta que quedé completamente exhausta. Luego se retiró, negándose su propia liberación.

—Vuelve adentro y termina —exigí.

Cane gruñó, me puso de espaldas y se lamió los labios. La mirada en sus ojos y la lenta sonrisa que se formaba en su boca enviaron una nueva oleada de deseo a mi centro.

Una brisa fresca sopló por el suelo, dejando mi carne expuesta hormigueando y haciendo que mis pezones se erizaran.

Atraje a Cane hacia mí y pasé las palmas de mis manos por sus abdominales, sobre su pecho perfecto y tatuado. Cada centímetro de su cuerpo era duro como una roca y suplicaba ser tocado. Ansiaba explorarlo. Tracé círculos con la punta de mi dedo sobre sus pezones y seguí las marcas de su tatuaje Por Siempre Medianoche.

Una lujuria salvaje llenó sus ojos, y sujetó mis manos contra el suelo por encima de mi cabeza. Besó mi oreja, mi cuello, mis labios. Su lengua se movía salvajemente sobre la mía. Todo el tiempo, jugueteaba con mi pezón, pellizcándolo entre sus dedos hasta llevarlo al punto de dolor placentero. Sus dedos rozaron mi sexo, se hundieron en él.

—Joder, Cane —jadeé, sintiendo ya cómo se formaba un segundo orgasmo. Apenas podía respirar con el calor y la intensidad que inundaban mi cuerpo y no me importaba. Rozó la punta de mi clítoris con su pulgar y abrió sus dedos en tijera. Sus dientes rasparon mi pezón. Me retorcí.

—Estás tan jodidamente mojada —dijo Cane.

Agarré su pelo y tiré de su cabeza para que me mirara. —Solo por ti, mi amor. —Mi voz temblaba—. Cane, te necesito dentro de mí. Ahora.

—No tienes ni puta idea de lo que me haces. —Sonrió.

Me reí. —Creo que está bastante claro lo que tú me haces a mí.

Su mano se deslizó por mi costado y a lo largo de mi cadera, acariciando mi piel desnuda, mientras sus ojos devoraban mi carne. Su toque era como una magia febril. Llegó a mi rodilla y levantó una pierna en el aire, apoyándola en su hombro. Guió su miembro a mi acogedor sexo y embistió dentro, empalándome en su grueso eje. Grité de placer. Mi cuerpo ardía mientras me llenaba completamente, más profundo de lo que creía posible. Luego levantó la segunda. Era todo lo que esperaba y un millón de veces más.

Nunca me había sentido tan conectada con alguien antes. Se aferró a mis piernas y se estrelló contra mí una y otra vez. Apenas podía respirar. No sabía dónde terminaba él y dónde empezaba yo. Éramos uno solo. Mi clímax se construía mientras me embestía con fuerza, llevándome cada vez más cerca. Los músculos de mi centro se contraían espasmódicamente. Él era todo lo que quería... todo lo que necesitaba. El peso de su cuerpo sobre el mío, el poder de sus músculos flexionándose bajo mi toque, la sensación de cada empuje de su cuerpo.

—Ya no puedo contenerme más —gruñó Cane—. Córrete para mí, Thea.

Me preparé, clavando mis dedos en el suelo cubierto de musgo. Cane embistió dentro de mí más rápido con empujones rudos y profundos, sosteniendo mis pies en el aire. Mis ojos se pusieron en blanco cuando un segundo orgasmo me golpeó, y me convulsioné alrededor de su palpitante miembro. Cane gruñó y bombeó su semilla dentro de mí, dándome todo lo que tenía, justo como yo quería.

Nuestras miradas se encontraron. Un flujo y reflujo de estremecimientos tentadores sacudió mi cuerpo, y una ola de paz me invadió.

Por primera vez en mi vida, era libre. Tenía algo que era mío, y Cane era todo mío, y amaba cada maldita fibra de su ser.

Epílogo

(Tres meses después)

Cane

Desde el momento en que vi a Thea por primera vez, supe que era especial. No me había dado cuenta de lo vacía que había estado mi vida sin ella.

Mientras martillaba en la extensión que mis hermanos y yo estábamos haciendo a nuestra casa, solté un suspiro frustrado y deseé que estuviera conmigo. Joder, nunca quería perderla de vista, pero ella había demostrado ser tan testaruda y exigente en la vida como se estaba volviendo rápidamente en la cama. Mi Thea estaba aprendiendo lo que le gustaba y no tenía miedo de pedirlo, algo que yo estaba más que feliz de proporcionarle. Aun así, me había costado convencerme de dejarla volver a trabajar en Ancla de Medianoche, y durante las primeras semanas, había pasado todas las noches allí con ella.

Me aparté y admiré nuestro trabajo.

—Estará terminado en una semana —dijo Bono—. Deberías llevar a Thea de compras para lo que necesite en los próximos días.

—Ya ha pedido un escritorio y un ordenador en línea. Llegarán el próximo viernes. Tendremos que buscar electrodomésticos para la cocina, eso sí.

Bono asintió. Thea había confesado que una vez albergó el sueño de ser médica y Bono se había propuesto enseñarle lo que sabía. Ella había aprendido rápidamente y decidió que tal vez le gustaría aprender más sobre cómo ayudar a las personas con problemas de salud mental.

Su camioneta dobló la esquina y se detuvo en el claro. Saltó del coche y yo bajé de un salto para encontrarme con ella. Realmente había empezado a salir de su caparazón, sabiendo que Dan-el-cabrón estaba muerto y fuera de su vida para siempre. Llevaba unos shorts vaqueros que le abrazaban el culo bien apretados y una camiseta de tirantes que le quedaba como debía. Su pelo ondeaba tras ella y, a la luz del sol, parecía un maldito ángel venido a salvar mi alma con una brillante sonrisa plasmada en su rostro.

La besé en los labios, respirando su aroma y asegurándome de que supiera cuánto me importaba. Ella me devolvió el beso. Bono saltó del tejado y se aclaró la garganta antes de disculparse y desaparecer.

Thea se apartó y le hizo un gesto de despedida. Luego se volvió hacia mí mordiéndose el labio. —La cabaña va quedando bien —dijo—. Solo me pregunto si será suficiente.

La rodeé con el brazo y me volví para mirar el edificio, con el corazón apesadumbrado. Ella estaba acostumbrada a una maldita mansión y, incluso con la ampliación de dos pisos añadida para la cocina y la oficina que necesitaba, le estaba dando una choza en comparación.

—Dime lo que necesitas y te lo construiré, joder —dije.

Thea se rio y trazó los tatuajes de mi pecho. Luego me agarró las pelotas a través de los pantalones. Así, sin más, me puse duro como una roca.

—¿Lo que sea? —preguntó y me mordió la oreja.

—Lo que sea.

Se quitó la camiseta por la cabeza y apretó sus tetas contra mi pecho. —En ese caso... — Me besó los labios, la nariz, el cuello. Y metió las manos dentro de mis pantalones, agarrando mi miembro.

—¿Qué coño me estás haciendo, mujer? —gruñí.

Liberó mi polla y me empujó al suelo antes de quitarse las botas, los shorts y las bragas y

ponerse a horcajadas sobre mí.

Jadeó mientras me sostenía erguido y se bajaba sobre mí. Su mano descansó sobre su vientre. —Te amo, ¿sabes?

—Yo te amo jodidamente.

—Bien. Ahora voy a follar al padre de mi bebé, y luego vamos a hablar de cómo podemos ampliar el piso de arriba para añadir una habitación infantil.

Mis manos se apresuraron a tocar su vientre. Se me hizo un nudo en la garganta. —¿Estás segura?

—Positivo. —Me sonrió radiante y todo mi maldito mundo se iluminó.

Malditas lágrimas amenazaban mis ojos. Nunca supe que podía ser tan feliz. Gruñí y la atraje hacia mí, besándola profundamente. Ella se echó hacia atrás. Una sonrisa bailó en sus labios y apretó su coño a mi alrededor.

Una oleada de placer recorrió mi longitud y, con una lentitud exasperante, me cabalgó suavemente al principio hasta que tanto su cuerpo como el mío exigieron más.

Ella gimió y gritó de placer, y la atraje hacia mí, deseando sentir cada parte de su cuerpo junto al mío.

Nuestros cuerpos se funden en uno solo. Nuestros corazones son uno. Y nuestro bebé será uno de muchos, porque, maldita sea, no puedo mantener mis manos alejadas de esta mujer. Cada momento con ella es mi Medianoche Eterna.

~

Nota del autor

Este libro fue traducido del inglés al español con la ayuda de inteligencia artificial y luego cuidadosamente revisado. Como no hablo español, no puedo evaluar personalmente la calidad de la traducción. Agradecería mucho recibir comentarios de los lectores sobre la traducción y sugerencias de mejora.

Este libro también forma parte de una serie, con otros tres libros ya disponibles en inglés. Si estás interesado en que estos libros también se traduzcan al español, me encantaría saber de ti. Tu apoyo y tus sugerencias ayudarán a dar forma a la continuación de esta serie en español.

¡Gracias por leer y por compartir tus pensamientos conmigo!

Puedes enviarme un correo electrónico a:

victoria@galeromance.com